El Pueblo Rojo

Jesús Jiménez Pérez



Círculo Rojo
EDITORIAL

El Pueblo Rojo

JESÚS JIMÉNEZ PÉREZ



Primera edición: marzo 2026

ISBN: 979-13-7046-613-8

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jesús Jiménez Pérez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Ilustración de cubierta: Alicia Abril, Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

«El infierno está vacío y todos los demonios están aquí»

William Shakespeare

A las almas resilientes que han sufrido injusticias.

CAPÍTULO 1
~~ANDONI~~

Navarra, otoño de 2013.

El aguacero estaba transformando el suelo lleno de polvo de arcilla roja en un lago sangriento. Era lo que pasaba todos los días que llovía en el pueblo de *Herri Gorria*. Por las casas caían caños de agua roja y en las ventanas las pequeñas ramificaciones que tomaba el agua parecían venas, dotando a las casas de vida de una forma infernal. Un encapuchado vestido con un chubasquero azul oscuro y una mochila impermeable desentonaba en el paisaje de la calle vacía. Caminaba pisando los charcos carmesíes que las alcantarillas no habían conseguido tragar, mientras se dirigía a la tienda de informática.

Andoni está tranquilo en la tienda de informática y reparaciones que lleva en el pueblo su familia. Las pequeñas luces de las estanterías que iluminan los diferentes móviles, gráficas y portátiles son las únicas luces que quedan encendidas en la tienda, junto a

una pequeña lámpara en su mostrador. Ya ha cerrado y está sentado en el cómodo sillón de oficina de piel de su padre, mientras ojea en el ordenador sus redes sociales, haciendo tiempo hasta que las nubes se calmen un poco. De repente, tocan a la puerta de la tienda con intensidad.

—¡Está cerrado! —grita Andoni sin moverse de la silla.

Pero la persona insiste y vuelve a tocar la puerta.

—¿Qué le pasa, hostias? —murmura para sí.

No parece que la persona vaya a dejar de insistir, así que el chico no tiene más remedio que levantarse y abrir. Entreabre un poco la puerta para ver a la persona y evitar que la lluvia entre. Es un chaval aproximadamente de su edad que lleva un chubasquero azul oscuro. Lo poco que ve de su cara en sombras le parece un poco familiar, pero en el pueblo, lo raro sería no haberlo visto.

—Está cerrado, ¿no lo ves?

—Sí, lo siento, pero es una urgencia, tengo que entregar un trabajo para mañana —señala la mochila con nervios— y no me va el portátil —le explica el encapuchado.

—Lo siento —expresa sin ninguna empatía—, ven mañana por la mañana, abrimos a las ocho.

Cuando Andoni va a cerrar la puerta, el desconocido pone el pie en el quicio evitándolo.

—Tío, por favor, a esa hora no me dará tiempo de entregar el trabajo —lo mira con pena y un toque de desesperación en sus palabras—, te daré cincuenta euros extras, ¿vale?, estoy seguro de que no tardarás ni cinco minutos en resolverlo —le suplica el chico bajo la lluvia.

Le da una vuelta a la propuesta del extraño. No le vendría mal ese dinero extra, aparte de lo que le puede sacar a la desesperación del chico, siempre puede subirle el precio. *Además, tiene pinta de pardillo,* juzga Andoni. Puede que sea porque habla con educación y tiene una voz dulce de no haber matado ni a una mosca.

—Vale —termina cediendo Andoni—, rápido, entra.

El anfitrión cierra la puerta detrás del chico. Y el invitado saca de su mochila un portátil grueso un poco viejo.

—¿Qué le pasa? —Mira con curiosidad Andoni mientras se acomoda en su sillón—. ¿No enciende?

El encapuchado se pone a su lado con el portátil y sin dudar un segundo le golpea en la cabeza. El informático cae instantáneamente al suelo, tras unos segundos su vista se nubla hasta que todo se vuelve negro.

Un golpe en la cara lo despierta, vuelve en sí muy confuso y analiza rápidamente su alrededor. Sigue en su tienda y sentado, pero está atado con cinta americana al sillón, amordazado y desnudo. Sus rodillas están atadas a la pequeña barra de hierro que une el reposabrazos a la silla, lo que hace que sus piernas estén un poco elevadas y abiertas dejando sus partes íntimas expuestas.

El encapuchado le pone el móvil en la cara y la luz lo ciega levemente, obligándolo a entrecerrar los ojos por instinto.

—¿Cuál es tu contraseña? —le exige el encapuchado.

La voz amable y simpática ha desaparecido. Ahora tiene un tono serio, autoritario y que le produce un miedo cerval como si la máscara que llevaba se hubiera caído al suelo y roto mostrando a un demonio. Todos estos factores hacen que Andoni empiece a temblar, la piel se le eriza, y sus lágrimas se le escapan. El desconocido le quita la cinta americana de la boca de un tirón para que responda a su pregunta.

—Tío, por favor no me hagas nada —no puede continuar, la garganta se le cierra por el miedo.

—Tranquilo, solo voy a robarte —promete fríamente el encapuchado—. Dime el puto pin de tu móvil y me largo.

El chico atado a la silla llora a lágrima viva. Una oscuridad en la voz del agresor le hace pensar que está mintiendo, lo que le pone la piel de gallina. Sabe que, si quisiera robarle, ya lo habría hecho, y no saber lo que quiere hace que su imaginación vaya a los pensamientos más aterradores.

—No, no por favor —consigue soltar aterrado entre hipidos.

El encapuchado le agarra la cara violentamente con una mano y hace que mire el móvil que sujeta con la otra. En ese instante, Andoni siente el frío y húmedo guante de cuero en su piel. Cuando abrió la puerta ya llevaba los guantes, pero no le dio importancia.

Ahora cree que no los lleva para protegerse del frío otoñal, sino para no dejar huellas.

—Dime el puto pin del móvil —repite más alto el agresor, no pierde los nervios, como si esto fuera un mero trámite diario.

La frialdad del sujeto y su miedo le hacen hablar.

—Uno, dos, tres, cuatro.

—Para ser informático, parece que no te lo has currado mucho.

El encapuchado se gira, se quita un guante y pone el código. Andoni aprovecha que este le da la espalda para hacer lo que al principio no le había parecido prudente.

—¡Socorro! —grita lo más alto que puede.

El desconocido reacciona rápido y le pega un puñetazo en la boca para callarlo, luego coge la camiseta del chico y se la mete en la boca. Sella la mordaza envolviendo con la cinta varias vueltas a la altura de la cabeza. Andoni se mueve bruscamente en la silla intentando que algún sonido salga de su boca sin éxito. El agresor coge el móvil ya desbloqueado y empieza a grabar un vídeo.

—Andoni Zañartu, puede que esto te vaya a doler, pero tú lo soportarás —no puede evitar el sarcasmo—. Eres un tío duro, ¿no, Andonitxu?

Entonces el miedo le vuelve como si fuera una ola gigante e inesperada. No solo sabe su nombre, sino también su apellido. Ya no le cabe duda de que ese tío no se va a ir con su móvil y el dinero, le va a hacer daño. Y lo único que puede hacer es gritar sin éxito, intentando que alguien escuche su llanto sordo.

El desconocido pone el móvil en la mesa, apoyado en la lámpara.

Cuida el plano como un director de cine y se asegura de que se vea en todo momento al chico en la silla. Luego lo apunta con la luz de la lámpara, para que ningún resquicio de su cuerpo quede sin ser iluminado y se pueda perder algún detalle. Se agacha buscando en su mochila y empieza a sacar cosas en la oscuridad. Andoni no puede ver qué saca, hasta que su figura en la oscuridad se ilumina bajo la luz del fuego de un soplete. Entonces puede ver cómo tiene unos guantes de protección para el calor y sujeta un cuchillo que está calentando al rojo vivo bajo la llama del soplete. Tras unos segundos, se acerca con el cuchillo al chico amordazado, que grita y

se mueve violentamente en el sillón sin éxito. El chico con el cuchillo le da la espalda a la cámara del móvil, sin taparla y con el cuchillo incandescente le cercena el pene y los testículos. Mientras el cuchillo corta la carne como si fuera mantequilla, se puede ver la sangre en ebullición y cómo se va cauterizando la herida al paso de la hoja, dejando un olor desagradable a carne quemada. La víctima chilla desesperadamente de dolor hasta que cae inconsciente. Al terminar, el encapuchado deja el miembro amputado en la mesa al lado del móvil para que se pueda ver perfectamente al detalle antes de finalizar el vídeo. Hace unas cuantas fotos más al chico inconsciente y al miembro. Guarda el soplete y los guantes de protección, deja el cuchillo clavado en la mesa y sale de la tienda con el móvil.

Aitor sopla la cuchara que no deja de humear antes de tomar el primer sorbo de sopa que ha hecho su esposa Maider. Los dos están cenando mientras miran las noticias. Antes de poder degustar la segunda cucharada, suena su móvil. Hace un gesto de disgusto, se limpia la boca y contesta al móvil.

—Dime Miguel.

Escucha atentamente y Maider espera también atenta la respuesta. Lleva cuarenta años casada con él, sabe que una llamada a estas horas no puede ser por algo bueno.

—¿Ahora? Vale, voy y me cuentas.

Cuelga el móvil y se levanta de la mesa.

—¿Qué pasa? —pregunta Maider con ligera preocupación.

—Será un borracho que habrá herido a alguien, no me lo ha dicho.

—¿No tienes al chico nuevo para esas cosas? —le recuerda Maider.

—Serán dos borrachos.

A ella no parece que le haya hecho gracia la broma. Aitor va hacia la entrada y recoge del cajón de la mesita su pistola y del perchero su abrigo.

—Cena y duérmete —le dice mientras se coloca el abrigo—, no me esperes despierta.

Al abrir la puerta el sonido de la lluvia inunda la casa. Él coge el paraguas y sale fuera cubriéndose de la lluvia hasta el coche.

La zona de la tienda de informática está precintada, la gente se apelotona alrededor, las mueve el morbo y las alimentan los cuchicheos de lo que ha pasado. La Guardia Civil controla el perímetro. Están apartando a la gente para que deje espacio a la ambulancia que sale de allí con la sirena directa al hospital. El coche de Aitor se acerca a la cinta y un guardia civil para el coche. Pero la cara de enfado del guardia dispuesto a regañar se torna en una de vergüenza.

—Perdone, mi sargento —se disculpa el cabo con un saludo militar—, no le había identificado sin el uniforme.

Él, sin darle mucha importancia a la parada del cabo, continúa conduciendo cruzándose con la ambulancia, al entrar en el cordón policial. Tras dejar el coche en medio se baja, a unos pasos le espera el joven Miguel bajo un paraguas, tiene un corte de pelo a lo militar, barba lampiña, ojos tristes y viste con el uniforme de la Guardia Civil. Ha llegado hace apenas dos meses desde Madrid, está como cabo primero, con intención de promocionar a sargento cuando se jubile Aitor y su puesto quede libre.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué hay tanta gente? —pregunta el sargento disgustado al ver a toda la gente alrededor de las cintas.

Miguel va a su lado en dirección a la tienda de informática, evitando que la lluvia moje a Aitor, aunque este no parece darle importancia.

—Parece que al chico de la tienda de informática lo han atado desnudo a una silla y le han cortado los genitales —explica Miguel todavía con incredulidad.

—¿Qué? —Lo mira sorprendido y se para en seco ante la noticia. El sargento busca en los gestos del chico algo que le explique cómo ha podido pasar algo así en el pueblo, pero solo recibe el silencio y la mirada baja de su compañero—. Por Dios.

Continúan el camino y entran en la tienda. Nada más entrar ven a cinco agentes de la policía judicial recogiendo muestras y haciendo fotos. En el pueblo solo tienen a dos, los otros han tenido que venir desde Pamplona. Se apartan a un lado y el sargento analiza la escena del crimen mientras escucha a Miguel.

—Al chico ya se lo han llevado en la ambulancia. Al parecer, el que le hizo eso ha subido a internet fotos del chico con los genitales cortados. Y un vídeo mientras lo hacía, en el que no se le ve la cara.

—Puto sádico psicópata.

—Lo subió a todas las redes sociales del chico y se lo pasó a todos sus contactos, luego se deshizo del móvil. Los de informática están con eso todavía, pero tiene pinta de que lo ha roto después de compartir el video.

—¿Han robado algo?

Miguel niega con la cabeza.

Aitor ve el cuchillo clavado en la mesa con el borde negro por el acero quemado. Al lado el forense está metiendo en una bolsa de pruebas el miembro amputado. El sargento resiste el escalofrío al imaginarse el cuchillo cortando al chico y desvía la mirada al cabo.

—¿El cuchillo tiene huellas? ¿Hay cámaras o testigos?

—Sin huellas, hay una cámara ahí arriba —señala Miguel a una esquina de la tienda—, tienen la grabación de esta noche, allí podemos verlo, te estaba esperando.

Lo lleva hasta una mesa improvisada con un ordenador portátil en el que un agente del GATI está analizando los vídeos de seguridad. Este, al ver que se acercan, se levanta y le deja el sitio al sargento y le pone la grabación.

Lo primero que ven en el video es cómo entra una joven rubia aproximadamente de la edad del chico y habla con él.

—Preguntaré si alguien la conoce en el pueblo y pediré que nos amplíen el vídeo para ver mejor su cara —se adelanta Miguel a la posible petición de su jefe.

Después de unos minutos de charla la chica se va. Andoni recoge y cierra la tienda. Cuando está frente al ordenador se levanta y va a abrir la puerta. Ven cómo una persona entra a la tienda, pero mantiene el rostro bajo cubriéndose con la capucha y rápidamente le da la espalda a la cámara. Por la complexión les parece un varón, pero no pueden estar seguros.

—Ese cabrón tenía que saber perfectamente dónde estaba la cámara. —Se gira enfadado a su cabo—. No puede ser casualidad de que la evite perfectamente.

Aitor para el vídeo después de ver cómo le corta los genitales al chico. Se lamenta con un golpe en la mesa lleno de rabia de que en ningún momento se le vea la cara.

—¿Cuándo se puede hablar con el chico? Seguro que le vio la cara o lo conocía.

—Hoy estará en el hospital sin visitas, solo el psicólogo. Mañana por la tarde tenemos permiso para interrogarlo —le informa Miguel.

El sargento se levanta cansado de la silla, hoy no puede hacer mucho más. Recoge su chaqueta y se dirige a la puerta.

—Vale. —Se para frente a la puerta y se gira hacia Miguel—. Por ahora observar si hay huellas y buscar en la base de datos, por si en el hotel se ha alojado algún extranjero sospechoso —resopla asimilando todo lo que ha pasado—. ¿Esto también pasaba en Madrid?

—Nunca he visto nada así, señor —le responde con tristeza.

Aitor abre la puerta, apenas chispea ya, saca un cigarrillo y se lo enciende. Contempla cómo la gente asoma la cabeza con la esperanza de conseguir ver algo de lo que está pasando ahí dentro. Después de una calada vuelve a girarse al cabo.

—Y por Dios, borrar eso de internet —subraya su frase cerrando la puerta de la tienda y caminando hacia su coche.

—Ya me gustaría —murmura Miguel para sí.

CAPÍTULO 2
LA EXTRANJERA

Son las diez de la mañana, todavía le duele la cabeza por la resaca, su novia no le responde a los mensajes por la pelea de ayer y ahora el jefe la llama al despacho. Laura no empieza el día con buen pie. Camina por los ruidosos cubículos de la redacción. Cada dedo pulsando una tecla, llamada de teléfono o risa de un compañero es para ella un disparo en la cabeza. Así que siente un inmenso alivio al cerrar detrás de ella la puerta del despacho de su jefe y que los sonidos se vuelvan lejanos.

—Estás hecha una mierda —la saluda su jefe con una media sonrisa.

—Si me dijeron que este jersey me quedaba bien, pero a nadie le gusta —bromea Laura.

—Siéntate —le señala la silla y gira el portátil hacia ella—, que tengo algo que sí te va a gustar.

Laura se sienta y lee la noticia de *El País*: «Un chico de dieciocho años sufre un ataque en su tienda y le amputan el pene mientras lo

graban». Después de leer la noticia mira a su jefe con perplejidad.

—¡Aquí es donde vas a ir! —sonríe emocionado su jefe—. Quiero saber qué ha pasado, quién lo ha hecho, testimonios, información de la policía, todo lo que saques.

—¿Voy yo sola?

—¿Qué más quieres? No me puedo permitir mandar a nadie más, además últimamente no estás rindiendo, te valdrá para despejarte y como prueba.

Ella agacha un poco la cabeza avergonzada, su corte de pelo estilo *bob* hace que la mitad de su pelo castaño caiga y le cubra parte de la cara. Sabe que tiene razón, pero no ha tenido suerte con las noticias. *Si me das historias de mierda, ¿cómo quieres que te lea la gente?* Al menos esta parece que tiene chicha, y cree que puede sacar algo.

—Vale, prepararé las cosas y se lo diré a Darlene —dice colocándose el pelo de nuevo tras la oreja y levantando la cabeza.

—No pierdas tiempo, haz las maletas hoy. Ya tienes el hotel reservado para mañana, tienes dos días en el pueblo. Si vas bien o sacas algo jugoso, se ampliarán. Envíame cada noche algo que pueda publicar para que la gente no se olvide. Quiero saber cómo va la investigación desde el principio hasta el final. Te enviaré un correo con los detalles.

Laura se levanta de la silla, no quiere volver a la jungla de la redacción, así que va a la terraza. Se asoma al balcón, enciende un cigarrillo y observa Madrid. Se relaja unos segundos mientras respira su cigarrillo y observa a la gente en la calle. Todos parecen hormiguitas que corren de un lado a otro buscando comida. Y ella también tiene que buscar la suya, así que después de terminar el cigarrillo regresa a su hormiguero. Es un largo paseo con sus pensamientos, que aprovecha para buscar las mejores palabras de disculpa. Abre la puerta de su casa y deja el bolso en la entrada. Escucha el ruido de las noticias en la tele y algo calentándose al fuego en la cocina.

—Darlene, he llegado.

No le responde. Laura suspira y va al salón. Puede ver la cabeza rubia de su novia con sus cascos que sobresalen de la pantalla del

portátil. Cuando ella se acerca, Darlene se quita los cascos y levanta la cabeza con gesto de sorpresa.

—¿Ya has vuelto del trabajo?

—Sí, me han mandado a Navarra a cubrir una noticia, hoy tengo que hacer las maletas para mañana.

—Vale.

Vuelve a ponerse los cascos y a seguir con el ordenador. Laura se enfada y le quita los cascos.

—¿No vas a hablarme? Me voy mañana, ¿puedes aplazar el enfado?

Darlene frunce el ceño y sus ojos azules, llenos de furia, arden como las llamas vivas de los fogones de la cocina.

—¿Un enfado? ¿Crees que esto es un simple enfado? Es una cosa muy seria.

La falta de tiempo juntas era evidente; sus horarios no coincidían y los momentos compartidos eran escasos. Cuando finalmente tenían tiempo libre, Laura prefería salir de fiesta. Ayer por la noche, Laura volvió a casa borracha y comenzó a hablar sobre tener un hijo. Su pareja reaccionó con sorpresa e indignación. La discusión escaló con gritos y la periodista se fue de casa.

—Pero de verdad quiero tenerlo.

—Ojalá fuera verdad, pero… —las lágrimas le cortan la voz.

Laura la abraza y le da un cálido beso en la cabeza.

—Lo siento, te juro que me centraré, quiero formar una familia contigo.

Darlene levanta sus ojos llorosos y la mira, Laura le seca las lágrimas con los pulgares y la besa. La unión de sus húmedos labios calma el corazón de Darlene, que se entrega a ella dejándose manipular por las cálidas manos de su amor. Sus corazones se aceleran al ritmo de sus besos y, más cómodas en el sofá, se desnudan con la avidez de la pasión. Sus manos exploran con delicadeza los contornos familiares de la piel de la otra. El tiempo se detiene y las preocupaciones desaparecen, solo quedan sus respiraciones excitadas, sus gemidos de placer y sus ojos que analizan a la presa que están a punto de devorar.

El vapor de la olla a presión hace sonar la válvula como un tren que sale de la estación, sacando a Darlene de la ensoñación y de los mimos que le está dando Laura. Sale del abrazo para ir a apagar el fuego.

—Deberíamos vestirnos y comer.

Laura responde con un grito de pereza, pero obedece.

Mientras comen un delicioso plato de estofado, Darlene llama su atención.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Depende de lo que consiga, puede que en dos días se resuelva todo.

—¿Qué noticia es?

—La de un chico en Navarra al que han agredido.

—¿Por una agresión te van a mandar allí? —pregunta con sorpresa Darlene.

—Bueno, le han cortado los genitales mientras lo grababan en vídeo y no se sabe nada del que lo ha hecho.

—Joder, Laura —Darlene se sorprende y la mira como si sus palabras le hubieran quitado el apetito—. Pero el que haya hecho eso sigue suelto, es muy peligroso —insinúa con preocupación—. ¿No pueden mandar a otra persona?

—No va a pasar nada, preguntaré, intentaré hacer alguna entrevista a los padres y ya no será noticia.

—¿A qué hora coges el tren?

—Iré en el coche. Es un pueblo de difícil acceso. Prefieren pagar la gasolina y ya. Son cinco horas, ya lo he mirado, pero no hay problema, me gusta conducir.

—Bueno —Darlene le coge la mano y le da unas caricias—, aprovecharemos el día de hoy.

Un Citroën C4 rojo coge las curvas de una carretera estrecha en las montañas. Cuando Laura atraviesa la niebla que sube por la carretera, contempla con deleite el precioso paisaje montañoso otoñal. Poco a poco el bosque va devorando a las montañas y la carretera se transforma en un denso camino de tierra rodeado de árboles rojizos por el otoño, musgo y rocas. La humedad se cuela a través del cristal del coche. Sigue adentrándose unos kilómetros

más, pero cree que se ha perdido, el GPS le pone en pantalla que ha llegado y apenas tiene una raya de cobertura. Entonces escucha los sonidos de las campanas de un rebaño de ovejas. Detiene el coche y un mar blanco de animales la rodea con indiferencia y sigue su camino como si fuera otro árbol más. Al final, guiándolas, aparece un hombre, que parece mayor de lo que es, *la ropa hace mucho*, reflexiona, si fuera de traje podría ser uno de sus compañeros de la redacción. El hombre lleva una boina, un chaleco encima de una camisa y unos vaqueros azules muy gastados y sucios. Va acompañado casualmente de un pastor vasco, pero de cuatro patas, con el pelaje cobrizo y con la lengua fuera.

—¡Perdone! —llama la atención del pastor.

Él se acerca a la ventanilla del Citroën.

—Hola, ¿sabe cómo puedo entrar en *Herri Gorria*?

—Sí, claro, guapa —el hombre la estudia de arriba abajo con una mirada que le da asco a ella, pero mantiene una sonrisa falsa y espera que el tío siga hablando— es por ese camino, pero cuidado con el lodo, se le puede atascar el coche. ¿Se muda al pueblo?

—No, paso un par de días con mi marido, me han dicho que el pueblo es muy bonito.

Su experiencia le ha dicho que es mejor decir que está con un hombre, antes que decir la verdad, que va a estar sola en una habitación de hotel, ya otras compañeras han sufrido el ser sinceras.

—Puede ser, será que lo tengo ya muy visto.

—Gracias —corta ella rápidamente la conversación—. Que tenga un buen día.

Sin perder tiempo mete primera y se aleja.

Aunque lleva botas de campo, le cuesta evitar hundirse en el barro al llegar a la entrada del pueblo, la maleta ya se ha ensuciado y la arrastra sin cuidado. Dejó de importarle cuando casi se cae en el fango por llevar la maleta en volandas. Todos los charcos son rojos, lo cual hace que se inquiete más y se pregunte dónde se está metiendo.

Las miradas se clavan en la extranjera al entrar en el pueblo, parece que ha llovido sangre porque todas las casas están manchadas de un color rojizo, otras directamente están pintadas de

rojo. Camina hacia el interior del pueblo, algunos hombres mayores en un banco cuchichean al verla, todo el pueblo parece sucio, las superficies están cubiertas de un polvo rojizo. En el camino ve a un hombre mayor que lleva a la espalda una cesta con leña y no pierde la oportunidad de acercarse a él y preguntar.

—Buenas, ¿sabría decirme dónde está el hostal?

El hombre apenas se para y se fija en ella de reojo.

—*Joan pikutara* —responde en euskera y continúa su camino.

Ella no lo comprende, pero no parece que fuera un tono amigable. No le da mucha importancia y sigue caminando. Se va fijando en los sitios que parecen importantes, comercios y edificios grandes, lo cual le sorprende, ella esperaba un pueblo pequeño y es bastante grande para estar apartado. Camina hasta que llega a una gran plaza con una fuente en la que un niño con alas de ángel vierte un agua sucia y rojiza desde una vasija. En esa plaza ve por fin el cartel del hostal, es como los antiguos, de madera vieja, sujeto por dos cadenas oxidadas y las letras emborronadas por el paso del tiempo y el clima. «Hostal Amets Kateatua».

—Hogar dulce hogar —suspira desilusionada Laura.

Abre la puerta de madera que chirría levemente y al otro lado encuentra un chico joven de apenas treinta años que observa embobado un portátil en el mostrador. El muchacho deja lo que está haciendo cerrando el portátil rápidamente y la recibe con una cálida sonrisa.

—Buenas, bienvenida.

—Hola, tengo una habitación, a nombre de Laura Santos.

—Claro, un momento.

Laura se fija en el lugar mientras el chico busca en una libreta negra su nombre. El hostal no está tan mal por dentro como le pareció por fuera. No es un hotel cinco estrellas, pero está limpio, parece acogedor y lo más importante no tiene frío dentro.

—Tengo una Laura Santana.

—Santos tendría que ser —se preocupa ella.

—Tranquila, es su habitación, no hay otra reserva, ya está corregido, mi madre lo habrá apuntado mal, está ya mayor —le responde con una sonrisa.

Le paga dos días y rellena el papel con sus datos.

—¿Qué viene de vacaciones?

—No, soy periodista, vengo por lo del chico.

—Ah, sí, una desgracia.

—¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—Pregunte en el hospital, se lo llevaron allí y allí sigue. Tome —le da las llaves de la habitación—. Le ayudo con la maleta.

—Oh, no hace falta.

—Insisto —coge la maleta con una sonrisa—. Es mi trabajo.

Ella le deja. *Parece que al menos hay una persona simpática y amigable en este pueblo.* Caminan por un pasillo hasta la habitación número cuatro, el chico le abre la puerta, entra y deja la maleta a un lado. La habitación es grande, pero tiene una horrenda lámpara de araña, un escritorio y un baño. Hay un poco de polvo rojo y telas de arañas en algunas esquinas, no se han esmerado mucho limpiando.

—Bueno, y esta es la habitación, ahí está el baño, si necesita algo avíseme, estoy aquí al lado. Por cierto, me llamo Aingeru.

—Gracias, Aingeru, oye, ¿qué es ese polvo rojo que está por todo el pueblo?

—Ah, claro, se me olvida que a la gente que no es de aquí le puede parecer extraño. Es arcilla roja. Verá, este pueblo se dedicaba antes a la explotación de la mina, pero cerraron la fábrica hace años.

El viento siempre trae polvo, no le recomiendo que se ponga ropa blanca —se despide el chico con una sonrisa.

Laura empieza a desempacar las maletas, mete la ropa en el armario y luego se da una ducha. Esa ducha caliente le hace olvidar por un momento que está en mitad de la nada, en las montañas y que mañana tendrá que intentar sacar algo de unos padres que no van a querer hablar con ella. Termina de ducharse, se pone el pijama y se mete en la cama. Todo este rato no ha sentido nada raro, pero Aingeru la ha estado observando a través de las cámaras mientras se masturbaba.

CAPÍTULO 3
¿SOCIOS?

Son las ocho de la mañana cuando Miguel, con un simple café en el estómago y con ojeras de no haber dormido nada, aparca el coche frente al hospital. Ayer estuvieron todo el día en el cuartel, ni huellas, ni sangre del agresor, nada. Hablaron con supuestos testigos que vieron a una persona con chubasquero pasear de noche por esas calles, bajo la lluvia. Ninguna descripción válida. *Estaba demasiado oscuro; la lluvia no me dejó ver nada; no me fijé demasiado*. Eso fue todo lo que consiguieron, aunque todavía les falta hablar con la chica que entró en la tienda antes de que entrara el agresor. Pero lo primero es lo primero, si pueden hablar con el chico y que le describa al agresor no tardarán en encontrarlo.

Se baja y echa un vistazo a la entrada, allí su jefe le espera apoyado en la pared fumándose un cigarrillo. La cara de Aitor es inescrutable, no puedes saber si no había dormido nada o si había dormido como un bebé, siempre parecía como uno de esos detectives de las películas de los años veinte, serio y frío como una

montaña. La cicatriz de su cara tampoco ayudaba a pensar que fuera una persona amable, atravesaba su mejilla de un lado a otro, como si un mafioso hubiera intentado hacerle la sonrisa del payaso con una motosierra. No tenía tanta confianza para preguntarle por esa cicatriz, ni sabía si quería hacerlo.

—En cinco minutos nos dejan ver al crío —saluda Aitor, después disfruta con profundidad la última calada del cigarrillo y lo tira al cenicero encima de una papelera.

Miguel lo sigue dentro del hospital. Suben las escaleras hasta el cuarto piso, cruzan pasillos blancos como túneles infinitos, hasta que el sargento se para en la habitación doscientos doce. Normalmente habría dos policías de guardia en la puerta del hospital, pero por falta de personal solo pudieron mandar a Santana y ya está en su casa durmiendo. Después de aclarar su garganta, Aitor toca tres veces la puerta. Tras unos segundos la puerta se abre tímidamente y por ella se asoma una mujer despeinada con los ojos rojos y llorosos. Lleva una rebeca y se aferra a un pañuelo arrugado.

—Hola, ¿es usted la madre de Andoni?

—La mujer asiente sin ganas, se le nota abatida—. Necesitamos hablar con su hijo, seguramente vio la cara de quien le hizo eso.

La madre sale fuera de la habitación y cierra la puerta detrás de ella.

—Mi hijo está demasiado mal para hablar —tiene voz débil que enseguida se torna en lágrimas—. No habla, ni siquiera conmigo —la voz se le entrecorta y entre hipidos continúa hablando—. No come y si alguien lo toca empieza a gritar y llorar.

Era una de las situaciones que le preocupaban a Aitor, con el niño en ese estado no pueden sacarle nada, hasta que vuelva a la normalidad, *si es que después de eso se puede*.

—Está intentando asimilar todo lo que le ha pasado, no se preocupe, se recuperará ya nos avisó el doctor que podía pasar —las palabras de Miguel o la mano que le pone en el hombro consiguen calmar a la señora un poco.

—¿Sabe de alguien que odie o se lleve mal con tu hijo, algún enemigo? —Aitor intenta sacar alguna información que les pueda ayudar en la investigación.

—Quién iba a hacerle eso, por Dios, tiene buenos amigos y es un niño responsable.

—Cuando se encuentre mejor y pueda hablar llámenos inmediatamente. Lo sentimos nadie debería pasar por esto.

—¿Lo cogerán verdad?

—Se lo prometemos —Miguel se adelanta a las palabras de su superior.

Caminan de nuevo por los pasillos infinitos hacia la salida, teniendo en sus mentes la imagen del chico que han podido vislumbrar al entreabrir la puerta, una estatua sin vida que miraba al vacío postrado en la cama mientras caía una lágrima por su mejilla. Al salir afuera Aitor enciende otro cigarrillo y tras la primera calada mira al cabo con desaprobación.

—Chico, sé que tenías buenas intenciones, pero la gente olvida rápido los buenos gestos cuando necesitan culpar a alguien. Si no cumplimos la promesa seremos nosotros los malos.

El cabo asiente. Tras unos segundos de silencio le ofrece un cigarrillo a Miguel.

—No gracias, no fumo.

—Hola, estoy buscando al sargento Aitor —llama la atención una voz al principio de las escaleras.

Los guardias analizan a la desconocida de arriba a abajo mientras sube las escaleras hacia ellos con una sonrisa. La mujer lleva un vestido rojo y un bolso negro. Va maquillada, pero sutilmente excepto por los labios de un carmín intenso.

—Soy yo, ¿y usted quién es?

—Me llamo Laura, soy periodista, voy a llevar la noticia hasta que atrapen al culpable —se presenta al llegar al final de las escaleras—. Encantada —extiende la mano al sargento.

—La puta prensa, genial —suspira enfadado—. Estamos investigando. Fin de la noticia.

Tras las palabras y omitiendo la mano de la mujer, Aitor baja las escaleras y se sube a su coche.

—Te espero en el puesto —le casi grita al cabo, desde el coche, después arranca y se va.

Miguel baja los escalones directo hacia su coche, pero la chica lo agarra del brazo deteniendo su avance.

—Por favor, no quiero que me despidan, sé que habéis hablado con el chico ¿ha dicho algo?

Él contempla sus ojos negros suplicantes y la desesperación con la que lo agarra, como si su brazo fuera un bote salvavidas en el océano.

—No. Ha salido la madre, no ha dicho nada, el chico todavía está en shock —contesta tras pensarlo unos segundos.

—Me podríais dar un teléfono para estar en contacto y si descubro algo comunicárselo.

—Puede llamar al 062.

—Si llamo a ese número me lo cogerá el sargento borde y me colgará. En cambio, usted parece simpático. ¿Me daría su número personal mejor?

Miguel duda. La periodista sabe que la mayoría de los hombres no se resistirán a darle el número a una chica en apuros que les suplica, pero por si acaso aprieta el antebrazo del guardia entre sus pechos.

—Prometo solo llamarle para cosas importantes, sé que está muy ocupado.

—De acuerdo, apunte —cede él.

Laura guarda el número en su móvil, y con una sonrisa le ofrece la mano. Él se la estrecha.

—¿Cuál es su nombre?

—Miguel.

—Gracias Miguel, no te arrepentirás, seré la mejor socia que podrás tener.

—Eso espero —se despide él con una sonrisa.

Miguel se apresura a ir al cuartel con Aitor; sabe que les quedan unas aburridas horas buscando entre todas las fichas de los conocidos del chico.

Esas horas son la parte menos interesante de las investigaciones, pero son necesarias y, entre la montaña de papeles, buscan algo que pudiera hacer el chico para darles una pista, alguna pelea, discusión o altercado. Están en una sala acristalada iluminada por la monótona luz de los fluorescentes, mientras ven a través de los

cristales a sus compañeros de un lado a otro, contestando llamadas, buscando en las pruebas científicas, viendo el vídeo una y otra vez por si no han advertido algo. Pero las horas han pasado y no tienen nada.

Miguel le da un sorbo a su café ya frío y resopla.

—Nada, no encuentro nada. Terminó bachillerato y trabaja en la tienda de sus padres. Es un niño normal, no entiendo nada.

—Vamos a preguntar a sus compañeros del instituto, empecemos por Arantxa Elizalde García, la chica del vídeo, a lo mejor sabe algo.

Aitor se levanta de la silla, pero antes de coger su chaqueta suena el teléfono de la sala y contesta.

—Joder —Miguel lo observa intentando averiguar qué noticia le están diciendo sus compañeros a través del teléfono—. ¿Y cómo ha pasado? Vale, gracias —el sargento cuelga—. Parece ser que Andoni se ha tirado por la ventana del hospital y ha muerto.

El cabo se queda sin palabras y agacha la cabeza. Su único testigo ya no podrá ayudarles, una familia destrozada a la que le hizo una promesa que cada vez ve más difícil cumplir. Aitor ve en el rostro del chico el agobio y la tristeza.

—Sé que es complicado, pero tenemos que continuar, el tiempo va siempre en nuestra contra. Vayamos a ver a la chica, puede que dé algo de luz —le pone una mano en el hombro.

Laura se ha puesto cómoda en la cama con el portátil en las piernas, se ha pateado todo el pueblo buscando información, pero no ha sacado mucho. Con lo que tiene se tendrá que ir mañana, pero entonces le llega un mensaje al *WhatsApp*, es Miguel: «Andoni se ha suicidado tirándose por la ventana del hospital, un cuarto piso. Parece que cuando se quedó solo un momento rompió la ventana con una silla y se tiró. Hay un vídeo, pero eso ya no te lo voy a pasar, me parece faltarle el respeto a la familia». Y ella le da las gracias a su nuevo socio.

Ahora sí tiene algo que escribir y un vídeo que encontrar.

Miguel deja el móvil, esta vez van los dos juntos en el coche. Observa por la ventana el paisaje y ahora repara en que han estado todo el día encerrados, y ya el sol está dando sus últimos rayos. Tras unos diez minutos en coche, un poco alejado del pueblo, llegan a la

casa. La casa de los Elizalde es enorme comparada con cualquier casa humilde del pueblo. Tiene un jardín muy bonito, cuidado e iluminado con pequeños farolillos. No esperaba menos, siendo su padre el dueño de la empresa que construyó el hospital y todas las edificaciones del pueblo en el auge de la cantera. Cuando Miguel llegó al pueblo le sorprendió el número de casas, que hubiera hospital y tantas construcciones que no corresponden a un pueblo pequeño como *Herri Gorria*. Luego, cuando se cerró la cantera y la gente se fue, quedó un hospital muy grande medio vacío y muchas casas abandonadas. Un gigantesco pueblo fantasma.

Los guardias cruzan por el camino del jardín hasta la puerta de madera rojiza con un león dorado de aldaba. El sargento golpea el león un par de veces contra la puerta, el sonido retumba en un eco a través de la puerta; por la reverberación del golpe se dan cuenta de lo grande que es la casa por dentro y escuchan cómo unos pasos lentos se acercan a la puerta. Les abre la madre de Arantxa conteniendo las lágrimas. A diferencia de la madre de Andoni, ella no lleva una simple rebeca, tiene una blusa rosa de seda y un pantalón grisáceo fino de lana.

—¿Qué quieren?

—Queríamos ver a su hija, tenemos que hacerle unas preguntas —Aitor va al grano.

—Se ha ido con sus amigas, después de lo que le han hecho a Andoni. Pobre chico, lo mal que lo tiene que estar pasando su familia —comenta la mujer.

Miguel evalúa a Aitor con los ojos para ver si da el visto bueno a comentar la última información sobre el chico.

—¿Podría decirme dónde está? —pregunta Aitor respondiendo a la duda del cabo—. Ella fue la última persona aparte del asesino en verlo, puede que Andoni le dijera que esperaba a alguien o algo que le preocupara.

—No sé dónde está, estaba triste y dijo que volvería tarde. Pero puedo llamarla para preguntarle —sugiere ella.

—Gracias.

Los agentes esperan pacientes mientras la madre llama al móvil.

El móvil de Arantxa suena en el baño del bar. El Ilargi Disco Bar es una de las construcciones de sus padres. «Los trabajadores también tienen derecho a divertirse», decía. Allí van los jóvenes a beber y bailar, aunque también hay cuarentones emborrachándose y mirando a las niñas bailar. A ella le gusta ese bar porque nunca tiene que pagar. Se fija de reojo en la pantalla de su móvil, pone «Pesada», es su madre, así que sigue pintándose los labios. A su lado está Zuria haciéndose la raya del ojo. Detrás están Itziar y Antia con los móviles mientras suena *Wrecking Ball* de Miley Cyrus, Itziar ha puesto la canción en YouTube.

Zuria también se fija en el móvil de Arantxa y ella le responde a la pregunta que tiene dibujada en su cara.

—Es mi madre, seguramente para preguntarme otra vez si estoy bien por lo de Andoni.

—Muy fuerte, ¿quién le haría eso? —pregunta Zuria.

—¿Habéis visto lo grande que la tenía, qué desperdicio? —comenta Antia, a la que también le llegaron las fotos y el vídeo.

Itziar le da un codazo a su compañera por el comentario desafortunado.

—Antia, que Arantxa salía con él.

Arantxa termina de pintarse los labios, sin ningún gesto ante el comentario.

—No salía con él, solo me lo tiré alguna vez, no os preocupéis —aclara después de presionar sus labios secando el labial.

—¿Los polis os han preguntado algo ya? —pregunta Itziar.

Las demás niegan.

—Ojalá me interrogue el nuevo —Zuria busca miradas cómplices en sus amigas mientras sonríe pícara—. A mí no me importaría que me esposara.

—La verdad es que está bueno —confiesa Itziar.

Le suena una notificación del *WhatsApp* a Antia y sus ojos se abren como platos y se le escapa un:

—¡Hostias!

—¿Qué te pasa? —interroga intrigada Itziar al ver la reacción de su amiga.

—Se ha suicidado… Hay un vídeo.

Todas se giran a Antia. Zuria e Itziar se acercan a ver el móvil. En el vídeo se ve cómo Andoni está sentado en la ventana rota de su habitación y tras unos segundos se tira cuatro pisos al suelo de cabeza.

—¿Cómo que se ha suicidado? —repite Arantxa, visiblemente nerviosa.

Seguido le quita el móvil a Antia y mira el vídeo. A los pocos segundos las lágrimas hacen que se le corra el rímel. Todas se miran preocupadas. Tras terminar el vídeo deja el móvil en el lavabo, coge su abrigo rojo y se va.

—¡Arantxa, espera! —intenta pararla en vano Itziar.

Sale afuera, ya es de noche, las calles están iluminadas solo por unas pocas farolas. Se arrepiente de haberse puesto la falda mona pero corta, con las medias negras finas con dibujos de flores cuando el frío viento le da la bienvenida. Se abraza más al abrigo para evitar que el poco calor corporal escape. Pasa frente a un borracho en mitad de la calle.

—¡Guapa!, vente a beber conmigo, te invito a lo que quieras —ofrece el borracho con una sonrisa.

Arantxa pasa de él y aumenta su velocidad lo poco que le dejan los zapatos negros de tacón. Cuando mira de reojo para atrás ve que el borracho empieza a seguirla y llamarla.

—¡Espera, guapa! —grita desde atrás el hombre.

La joven empieza a preocuparse, su pulso se acelera y mira alrededor. No hay nadie en la calle. Ese tío puede apuñalarla y nadie lo vería. El pensamiento arraiga en su cabeza, un escalofrío le recorre el cuerpo y sus músculos se tensan como un conejo al ver a un lobo.

Se plantea si quitarse los tacones no solo para correr más, sino porque sus tacones suenan en el silencio de la noche como si llevara un cencerro anunciando su camino. Da gracias cuando ve unos callejones y se mete por ellos rápidamente para perder de vista al borracho.

Suspira aliviada y se tranquiliza. Ve cómo el borracho se da la vuelta y se va. Sus músculos se destensan y su respiración se

normaliza justo cuando nota cómo alguien por detrás le pone un pañuelo en la boca y le sujeta los brazos.

Intenta gritar, pero sus gritos no escapan del guante de cuero azabache que le tapa la boca. Intenta zafarse, pero su fuerza no supera a la del agresor que no se inmuta ante los codazos que le propina.

Poco a poco pierde la fuerza, las patadas y los codazos se convierten en suaves golpecitos, se le cierran los ojos y cae inconsciente.

CAPÍTULO 4
~~ARANTXA~~

Arantxa abre los ojos, está aturdida, tiene la boca seca y le duele la cabeza como si tuviera la peor resaca de su vida. Intenta saber dónde está, alrededor hay un bosque, todavía es de noche y tiene una especie de máscara y una mordaza en la boca. Cuando mueve su mano para intentar quitársela nota que también está atada de manos y pies. Sus sentidos empiezan a volver y nota el aire frío acariciando su cuerpo desnudo, está boca abajo, sobre lo que parece un colchón sucio.

Grita, pero apenas emite sonido, se intenta mover, pero es inútil, está bien atada. Entonces, escucha unos pasos en la hierba acercándose y alguien se pone a su lado. Mueve la cabeza con esfuerzo para intentar ver quién es, ve a una persona encapuchada al contraluz de la luna, con el rostro envuelto en sombras. El desconocido coge su mano y usa su huella para desbloquear su teléfono como si cogiera algo que le pertenece.

—Tienes a tu madre como la pesada, eso no habla bien de ti. Pero bueno, no queremos que se preocupe la mujer. «Mamá, voy a llegar tarde, no me esperes, tengo poca batería» —cita el chico mientras escribe.

Luego saca la tarjeta SIM, la rompe y apaga el móvil.

Eso termina de despertar a la chica y darse cuenta de lo que está pasando, de que este chico tiene que ser el que torturó a Andoni y el miedo llega a la vez que sus lágrimas. Empieza a suplicar palabras inteligibles que solo escucha ella.

—Bueno, Arantxa, sé que te encantan las fiestas y la diversión. He preparado una solo para ti.

De la mochila, el secuestrador saca una caja grande de condones y la pone detrás de ella, al lado de sus piernas.

—Te he comprado una caja de cien; no quiero que le contagies nada a nadie.

Luego saca un móvil y le hace varias fotos.

—Volveré cuando empiece la fiesta —se despide.

Arantxa lo ve alejarse hasta entrar en el bosque y lejos de sentir alivio por su marcha, no para de darle vueltas a sus últimas palabras, que se han enredado en su mente como una hiedra venenosa.

Un grupo de tres adolescentes caminan por el sendero del bosque, iluminado por la luz de la luna y las linternas de sus móviles.

—¿De verdad te vas a creer esto? —le pregunta el último chico al primero de la fila.

—Estamos al lado, si es mentira pues nos vamos a la discoteca —responde el primero.

—No perdemos nada, además hay un montón de guarras que les va eso —agrega el segundo.

Suena una notificación del móvil y el primero se para en seco.

—Tíos, han subido una foto —les enseña el móvil a los demás.

Los demás se acercan y se sorprenden al ver la foto que han subido, la foto es de Arantxa atada y desnuda en el colchón, han tenido que censurar algunas partes.

—Joder, esto es aquí —dice el tercero.

—Mira, ahí está —El segundo de los chicos señala a un claro en el bosque, en el que el cuerpo pálido de la chica brilla bajo la luz de la luna.

Los chicos se acercan más rápido. No hay nadie más aparte de ellos. Ven a la chica a cuatro patas, atada con cinta americana tanto las piernas como los brazos. La cinta le ha dado varias vueltas al colchón, dejando a la chica unida a él. Los chicos empiezan a reírse y hacer fotos, lo que más les llama la atención es la máscara sadomasoquista que le cubre toda la cabeza dejando ver solo la boca y los ojos. En la frente tiene un papel escrito a ordenador y pegado con fiso que pone: «Fóllame soy tu puta». Cuando Arantxa ve a los chicos les pide ayuda, pero la mordaza, una bola negra en la boca, hace que cuando intenta hablar lo único que salga de su boca sea baba. La imagen divierte más a los chicos que empiezan a hacerse selfies al lado de la chica babeando. El primero que iba en la fila, se anima a meterle mano. En ese momento, Arantxa intenta forcejear e intentar evitar lo que sabe que va a suceder, sus forcejeos se ven como simples balanceos de su culo. No entiende cómo no la desatan al verla atada y amordazada.

Pero ellos solo ven como mueve su culo excitada y los sonidos inteligibles que emite son interpretados como gemidos de placer. El que la estaba manoseando se baja los pantalones, se pone un condón y empieza a violarla. Las lágrimas de impotencia caen de los ojos de Arantxa, sumadas al dolor de la penetración. Intenta relajar su cuerpo, para no sufrir desgarros, contemplar la oscuridad del bosque, poner la mente en blanco y pensar que no está ahí. Pero entonces lo ve.

¡Ese hijo de puta!

El encapuchado está espiándola fijamente entre los árboles, protegido por la oscuridad. Ella se desmorona, convirtiéndose en una muñeca sin vida que ha aceptado un castigo divino. Se le ocurre golpearse la cabeza hasta quedar inconsciente, pero el suave colchón no se lo va a permitir. Todo parece macabramente calculado para que sufra cada segundo.

El tercer chico de la fila, el incrédulo, coge el móvil y hace una llamada.

—Jon, diles a estos que es verdad, loco, que la tía está aquí desnuda con una caja de condones —tras una pausa y una mueca de enfado—. Mira las fotos que te he pasado, gilipollas.

Desde lo profundo del bosque el encapuchado observa con unos prismáticos cómo empiezan a llegar cada vez más hombres. Las luces de sus móviles los iluminan como si llevaran velas, emergen de la oscuridad del bosque y forman una fila espectral que evoca a la Santa Compaña. Más de treinta varones de diferentes edades aguardan su turno para violar a la chica.

Guarda sus prismáticos en su mochila y, con meticulosidad, limpia el móvil de Arantxa con un pañuelo, borrando cualquier rastro de huellas. Lo lanza a unos metros de distancia, dejándolo caer en la penumbra del bosque. Echa un último vistazo atrás antes de desaparecer en la espesura y dejarse tragar por la oscuridad.

Las siguientes horas son una sucesión de desconocidos que usan su cuerpo como si fuera un objeto, al principio intenta resistirlo, pero al final su cuerpo sufre una parálisis debida al terror.

Son las cinco de la mañana, todavía la penumbra es la dueña del cielo, solo quedan dos chicos en el claro. Uno está esperando al otro, que está todavía enganchado a Arantxa. La chica ya no hace ruidos, está con los ojos abiertos y con la mirada ida en la profundidad del bosque. Tras las últimas embestidas, el chico termina eyaculando, tira el condón a un lado y se pone los pantalones.

—Vamos, que ya me quiero ir a dormir.

—Espera, que decían que el último la tenía que desatar. La desato y nos vamos.

El chico saca una navaja de su pantalón vaquero y corta la cinta americana liberando a la chica que simplemente se deja caer sin fuerzas en el colchón mugriento lleno de su sangre y con su orina.

—La zorra no solo se ha esperado a tener la regla, sino que se ha meado encima, no sé cómo no te ha dado cosa meterla ahí.

Los chicos se van.

Con el tiempo Arantxa consigue reaccionar y con esfuerzo consigue quitarse la mordaza con lo que hace que respirar no sea un

esfuerzo y puede cerrar un poco la mandíbula, pero no del todo debido al dolor que siente. Se quita la máscara sadomasoquista y camina hacia dónde se fueron los chicos, pero al segundo paso cae al suelo, tiene las piernas entumecidas y está tiritando. Si se queda a esperar que sus piernas reaccionen, algo le dice que morirá. Así que hace un esfuerzo y alza las manos en la hierba húmeda llena de rocío y tira. Poco a poco se va arrastrando, omite la sangre que cae por sus piernas, el dolor y el frío. Desde hace rato no es ella, su cerebro está desconectado, su cuerpo lo mueve su instinto de supervivencia.

Jorge se despierta a las cinco de la mañana para trabajar con su mujer Alicia en el campo, tiene que dar de comer a los animales y recoger los erizos de los castaños que ya han caído. Ya a sus sesenta años la pareja lo hace por gusto, les gusta el campo y los animales, así que, aunque sus hijos y nietos lleven el campo, saben que los animales y las castañas son asunto de los abuelos. Los dos desayunan café con dos buenas tostadas de manteca. Para las seis ya se han subido en el viejo Nissan Patrol y van camino al campo escuchando las noticias de la radio. Una mañana cualquiera para ellos.

—Jorge hori orein bat da? [¿Jorge eso es un ciervo?] —le señala Alicia al fondo de la carretera.

El hombre frena y ve en mitad de la carretera a una chica desnuda, llena de barro, cortes y sangre seca en sus piernas que está cruzando la carretera gateando.

—Jainkoa… Alicia Guardia Zibila deitzen du. [Dios… Alicia llama a la Guardia Civil.]

El hombre se baja del coche y se acerca rápido a la chica mientras Alicia llama al 112.

—¿Niña estás bien? —le pregunta Jorge, pero hace caso omiso a sus palabras.

La chica sigue gateando con los ojos semiabiertos fijados en el vacío, ahora de cerca el hombre ve que tiene las rodillas en carne viva, heridas de arrastrarse por la tierra y la boca la tiene un poco abierta por la que se le cae la baba. El hombre le pone la chaqueta a la chica y cuando ella nota el tacto de algo se queda parada como

una estatua. El hombre la lleva al coche para resguardarse del frío. Ella no se resiste y se deja llevar como si de una muñeca se tratase. El hombre la levanta y la lleva andando paso a paso hasta el coche, cada paso parece que va a desplomarse, así que Jorge la agarra fuerte por debajo de las axilas. Al entrar en el coche y sentir la calefacción Arantxa no dura ni un segundo despierta, agotada por el cansancio, la pérdida de sangre y la falta de sueño cae rendida como un bebé.

El interior del cuartel es un caos. Guardias civiles van de un lado para otro con chavales esposados, mientras las interrogaciones se suceden sin descanso. Familias enfurecidas arremeten contra los guardias, proclamando la inocencia de sus hijos. «Mi hijo no ha hecho nada malo» es la frase que resuena una y otra vez. Aitor y Miguel caminan por un pasillo, sorteando el tumulto.

—¿Una quedada sexual? —pregunta Aitor confundido.

—Sí, parece que fue desde una cuenta de Facebook con un correo falso. Se tomaron el tiempo de invitar a casi todos los hombres del pueblo. Un matrimonio encontró a la chica desorientada y desnuda en mitad de la carretera. Fue llevada a urgencias, tenía desgarros anales, vaginales, las hemorragias internas por suerte se han conseguido parar a tiempo y ya no corre peligro.

—Madre de Dios… ¿Dónde ha sido, alguna casa o propiedad?

—No, en mitad del bosque, el equipo todavía está recogiendo muestras de ADN que hay por todos lados, también han encontrado cerca el móvil de la chica, pero sin huellas.

Se paran frente a una puerta, tocan antes de entrar. Es una de las salas de interrogatorio, la única que les han dejado, para poder tener intimidad. En la sala les espera sentado Iker Arrieta, uno de los mejores psicólogos que se han podido permitir los padres de Arantxa. Es experto en psicotraumatología, viene desde la capital, de unos cincuenta años, pelo canoso, vestido con una camisa y jersey por encima. Se recoloca las gafas, mientras se sientan los guardias y se saludan.

Después de estrecharle la mano al sargento, el doctor abre su libreta donde ha anotado todo.

Miguel lo imita y saca un pequeño bloc de notas para apuntar los detalles importantes.

—¿Qué le ha contado la chica, doctor?

—Ha sufrido un gran trauma, pero ha ido hablando poco a poco. Parece ser que anoche, sobre las doce de la noche, volvía a casa y de camino a casa un borracho la siguió. Huyó de él y entró en unos callejones.

—¿Ha sido identificado ese hombre?

—Sí, era Patxi Peña, creo que es conocido en el pueblo —Aitor pone una mueca extraña que Miguel ni el doctor saben descifrar, pero ese nombre no es indiferente para él—. Ya en el callejón la chica perdió el conocimiento. Los informes del análisis de sangre confirman que inhaló gran cantidad de cloroformo. Luego se despertó atada y desnuda en el colchón.

—¿Y le dijo algo el secuestrador?

—Que él había preparado una fiesta solo para ella. Después, parece ser que dejó los preservativos y se fue.

—¿Entonces no participó?

—Supuestamente no, aunque con tanta gente podría haberlo hecho y no se daría cuenta.

Los agentes salen de la sala, Aitor está visiblemente enfadado y anda rápido, Miguel tiene que aumentar los pasos para alcanzarlo.

—¿Crees que es el mismo?

—Pues claro que es el mismo, a menos que la gente de este puto pueblo de repente se haya vuelto loca. Hay que buscar en qué carajos se relacionan Andoni y Arantxa, y pon a todo el cuartel a ello. Pero ahora vamos a ir tú y yo a un sitio. Puede que sepa dónde está el cabrón detrás de esto.

El sótano está sumido en la oscuridad, solo rota por un pequeño flexo en una mesa de trabajo de una gruesa madera. Le gustaba ese sótano, el silencio era religioso, allí aislado del exterior podía concentrarse de una manera particular. Allí no necesitaba la capucha, estaba en su casa, podía ser él mismo. Se inclinaba sobre la mesa cubierta de herramientas y componentes electrónicos. Sus dedos, ágiles y precisos, manipulaban alambres, condensadores y baterías con una destreza inquietante. El ligero zumbido de la

batería del soldador de estaño es lo único que suena en el espacio, acompañado de su respiración controlada, casi hipnótica.

Cada pieza encajaba perfectamente en su lugar, tal y como estudió que lo haría, le divierte hacer ese rompecabezas, surgen pequeños problemas que tiene que ir resolviendo. Tras una semana de prueba y error por fin parece que ha conseguido fabricar una pistola táser casera, con suficiente voltaje para paralizar, pero no matar de inmediato. Controlar el voltaje había sido lo más complicado.

La última chispa de soldadura ilumina el brillo de sus ojos, revelando por un instante la emoción de crear algo tan complicado por sí mismo. Aunque la emoción dura un segundo, al igual que el destello, se apaga tan rápidamente como ha aparecido. Porque recuerda que esta vez no crea por diversión o para hacer el bien. Esta vez es para usarlo contra una persona. Bueno, para él no es una persona, es un monstruo que perdió su humanidad y la reemplazó por maldad. Desconecta el soldador y se quita los guantes, dejando que sus manos desnudas acaricien el arma recién ensamblada.

La alza frente a él, admirando la obra terminada con la calma de un artista ante un cuadro. Observando que cada pincelada, cada tono y cada detalle, están en su lugar. La pistola táser es pequeña, discreta, pero en sus manos se transforma en un instrumento de control absoluto.

Mide el voltaje, se ha pasado un poco, pero no mataría a una persona, aunque sí le dejaría con quemaduras en la piel, puede que parálisis, convulsiones y daño cerebral permanente.

Era perfecto.

Ahora solo tenía que probarlo.

CAPÍTULO 5
MUNSTROA

Laura se levanta temprano, es la costumbre, si no madrugas te pierdes las noticias. Esa mañana le llegan de forma inesperada, sin ir a buscarlas, en forma de mensaje de texto en el que Miguel le cuenta la violación de Arantxa. Tiene mucho trabajo por delante. Se informa de todo lo que puede sobre la violación antes de salir y redacta una breve noticia para su jefe mientras se bebe un café. No necesita más, ha acostumbrado a su cuerpo a recibir su dosis de café y nicotina por la mañana, y como si de gasolina para un coche se tratase, le funciona perfectamente para arrancar.

Se viste, un sencillo traje negro que arropa con una gabardina marrón y un bolso. Sale fuera y pasea por el pueblo, busca gente para grabar algunas entrevistas, no ha venido con una cámara, pero tiene el nuevo iPhone cinco, el jefe le ha dicho que las grabe con eso, que graba mejor que sus cámaras.

—¿Cree que ha sido una misma persona? ¿O una coincidencia las últimas atrocidades que han sucedido en el pueblo?

—No lo sé, la verdad que nunca pasa nada en este pueblo y dos desgracias así seguidas da que pensar —le responde el dueño de la carnicería.

—Eso seguro que es alguno de esos americanos locos —responde un señor mayor que estaba con otros en un banco.

—Claro que es uno solo, es el *munstroa*, se hace pasar por un ser querido y tortura a los *bekatariak*, ha vuelto a pasar como hace sesenta años —le responde una anciana que volvía con una cesta de setas para su casa.

Laura se interesa por lo que ha dicho la anciana.

—¿Perdone, me podría contar sobre el *munstroa*, y lo de hace sesenta años?

—Venga a mi *etxera*, pero nada de grabarme con eso —exige la mujer señalando el móvil.

La periodista corta la grabación y asiente. La sigue, sabe que se arriesga a perder parte de la mañana con esta señora, sin embargo, a su olfato periodístico le llega un dulce olor, tal vez no una noticia, pero le puede contar algo interesante.

Atraviesa el pueblo con la mujer hasta llegar a una casa un poco apartada, por el camino usa el traductor para corroborar que *munstroa* es monstruo en castellano, *bekatariak* no consigue escribirlo bien y *etxera* es casa. Llegan a la humilde casa, en la entrada hay tres perros de distintas razas, un perro de agua, un podenco y un pastor vasco. La anciana acaricia a los perros y entra en la casa. En la puerta hay varios *eguzkilores* secos. Al abrir la puerta hace un desagradable sonido chirriante. Dentro la casa es rústica, austera y antigua, prácticamente está hecha de madera en su totalidad. Está descuidada, es imposible no ver polvo y telarañas en cada esquina. Como gárgolas custodiando la entrada de la casa, hay dos perros más tumbados, otro perro de agua y otro pastor vasco, también hay plantas por todos lados, algunas secas y otras en macetas de barro, pero sobre todo *eguzkilores* secos colgados de cuerdas, puestos en mesas y muebles. La casa tiene un olor extraño y no muy agradable, una mezcla de perro mojado con hierbas aromáticas. El olor es como si una persona sudada y maloliente en

vez de ducharse decidiera que echarse colonia es suficiente para tapar su olor, creando una mezcla aún más mortífera al olfato.

Vaya, parece que he encontrado a la bruja del pueblo.

—Siéntate, hija. ¿Quieres unas pastas y algo de beber?

—No, gracias, estoy bien. Me tiene intrigada, quiero saber más sobre esa historia del monstruo.

Laura se sienta y aprovecha para poner la grabadora del móvil y dejarlo sobre la mesa. Le ha dicho que no la grabe en vídeo, pero nada de la voz, aunque sabe que está rozando la ética periodística al no decírselo, es simplemente para recordar mejor cada detalle después. La anciana trae una bandeja de madera con una bonita tetera de cerámica con dibujos de unas enredaderas y dos tazas con los mismos adornos.

—Ummm, yo tendría veinticinco *urte* cuando lo vi —comienza a contar la anciana mientras vuelca en la taza un humeante chorro de té aromático.

—¿Se refiere al Basajaun o a qué tipo de monstruo?

—*Ez*, ese no era el *babeslea* del bosque, *zirudien* haberse comido al Basajaun más que ser él. Lo vi en el *basoa*, cubierto de *lokatza*, sangre, hojas y ramas. Era muy grande; parecía humano, pero sus *begiak* eran amarillos y tenía unos *adarrak* de ciervo.

—¿Le hizo algo?

—No, yo estaba libre de pecado. Pero empezó a castigar a otros en el *herria*.

—¿Cómo los castigó?

—Dependía de su pecado, amputaciones, quemaduras, mutilaciones y *heriotza*.

—¿Y cómo supieron que era el monstruo?

—El cura lo confirmó. La crueldad del *munstroa* iba cada vez a más, ya asesinaba a cualquiera que tuviera oportunidad, así que hicimos un sacrificio para que nos dejara en paz.

—¿Cómo que un sacrificio? —preguntó Laura con curiosidad—. ¿Mataron a un animal?

—No fue un *animalia*, fue a una virgen.

La cara de la periodista cambia a un terror absoluto, un escalofrío le recorre el cuerpo, pero intenta que no se le note en la voz.

—¿Cómo?

—Yo en ese tiempo ya tenía a mi bebé de dos años, fue una niña a la que sacrificaron.

—Perdona… ¿Es una broma? ¿Mataron a una niña?

—¿Broma? *Ez.* Era lo que había que hacer —alza la voz mientras da un golpe en la mesa. Sus ojos enfurecidos dejan claro que no le ha gustado la acusación de la extranjera—. Si no *guztiok* hubiéramos muerto por el *munstroa*. ¡*Guztiok* somos *bekatariak* en el fondo! *¿Ez duzu ulertzen*? —la mujer se enfada y va alzando la voz cada vez más hasta que ya está gritando.

Los perros empiezan a ladrar alterados por las voces. Laura, asustada, se levanta bruscamente, coge el móvil y va hacia la puerta sin correr, pero a paso ligero.

—¡Y todo esto, es porque ha vuelto! ¡*Munstroa itzuli da*! —grita como ida la anciana desde la silla.

Logra escapar de la casa, el corazón le late desbocado, el móvil todavía está grabando, necesita varios intentos de su mano temblorosa para parar la grabación. Todo el camino al pueblo va paranoica mirando atrás, siente que en algún momento la vieja aparecerá detrás con sus perros y la atacarán. Afortunadamente para ella no pasa nada y consigue calmarse. Cuando llega al pueblo se sienta al lado de la fuente del hostal y escucha la grabación una y otra vez. Hay palabras que no entiende pero que no le será difícil sacarlas con el traductor. Tiene que buscar información sobre esas muertes del pueblo, especialmente sobre la niña y publicar todo lo que ha conseguido. Se moja un poco la cara con el agua fría de la fuente y entra en el hostal para empezar a redactar. Nada más entrar escucha el sonido de unas especies de cadenas arrastrándose tras la puerta del mostrador, que está entreabierta. Si fuera un día normal se hubiera acercado a echar un vistazo, pero hoy ya ha tenido suficientes emociones y decide darse prisa en escribir la noticia antes de que le pille la noche.

El sol brilla con intensidad, obligando a Miguel a ponerse las gafas de sol mientras Aitor aparca el coche a unos metros de una casa. Han tardado unos quince minutos, la casa parece abandonada, no tiene cristales rotos, pero sí que están sucios, la madera es vieja y

en partes está agujereada por las termitas. El cabo no le ha querido preguntar por el camino pues la mirada de su jefe le daba miedo, pero ahora tiene que saber algo más.

—¿Dónde estamos?

—Es la casa de ese cabrón.

El sargento va visiblemente enfadado a la puerta y la golpea con fuerza.

—Patxi, abra la puerta, Guardia Civil, queremos hacerle unas preguntas.

No hay ninguna luz y no se escucha nada en el interior, Aitor intenta abrir, pero la puerta está cerrada, hace una señal a su cabo para que vayan por la parte de atrás. La puerta de atrás se nota que la ha hecho el mismo dueño con pequeños tablones de madera atornillados entre sí, la madera está vieja y la cerradura es un alambre gordo. Nada impide a Aitor desenredarlo y abrir la puerta. La mirada de Miguel deja claro que no está de acuerdo con el proceder de su jefe, pero calla.

Entran en la oscura casa, por la que apenas entra un rayo de sol por las gruesas cortinas de tela. Abren las cortinas para que entre la luz y ven la pocilga en la que vive ese hombre: tiene latas de cerveza tiradas por todas partes, una pila de platos sucios y tres bolsas de basura que se le acumulan parecen ser las causantes de ese horrible hedor que se ha instalado en toda la casa.

Aitor empieza a rebuscar por los muebles y los rincones, Miguel está en el salón perdido, no sabe por dónde empezar a buscar, pero su jefe le llama, parece que él sí ha encontrado algo. Va hacia el dormitorio, cuando el sargento lo ve aparecer por la puerta, le señala en la mesita de noche un monedero rosa de Chanel. Saca un bolígrafo y lo abre sin dejar huellas, ven el DNI de Arantxa, se miran, sus ojos dicen: «Lo hemos encontrado».

—No te preocupes, aunque no esté aquí, sé dónde encontrarlo. Trae una bolsa de pruebas del coche —ordena Aitor.

Después de recoger la prueba y registrar con más cuidado la casa vuelven a la comisaría a registrar la prueba. Cuando vuelve del registro Aitor está sentado con un café y otro para él.

—Ven, siéntate aquí.

Miguel, confuso, no entiende por qué pierden el tiempo ahí y no puede evitar preguntar.

—¿Por qué no lo buscamos?

—Sé perfectamente dónde va a estar, pero hay que hacer tiempo, todavía es muy pronto.

Asiente y obedece la orden.

—¿De qué conoce a Patxi? —se anima a preguntar el cabo.

—Desde pequeño, siempre molestaba a las chicas y causaba problemas. Alguna vez me peleé con él.

—¿Y de repente organiza esto contra esa chica? ¿Qué motivo tendría?

—No intentes entender por qué un monstruo o un loco hace lo que hace, no tienes que comprenderlos ni empatizar con ellos, tienes que evitar que actúen o detenerlos si ya han actuado.

Miguel asiente y le da un sorbo al café humeante, agradeciendo el calor en sus manos. Todavía no se acostumbra a que anochezca tan pronto ni a cómo la temperatura cae en picado antes de que se apague el último rayo de sol.

Cuando terminan el café, el cielo ya empieza a teñirse de sombras y es hora de salir.

El paisaje azulado se despliega mientras Aitor conduce por las carreteras campestres, donde el sol se esconde lentamente tras el horizonte. Las luces cálidas de las casas contrastan con la penumbra creciente, ofreciendo una calma peculiar. En el asiento del copiloto, Miguel revisa su móvil. Laura acaba de publicar un vídeo desde el hotel, comentando las últimas noticias con micrófono en mano. Miguel no puede evitar ver el vídeo, mientras el coche avanza por la oscuridad creciente: «Esta mañana se ha encontrado a Arantxa Elizalde García de veinte años desnuda en mitad de la carretera, ha sufrido abusos sexuales por parte de un grupo de jóvenes, parece ser que los chicos no fueron quienes la drogaron y la ataron, sino que alguien previamente la ató y creó un evento sexual a través de Facebook, al que acudieron muchos de los varones del pueblo. La Guardia Civil está interrogándolos a todos, creen que uno de ellos podría ser el que la ató y creó el evento. Otros creen que puede ser el mismo psicópata que atacó a Andoni Zañartu hace tan solo un día.

Otros se remontan a una antigua maldición que asoló al pueblo hace sesenta años, el regreso del *Munstroa*».

Aitor frena bruscamente en mitad de la carretera.

—¿Quién coño acaba de decir eso? —pregunta al escuchar la última frase.

—La reportera.

—Como siga diciendo tonterías el pueblo se va a llenar de más paparazis —continúa conduciendo enfadado por la carretera—, además qué sabrá ella del pueblo, y menos de hace sesenta años, eso solo confunde y asusta a la gente.

—Bueno, es verdad que la gente está comentando lo del monstruo, solo hace su trabajo.

—Su trabajo es echar mierda para que la gente la siga leyendo, es lo único que le importa a un periodista. Seguro que habla maravillas de sus amigos los guardias que están intentando hacer algo —se burla irónicamente Aitor—. Solo quieren sensacionalismo y hacer que la gente no confíe en nuestro trabajo. Busca, ya verás que encuentras algo.

Miguel lee el artículo buscando algo sobre ellos y cuando por fin lo encuentra lo lee en voz alta.

—La Guardia Civil sigue buscando al culpable, todavía no ha detenido a nadie ni tienen sospechosos, parece que dan palos de ciego.

—Qué te había dicho.

El coche se para suavemente en un descampado.

—Hemos llegado.

Salen del coche frente a un pub nocturno de carretera, están cerca del pueblo en dirección norte. Un gran cartel de neón en el que se lee «Bar», con el símbolo de una cerveza, ilumina los alrededores con un tono morado. Si Miguel no hubiera estado absorto en su móvil, lo habría visto desde varios kilómetros atrás.

Entran en el bar, sus ojos recorren el lugar en busca del sospechoso. El local está lleno de gente de todo tipo: chicas jóvenes, moteros, borrachos, señoras y ancianos jubilados. Incluso ven a algunos compañeros de descanso en una mesa. Si el Ilargi Disco es el bar de los pudientes, donde una cerveza cuesta un riñón, el bar

de Iñaki es el refugio de quienes no quieren ver a los terratenientes ni a los pijos del pueblo, aquellos que han hecho fortuna vendiéndoles sus casas y explotándolos en sus empresas. Ninguno de los presentes gastaría nunca ni un euro en el pub de los ricos.

Una joven camarera los atiende en la mesa al lado de la ventana en la que se han sentado.

—¿Qué vais a tomar?

—Dos cañas.

—La mía sin alcohol —añade Miguel, que sí le importa beber estando de servicio.

La camarera se va y los dos guardias miran a la barra, donde han localizado al sospechoso. Cuando Miguel se levanta para arrestarlo, Aitor lo para.

—Espera, puede que lo pillemos con las manos en la masa. Mira.

En la barra Patxi coge el teléfono y manda un mensaje «no puedo ir esta noche, estamos muy liados». Una adolescente muy maquillada y con un gran escote se apoya en la barra a su lado.

—Se te ve triste, ¿te puedo ayudar?

—Claro, un poco de conversación no viene mal.

—Bueno, yo estaba pensando en otra cosa. Este sitio es un rollo, no me dejan beber —se queja la chica abrazando su bíceps—. Me llamo Edurne, ¿y tú?

La camarera llega con las cervezas y Aitor invita. Los dos miran como Patxi y la chica tontean en la barra.

—¿Qué es eso de la maldición y lo del monstruo? —le pregunta Miguel.

—¿Estás bromeando, no? —levanta la cara y lo mira muy serio.

—No, ya sé que los monstruos no existen, pero quiero saber la historia.

Aitor contempla en silencio la espuma de su cerveza y busca las palabras para contar lo que pasó hace sesenta años.

—En los sesenta empezaron a aparecer víctimas de tortura, un hombre al que le cortaron la lengua, a otro al que le cortaron las piernas, una chica a la que le llenaron el cuerpo de rajas y violaron, etcétera. Yo no había nacido, pero leí los informes, empezaron a

decir que un monstruo procedente del bosque estaba castigando al pueblo por sus pecados, tonterías que ayudó el cura a propagar.

—¿Cómo acabó?

El sargento mueve el final de la cerveza y la termina de un trago.

—Los del pueblo asesinaron a una niña pequeña como ofrenda o algo así —Miguel lo mira incrédulo—. El cura les comió la cabeza de que la única manera de deshacerse del monstruo era dándole a una virgen en sacrificio, se detuvo a los participantes y ya no hubo más incidentes. El cura se pudrió en la cárcel.

Miguel agacha la cabeza y digiere la historia que acaba de escuchar.

—Los crímenes son parecidos, ¿crees que es un imitador?

—¿Imitando crímenes de los que nadie se acuerda? No tiene sentido. Entonces eran otros tiempos, no es lo mismo. Además, ¿qué quieres, que la paranoia consuma a la gente? —le regaña Aitor por lo bajini.

Miguel asiente dándole la razón y luego el sargento le señala con la cabeza a la barra.

—Vamos, se mueven.

CAPÍTULO 6
CALUMNIAS

Patxi sale del pub con Edurne, seguido de cerca por los guardias. Se sube a su viejo Fiat Panda y arranca. Ellos lo siguen por las oscuras carreteras a una distancia prudencial, Aitor solo ve las luces del coche a lo lejos, árboles que le delimitan el camino y a los asustadizos animales que se esconden en el bosque al iluminarlos con los faros.

A Miguel le llega un *WhatsApp*:

Laura Periodista

Hola, soy Laura :D

¿Tenéis alguna pista de lo de la chica? ¿Sabéis si tiene relación con lo del chico?

Estoy terminando el artículo para mañana, por si puedo añadir algo.

En el que nos pondrás de inútiles otra vez?

¡Oh venga ya! No seas dramático, yo no he dicho eso :(

He dicho que no tenéis pistas, o al menos no queréis compartirlas, no puedo poner cosas que no sé.

Bueno…
Entonces te alegrará saber que tenemos un sospechoso.
Mañana podrás hablar bien de la Guardia Civil.

¡Eso es genial! Estoy en el hostal, mi habitación es la cuatro, vente después y me cuentas.
Así puedes ver el artículo en directo y como hablo bien de ti :P
¿Te parece?

Vale, pero acabaré tarde.

No hay problema, soy un búho :)

Laura cierra la conversación y llama a su jefe, pone el altavoz mientras relee el artículo en su ordenador.

—Jefe, soy yo, ¿ha visto el artículo?

—Sí, perfecto, esto es lo que quería. Lo de la vieja va a quedar brutal.

—Me acaba de hablar un cabo que lleva el caso, dicen que van a detener a un sospechoso esta noche y me va a contar.

—Así me gusta, camelándotelos —ríe a través del móvil.

—Calla, calla, era la única manera de sacarles algo. Son unos secos.

—Recuerda, consigue fotos y detalles de todo, mientras más escabroso mejor, más vendemos, no te cortes.

El viejo Seat Panda se adentra en el bosque y se detiene cerca de una cabaña. Edurne y Patxi salen del coche riendo y entran en la cabaña. Los guardias apagan las luces del coche y paran el motor, ocultos por la oscuridad y los árboles, mientras observan cómo se encienden las luces en el interior de la casa. Ven las siluetas de los dos uniéndose a través de los cristales. Bajan del coche y se acercan sigilosamente a la ventana.

Miran por ella. Edurne y Patxi están en la cama, desnudándose, a punto de tener sexo. Miguel le señala a su jefe una escopeta que hay sobre la cama y saca su pistola. Aitor duda un momento, pero termina sacando la suya y haciéndole una señal con la mano para ir a la puerta de entrada. El jefe se prepara para abrir la puerta. El

cabo siente el calor de la adrenalina del momento. Un paso en falso hacia la escopeta y le tendrá que disparar. Él nunca ha tenido que usar la pistola en sus días en Madrid, pero siempre era el primero en las pruebas de tiro, aunque sabe que no es lo mismo dispararle a un papel con forma de persona que a una de verdad. Traga saliva y asiente mirando a su sargento para que sepa que está listo. Aitor abre la puerta de par en par sin dificultad como si pasara la página de un libro, no estaba cerrada, Patxi no esperaba visita. Miguel le apunta con la pistola.

—¡Guardia Civil! ¡Quieto, ponga las manos en alto!

La chica chilla y se tapa con la sábana desconcertada. Patxi se da la vuelta confuso y nervioso. Por instinto, al estar desnudo, se tapa los genitales.

—¡He dicho las manos en alto! —Miguel grita más fuerte.

La chica se aparta como si tuviera miedo de Patxi y va con ellos. Abraza a Aitor.

—Me trajo aquí y me desnudó —miente Edurne entre lágrimas.

Miguel se pone visiblemente más nervioso y agresivo, se acerca al hombre, le empuja violentamente la cabeza sobre el colchón y lo esposa sin delicadeza, tirando más de los brazos de lo que debería.

—¡Yo no he hecho nada! —grita entre muecas de dolor.

—Está detenido por abuso sexual de una menor.

Aitor tiene claro que no es abuso sexual, no tiene que analizar mucho la situación para fijarse en el bolso de la chica y al lado unos ciento cincuenta euros que está cobrando por sus servicios. Pero se calla, puede que no esté violando a esta chica, pero tiene que explicar muchas cosas. Para terminar con sus dudas observa a Edurne que contempla ya sin lágrimas, embobada la escena.

—Ahora vas a confesar lo de Arantxa Elizalde —le grita el cabo sin guardar todavía su arma, lo que incrementa el pánico del esposado.

—¡Yo no lo hice, lo juro! —grita con más miedo que antes.

—Miguel, déjame a mí, vete con la niña fuera y ocúpate de ella, yo me encargo de él —ordena Aitor con una voz serena guardando el arma y acercándose a él.

Miguel se tranquiliza, guarda la pistola, coge el bolso y la ropa de la chica. Luego acompaña a Edurne fuera al coche a cambiarse.

Aitor se sienta en la cama y enciende un cigarrillo, mientras Patxi se incorpora. El esposado solo se había fijado en el guardia que le apuntaba y le gritaba con el arma, al ver ahora al sargento lo reconoce y el miedo se transforma en odio.

—Qué hijo de puta, ¿qué pasa, necesitas un chivo expiatorio y no encuentras a nadie al que echarle el muerto?

—Estabas manteniendo relaciones sexuales con una menor y ayer te vieron piropeando borracho a la chica antes de ser raptada y violada.

—Siempre has sido igual, abusando de los demás. Desde el instituto eras el puto matón y fuiste a elegir la profesión perfecta. ¿Nunca te has arrepentido de ser un cabrón? ¿Tu mujer sigue teniéndote miedo?

Después de eso, Aitor le pega un puñetazo sin miramientos y le deja sangrando el labio.

—Tiene derecho a guardar silencio y a no responder a ninguna pregunta si no lo desea. Tiene derecho a designar un abogado. Tiene derecho a no declarar contra usted mismo y a no confesarse culpable.

—No estaba violándola, lo sabes perfectamente. Ahí está el dinero que le he pagado por tirármela.

—Aun así, ella parece que ahora no dice lo mismo y tienes que responder a otras preguntas más importantes.

Aitor coge el dinero de la mesa de noche.

—Ponte algo, que nos vamos a una celda que pone tu nombre.

Patxi escupe sangre en el bonito suelo de madera.

Miguel está apoyado en el coche, la niña ya se ha vestido y está en el asiento de delante visiblemente nerviosa, no deja de tocarse las uñas. Patxi sale esposado por delante con pantalones y con sangre en la boca.

—Conduce tú, la niña que vaya delante y yo voy con mi amigo.

Entran todos en el coche. La tensión se puede cortar con un cuchillo, Miguel arranca.

—Yo no he sido y lo sabéis, cabrones, me vais a tener que soltar.

Son las únicas palabras que salen de sus labios en todo el viaje, se queda mirando por la ventanilla las siluetas del bosque.

Cuando llegan al cuartel, Aitor se lleva al acusado dentro y Miguel se queda en el coche con la niña.

—¿Cómo te llamas y cuántos años tienes?

—Edurne, tengo dieciséis.

—No te preocupes, Edurne, ya ha pasado todo, ahora te llevamos a casa.

—Señor, ¿no le dirá nada a mis padres, verdad? —pregunta visiblemente preocupada.

—Tranquila, sé que no es algo agradable de contar, pero deberías hablarlo con tus padres cuando estés preparada.

—Sí, lo haré, gracias.

Aitor regresa y se queda al lado de la ventanilla del copiloto.

—Chica, ¿vas a denunciarlo?

Miguel se gira a su superior con indignación en su rostro.

—¿Cómo? Pues claro que va a denunciarlo.

Pero esperemos a mañana por la mañana después de hablar con sus padres. Ahora no está en condiciones.

Aitor suspira y se sienta de nuevo atrás. La casa de la chica está a unos pocos minutos, al llegar la chica se baja y el sargento también para volver a ponerse delante. Cuando él se sube la chica comienza a irse, pero él le llama la atención.

—Ve por la mañana al cuartel para poner la denuncia —le informa a la chica serio.

Edurne asiente y camina hacia su casa.

Cuando la chica está en la casa Miguel clava sus ojos serios en su sargento mientras él está encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué ha sido eso de preguntarle si quería denunciarlo?

—No hemos visto lo mismo, tú has visto una violación yo he visto prostitución.

—¿Pero qué dice? Tiene dieciséis años cómo se va a prostituir. Además, él le hizo eso a Arantxa, la cartera estaba en su casa.

—Mañana cuando lo interroguemos lo veremos —profetiza visiblemente con dudas Aitor.

—No sé qué más pruebas quieres.

El cabo arranca el coche enfadado y confuso.

El coche se detiene frente al hostal de Aingeru, Miguel ya ha dejado al sargento en su casa, no le ha vuelto a decir nada más, él se ha fumado un cigarrillo en silencio mientras miraba pensativo por la ventana, finalmente se ha despedido con un «buenas noches» al cerrar la puerta del coche. Entra en el hostal para encontrarse con la periodista. Ya es tarde, no hay nadie en la recepción. Va por el pasillo hasta la habitación número cuatro y toca la puerta. Se arrepiente al instante.

Puede que ya esté acostada.

Pero ve luz bajo la puerta y oye unos pasos que se acercan. Laura abre la puerta con un pantalón de pijama y una camiseta sin sujetador.

—Has venido, pasa —le recibe ella con una sonrisa.

—Perdón por las horas.

Él pasa y siente el calor de la chimenea. Ella se sienta en la cama, coge el portátil y da unas palmaditas en la cama para que él se siente a su lado.

—Mira para que te quejes —le enseña el artículo en el portátil.

—La Guardia Civil, tiene detenido a un sospechoso, pronto dirán si es el que atacó a las dos víctimas o si tiene un cómplice. Gracias al trabajo del sargento Aitor y a su cabo primero puede que la pesadilla de este pueblo haya terminado.

—¿Ves? ¿Y entonces ya ha confesado?

—No, todavía no.

—¿Quién es?

—Se llama Patxi Peña, es un borracho que se encontró esa noche con la chica y tiene denuncia previa por violar a una menor.

—¿Y cómo ha dado la Guardia Civil con él?

—Eso es información confidencial no puedo darla.

Miguel repara en los pechos de ella, que se le marcan claramente con la simple camiseta blanca. Laura se da cuenta. *Mierda,* piensa él.

—¿Tienes novia? O eso también es información confidencial —pregunta pícara.

—No, no tengo novia.

—Bueno, es normal con las chicas que hay en este pueblo. ¿Siempre has vivido aquí?

—No, yo soy de Madrid. Me trasladé hace unos meses.

—Bueno —se levanta de la cama y se gira hacia ella—, me voy, ya mañana interrogamos al sospechoso y te diré lo que nos cuente.

—Gracias —Laura se pone en pie para despedirlo.

—Buenas noches.

La chica se acerca, parece que le va a dar dos besos para despedirse, pero le da un beso en los labios. A él le pilla por sorpresa y no le da tiempo a decir nada más. Después del beso le regala una sonrisa y un «buenas noches» antes de cerrar la puerta. Y él se queda ahí en la puerta como un tonto, sin saber qué ha pasado. No sabe si tocar la puerta y volver a entrar. Pero la luz de debajo de la puerta se apaga. Así que decide volver a su casa, aunque ya no se puede quitar a la periodista de la cabeza.

—¿Me estás escuchando? —alza la voz Aitor— ¿No te has despertado todavía? Ve y tómate un café, pero te necesito al cien por cien.

Miguel asiente, pero sus pensamientos están aún atrapados en el cuarto de Laura, se dirige a la máquina de café. Necesita centrarse, despejar su mente, no sabe si el café le ayudará, tal vez el agua fría. Avanza por el pasillo distraído. Apenas ha recorrido cinco metros cuando choca con un hombre.

—Perdón… —se disculpa rápidamente Miguel.

El impacto es brusco, pero el hombre continúa su camino imparable sin responderle. No le da tiempo a verle la cara, pero el hombre no lleva ropa de un compañero, no debería estar ahí. Su abrigo se abre, revelando una pistola en la funda. Antes de que Miguel pueda reaccionar, el desconocido desenfunda el arma con sus ojos llenos de furia. Aitor, está al otro lado del pasillo, leyendo los papeles del interrogatorio, ajeno al peligro que se le avecina. La adrenalina disipa los pensamientos sobre Laura y prepara el cuerpo del cabo. El cuartel, normalmente un lugar de relativa seguridad, se convierte en un escenario de potencial violencia.

—¡Aitor! —grita Miguel, esperando que su voz llegue a tiempo. Aitor levanta la cabeza, su expresión de sorpresa rápidamente es reemplazada por una de alerta.

CAPÍTULO 7
PATXI

No le queda otra, antes de que ese hombre dispare a Aitor tiene que disparar él. Miguel desenfunda su arma reglamentaria rápidamente. Pero su sargento corre hacia el hombre haciendo un aspaviento con los brazos. Los papeles que estaba releyendo se esparcen por la habitación.

—¡Miguel no dispares! —grita Aitor.

Si le hubiera visto la cara vería a un hombre canoso con lágrimas en los ojos. Miguel duda ante el grito, se queda paralizado, tiene al hombre a tiro. Aitor agarra al hombre y forcejea con él para quitarle la pistola. Suenan tres tiros. El hombre cae de rodillas llorando.

—Por Dios… Déjame matarlo, lo que le ha hecho a mi pequeña… —consigue salir de sus cuerdas vocales entre hipidos y lágrimas.

Los tiros han agujereado el techo. El hombre pierde la fuerza y Aitor le quita el arma. Aparecen dos guardias civiles más. Miguel guarda su arma y se acerca. Se da cuenta de que no iba tras el

sargento, quería abrir la puerta del interrogatorio que estaba detrás de él. Miguel lo esposa.

—Mételo en una celda hasta que se calme —ordena Aitor a uno de los guardias que acaban de llegar.

Luego se gira furioso al otro cabo que está visiblemente nervioso.

—Salazar, me cago en tu puta madre. ¡Cómo se te ocurre dejarlo pasar! —le regaña gritando.

—Lo siento mi sargento dijo que tenía una pista…

—¡Fuera de mi vista! —le interrumpe.

El cabo se va rápido, como si fuera a ser fulminado por esa mirada en cualquier momento. Aitor se sienta en una de las sillas de espera e intenta calmarse.

—Y tú casi lo matas, lo que nos faltaba que mataras al puto alcalde —se dirige a Miguel.

—Pensaba que iba a dispararle, señor —se disculpa Miguel.

—Al que hizo que violaran a su hija, no a mí. No sé qué te pasa hoy, pero si no estás en condiciones no entres conmigo en la sala de interrogatorio.

—Lo siento, señor, estoy bien. Déjeme entrar, por favor.

Aitor enciende un cigarrillo. No puede fumar dentro del cuartel, pero ahora mismo no está el horno para bollos, así que ni Miguel ni cualquiera que lo viera iba a decir nada. Solo recoge los papeles, los vuelve a poner en la carpeta y se sienta a su lado a esperar. Cuando termina y ya se ha calmado, se levanta de la silla.

—Vamos —dice dirigiéndose a la sala.

Patxi lleva toda la noche en esa sala. A pesar de que la única luz de la sala es un pequeño foco fluorescente sobre su cabeza, apenas ha podido dormir, porque emite un sonido eléctrico agudo que no desaparece y le está volviendo loco. Tiene ropa limpia que le ha traído su madre. Ha llamado a su abogado, no sabe cuándo llegará, pero viene desde un pueblo cercano. Tiene hambre, sed y cansancio. Sabe todas las baldosas de la habitación y le da miedo mirar su rostro en el espejo grande de la sala, desde el que seguro está viendo su sufrimiento el cabrón de Aitor y no quiere darle la satisfacción de verlo sufrir. Ha escuchado unos disparos fuera, no sabe qué está pasando. La puerta se abre, pero no es nadie a quien

quiera ver. El sargento se sienta frente a él con una carpeta y el cabo se apoya en la pared con los brazos cruzados.

—Bueno, espero que la noche te haya refrescado la memoria.

Patxi no responde, sigue callado con la cabeza gacha.

—La chica declaró que te vio borracho al salir del bar y que le dijiste «Guapa, ven que te invito a una copa» —lee del expediente mientras lo mira—, y ella siguió para delante, la seguiste y entonces fue atacada. ¿Qué hiciste esa noche, Patxi?

Patxi levanta una mirada de odio y desprecio como nunca ha tenido. Ni siquiera Aitor le ha visto nunca así.

—Caminé al bar, estuve allí y luego me fui a casa. En el camino me encontré a la chica, se le cayó la cartera y la seguí para devolvérsela.

—¿Y se la devolviste?

—No, tuve que vomitar y cuando llegué al callejón no estaba. Pensé que no era buena idea aparecer con la cartera de una chica que fue violada esa noche. Pero parece que ya han entrado en mi casa a coger la cartera y dejar todas las pruebas falsas que quieran.

—Bueno, ¿y en casa hay alguien para corroborar a la hora que llegaste o alguien que estuviera contigo para corroborarlo?

—No.

—¿Y el jueves, cuando atacaron a Andoni, dónde estabas?

—Solo en mi casa.

Aitor se levanta de la mesa, no han sacado nada que no supieran.

—¿Si se comprueba que no soy sospechoso me podré ir?

Aitor se para.

—Si la chica te denuncia irás a juicio, pero sí, puede que salgas bajo fianza. Aunque, yo si fuera tú no saldría, afuera hay gente que quiere matarte.

Miguel analiza al acusado, percibe algo extraño, le parece que ha sido sincero, pero también lo vio anoche violando a una menor y fue el último que vio a Arantxa antes de ser secuestrada.

Patxi apoya la cabeza en sus brazos y llora, ya le da igual que lo vean así, ha perdido el coraje, parece que el universo ya lo ha juzgado y sentenciado.

—Yo no le hice nada —murmura con un hilo de voz, que resuena con tristeza en la sala.

Miguel lo observa unos segundos dudando y sale. De la sala contigua sale Leire, que ha estado escuchando el interrogatorio a través del espejo. Le pidió permiso al sargento nada más saber que habían arrestado a Patxi. Se pone firme frente a Aitor y le hace el saludo militar.

—Sargento, la tarde del jueves, Patxi estuvo conmigo hasta la noche, se lo juro. Ha mentido por no traerme problemas.

Aitor la mira, no es para él una sorpresa la relación de esos dos, aunque le sorprende. Leire es una mujer inteligente y guapa con el pelo moreno y los ojos cansados, unos cinco años más joven que Patxi, es responsable y su mejor cabo junto con Miguel, no entiende qué hace con ese borracho putero.

—Le creo, cabo.

Aitor continúa su camino. Las dudas que tenían se han ido incrementando con el tiempo, pero si Patxi no ha sido, hay un psicópata suelto y en el fondo le da miedo admitirlo.

Miguel no sabía de la relación de esos dos y ve cómo Leire ya no puede aguantar las lágrimas. Él solo agacha la cabeza y sigue a su sargento que entra en su despacho. Cruzando el pasillo ve a Salazar ayudando a Edurne frente al mostrador, su mirada se encuentra con la de la chica. Ella desvía la mirada rápidamente, una mirada de vergüenza y continúa rellenando la denuncia. Continúa hasta el despacho de Aitor. Ha cerrado la puerta y Miguel toca suavemente.

—¿Señor, puedo pasar? —pregunta Miguel desde el otro lado de la puerta.

—Pasa.

Aitor está vaciando una petaca de whisky en una taza de café y Miguel suelta sus dudas.

—Señor, no sé si Patxi…

—No lo es. Y eso es un problema. Hay que encontrarlo. Busca a estudiantes que tengan relación con ellos, empieza por las amigas de Arantxa ya que no podemos hablar con ella, a ver si consigues algo. Yo voy a volver a mirar los expedientes por si se me ha escapado algo.

El cabo asiente y sale. El sargento da un trago a su taza de whisky y luego coge el teléfono de su despacho.

—Sagasti, necesito que me traigas los expedientes de los niños de nuevo. Y tráeme el del novato de Madrid.

Miguel va por el pueblo, escucha a la gente hablar del monstruo y que el borracho de Patxi es inocente. La gente ya no lo mira como antes, las abuelas no le saludan con una sonrisa y los hombres evitan mirarlo. Hace una llamada, el móvil comunica. En vez de dejar un mensaje en el buzón de voz, prueba una nueva función que no ha usado mucho, mandar audios en *WhatsApp*.

—¿Te pillo bien? Patxi no ha confesado y empiezo a creer que él no ha sido. He estado pensando que como socia no te estás esforzando mucho, así que te voy a pedir un favor. Creo que la conexión que se nos está escapando es que puede ser algún tipo de venganza. Busca qué enemigos puede tener el alcalde que sean capaces de hacer eso, y si el padre de Andoni y él tienen algún negocio en común o algo que los dos pudieran hacer para cabrear a alguien.

Se sube en el coche y se dirige al parque del pueblo donde se reúnen los adolescentes, con la esperanza de que las amigas de la chica le cuenten algo que dirija la investigación a buen puerto.

—Se está alargando, ya te dije que no sabía cuántos días estaría —contesta Laura con el manos libres mientras se viste.

—Sí, pero Laura, ni siquiera me has llamado, creo que tienes una hora al día al menos para hablar conmigo.

Laura suspira, mientras se abotona la camisa frente al espejo.

—Estamos hablando ahora, ¿no?

—Por Dios, Laura, porque te he llamado yo, si no a lo mejor encontraba un mensaje de buenas noches como mucho —le reprocha Darlene.

—Cariño —intenta calmar con su tono de voz suave—. El trabajo aquí es una locura. Apenas tengo tiempo, y cuando lo tengo, solo quiero dormir.

—Siempre tienes una excusa —la voz de Darlene suena rota, entre la frustración y la tristeza—. Me prometiste que te centrarías,

que estaríamos juntas de verdad, pero nada ha cambiado, sigo sola en esta casa vacía, esperando a tener una vida contigo.

—Esto es temporal, lo sabes.

—El tiempo es lo más importante que tenemos y cómo lo gastamos es lo único que podemos elegir. Pero tú ya tienes claro en qué gastarlo, te dejo seguir trabajando.

Darlene cuelga el teléfono. Laura se queda mirando su reflejo en el espejo. Sus ojos, normalmente llenos de determinación, ahora mostraban un rastro de incertidumbre. ¿Darlene estaba exagerando? ¿O estaba siendo de verdad tan egoísta? Coge el móvil y escucha el mensaje de voz de Miguel. Las dudas se le acaban, una posible venganza contra el alcalde llenaría la portada del periódico durante semanas, sin duda va a investigar lo que le ha pedido el guardia.

Aitor termina de leer los expedientes y se acerca a las celdas. La primera está ocupada por un niñato que le ha destrozado el coche a otro por un lío de faldas, en la segunda hay un borracho que quería conducir con una tasa de 1,5 g/L en sangre. Pero es en la tercera donde se para el sargento, ahí está el alcalde, que ha intentado matar al sospechoso con un arma de fuego. El hombre, ya tranquilo, lo acecha con los ojos y la frialdad propia de una bestia.

—¿Zigor, ya te has calmado?

—Ese hombre va a pagar por lo que ha hecho, da igual que me encierres.

—Patxi es solo un sospechoso, no quiere decir que él lo haya hecho. Por eso le estamos interrogando. Si pudiéramos hablar con tu hija, puede que recuerde algún detalle que nos sea útil.

—No vais a hablar con ella. No está en condiciones y no voy a hacer que reviva ese infierno.

—Puede que te contara a ti algo que no le contara al psicólogo.

—No le busques tres pies al gato. Sabes que ese cabrón la llevó al bosque y para limpiar sus huellas… Dios mío, ni siquiera puedo decirlo —el hombre contiene sus lágrimas—. Escúchame, Aitor, solo tienes que soltarlo. Deja que salga esta misma noche y yo lo solucionaré todo. Un buen pico de dinero vendrá bien para que te tomes unas vacaciones con Maider.

Esas palabras, lejos de seducir al sargento, lo enfurecen. No hay cosa que más odie que la gente que se cree superior a los demás, que tratan a los demás como siervos amorales que bailan y cantan a cambio de unas monedas.

—¿Quién crees que eres? ¿Crees que eres inmune a la ley? —Aitor lo agarra del cuello de la camisa y tira aplastándolo contra las rejas mientras sus ojos lo amenazan fijamente—. Si te veo acercarte a menos de unos cincuenta metros de él, seré yo mismo el que te llene el pecho de balas. Patxi es solo un borracho salido. Déjanos trabajar y encerraremos para siempre al que ha hecho esto.

Le suelta el cuello, el hombre no dice nada más, se vuelve a sentar en el banco reflexivo y con la cabeza gacha.

Aitor sale fuera, necesita un cigarrillo y despejar su mente. Pero parece que no le van a dejar, porque cuando tiene su dosis de nicotina en la boca y se dispone a abrir la puerta al exterior, le llama Sagasti.

—Señor, su madre quiere hablar con usted.

Miguel llega al parque, es inmenso y rodeado de verde. Si quiere encontrar a un adolescente, ese es el lugar. Está rodeado de árboles altos que brindan una sombra dispersa, mientras los senderos serpentean entre zonas de césped y bancos desgastados. En un extremo, el pequeño campo de fútbol luce lleno de vida, con chicos chutando un balón desordenadamente, y en otro, la pista de baloncesto resuena con el eco de zapatillas golpeando el suelo y el inconfundible sonido del balón al golpear el aro. A medida que Miguel avanza por el parque, observa cómo los grupos de adolescentes sentados en los bancos clavan sus miradas en él y se revuelven nerviosos.

Algunos intentan esconder botellas de plástico que probablemente no contienen solo refresco, mientras otros apagan apresuradamente cigarrillos con olores curiosos. No es un secreto que ahí se reúnen para hacer botellones. Hoy no dirá nada, no quiere espantar a todo el mundo.

El guardia civil camina con paso lento pero firme, con la mirada atenta, escudriñando cada rincón. El rumor de risas se apaga

ligeramente a su paso, como si el aire se cargara de tensión a su alrededor.

Cerca de la cancha de baloncesto, en una esquina donde los escalones de cemento están bañados por el cálido sol, se agrupan varios chicos y chicas. Parecen relajados, con mochilas desparramadas a su alrededor y móviles en mano. En el centro, uno por uno, algunos jóvenes se turnan para rapear. Las letras improvisadas fluyen con un ritmo rápido, mezclando chistes internos con críticas sociales que arrancan aplausos y carcajadas de los demás. Miguel por fin ve a las amigas de Arantxa, están allí formando parte del círculo más cercano, riendo y conversando como si lo de su amiga fuera un capítulo lejano y no un suceso que aún pesa en el aire.

Miguel se dirige hacia el grupo con la seguridad de alguien que ha pasado horas analizando informes y fotos de los jóvenes del pueblo que cree reconocerlos a todos. Su presencia altera la tranquilidad y el buen rollo de los raperos. Las chicas intentan disimular, pero las miradas furtivas y los cuchicheos las delatan. Algunos raperos deciden recoger sus cosas y marcharse, mientras los que quedan se callan incómodos, como si la presencia del guardia civil hubiera aguado la fiesta.

Cuando está a unos metros las chicas se quedan en silencio y sonríen al guardia.

—Buenos días, ¿chicas, tenéis un momento?

—¿Hemos hecho algo malo, agente? —pregunta Zuria con una sonrisa irónica y un poco pícara.

—No, solo quería hacerles unas preguntas sobre Arantxa y Andoni.

—¿Se ha pillado ya al culpable? Pobre parejita —se le escapa a Antia.

El cabo se sorprende ante la noticia e Itziar le pega un codazo a su amiga la bocazas.

—Tenemos un sospechoso, pero todavía nada es concluyente. ¿Has dicho parejita? ¿Arantxa y Andoni eran novios?

—No diría novios, se enrollaban de vez en cuando, nos lo dijo un par de veces.

Itziar intenta remediar la cagada de su amiga. Las demás asienten.

—¿Y sabéis de alguien con quien se llevara mal Arantxa o Andoni, o que no le gustara la relación?

Las chicas se quedan pensando y niegan con la cabeza.

Un lío de faldas también le encajaba ahora, una amputación de un miembro y una violación en cadena, podía ser una venganza exagerada, pero plausible para un psicópata despechado.

—Bueno, gracias por su colaboración, me ha sido muy útil.

—Agente, ¿podría darme su número por si me acuerdo de algo que crea importante? —preguntó Zuria cuando él se disponía a dar la vuelta para irse.

—Sí, por supuesto —razona que si la chica quiere decirle algo del caso y que quede en el anonimato, sea mejor en privado.

El sargento se sienta en la silla de su despacho, deja el cigarrillo en la mesa y coge el teléfono.

—Sagasti, pásame la llamada —comunica a través del auricular—. ¿*Ama*? —pregunta tras escuchar un pitido.

—*Hauek ezertarako bilatuz, hau guztia munstroa egiten ari du, gu gure bekatuekin deitu diogunak gara.* [Estás buscando para nada, todo esto lo está haciendo el monstruo, somos nosotros los que lo hemos llamado con nuestros pecados.]

—*Munstroak ez daude, harrapatuko dugu errudunari, jada esan dizut.* [Los monstruos no existen, pillaremos al culpable, ya te lo he dicho.]

—*Bukatuko da soilik duela berrogeita hamar urte baino bera egiten badugu. Guztiak salbatzeagatik heriotza prezio ona da. Zu haurtxo bat zinen ez zara oroitzen.* [Solo se acabará si hacemos lo mismo que hace sesenta años. Una muerte por salvarlos a todos es un buen precio. Tú eras un bebé, no te acuerdas.]

—*Ama, ergelkeriak esateko ez dezazun dei gehiago, lan egiten ari gara.* [Mamá, no llames más para decir tonterías, estamos trabajando.]

Aitor sale de su despacho ya con el cigarrillo encendido y cierra de un portazo, nadie le dice nada.

—Sagasti, si llama mi madre de nuevo no me la pases. Dile que no estoy.

El cabo asiente y observa preocupado a su sargento salir fuera, visiblemente estresado.

El sol ya se está escondiendo cuando un coche intenta entrar en el taller. El motor del coche ruge suavemente mientras se aproxima, pero la persiana del taller está bajada. Beñat cree que tiene una fuga en el depósito de gasolina, tiene que arreglarlo si no se va a gastar el sueldo en gasolina. Si el hombre hubiera llegado diez minutos antes, tal vez, solo tal vez, se habría evitado la atrocidad que está a punto de suceder. Beñat, frustrado, da media vuelta y se marcha, los faros se desvanecen en la penumbra, dejando el lugar en un silencio inquietante.

Desde las sombras, un encapuchado observa la escena con calma glacial. Su silueta apenas visible se desplaza con sigilo hacia el taller, lo rodea buscando algo. Se para frente a la puerta trasera que está cerrada con llave, pero nada que él no hubiera previsto. Se arrodilla frente a la cerradura, sacando de su bolsillo una ganzúa.

Trabaja con precisión, sus movimientos son rápidos y seguros, el clic metálico de la cerradura cediendo es apenas perceptible. El tiempo parece detenerse mientras empuja la puerta con cuidado. Un crujido suave resuena en el aire espeso de la tarde, y él se desliza dentro, envuelto en la oscuridad.

CAPÍTULO 8
~~ANDER~~

Dentro del taller, el olor a aceite y metal es denso. Se toma un momento para orientarse y que sus ojos se adapten a la penumbra. Escucha leves sonidos metálicos, se acerca a ellos, y ve iluminada una zona de reparaciones con un coche. Debajo de este unas piernas asoman. La adrenalina corre por sus venas, pero su exterior permanece imperturbable, frío como el acero. Las sombras parecen cerrarse a su alrededor mientras avanza, cada paso más cerca del infierno que ha decidido liberar en ese lugar.

Ander trabaja debajo de un Seat León que ha subido un poco con un elevador. Solo ha encendido los fluorescentes de esa sala. Está terminando de apretar unos tornillos cuando escucha una voz.

—¿Está cerrado o permites la entrada de un amigo?

El mecánico se asusta y sale rápidamente apoyándose en el coche, está contra la espada y la pared. Pero ha escuchado lo que le han hecho a Andoni y a Arantxa. No le va a dar la oportunidad de hacer nada con él.

—A mí no me vas a tocar, hijo de puta.

En cuanto el encapuchado sale de las sombras y se acerca unos pasos, Ander se levanta, grita y corre para placarlo. Está en buena forma física, entre los pesos que levanta trabajando y las cuatro veces que va al gimnasio por semana tiene unos músculos envidiables. También es más alto que el intruso, cosa que le ayuda a quitarse el miedo, convenciéndose de que después de tres puñetazos lo tumbará y será el héroe que lo entregue a la policía.

Lo golpea con todo el peso de su cuerpo y cae encima del intruso llevándose un fuerte golpe contra el suelo, y deslizándose los dos unos metros atrás por el suelo. No se lo piensa y se dispone a golpearlo según el plan. Lanza un puñetazo rápido contra la cara, pero su puño se encuentra con el suelo, el encapuchado, con un rápido movimiento de cabeza, ha conseguido esquivar su golpe. Al sonido de los huesos de su mano rompiéndose le acompaña un calambre brutal y un dolor que hace que todo su cuerpo se estremezca. El encapuchado no pierde tiempo. Con un movimiento rápido, aprovechando la pausa de su enemigo, golpea con su codo en la sien derecha de Ander, que lo hace tambalearse. No contento con esto, lo empuja y se pone encima, cambiando las tornas.

Ander intenta recuperar el control, pero el dolor en su mano es paralizante, el golpe de su cabeza lo tiene atontado y trata de enfocar su visión borrosa.

Cuando Ander se quiere dar cuenta, ya ha recibido varios puñetazos en la barbilla, cada uno más preciso y devastador que el anterior. Al tercer golpe, el mundo se vuelve una amalgama de luces y sombras sin sentido. El encapuchado se detiene un momento, observando el resultado de su trabajo con una calma inquietante. En ese breve silencio del taller, solo se escucha su respiración controlada y los suaves gimoteos de dolor del mecánico. Se pone de pie, observando cómo su objetivo todavía lucha por no quedarse inconsciente. Lo agarra de los pies y lo arrastra. Ander en su poca conciencia se sorprende de que el chico, aunque no parecía musculoso, tiene fuerza y también ha comprobado en sus carnes que sabe pelear. El fragor de enfrentamiento ha hecho que su capucha se baje, mostrando a la luz su rostro que cada vez va

volviéndose menos borroso para el mecánico. Esos ojos de color ámbar, esa piel morena y ese pelo oscuro como la noche los recuerda muy bien.

—¿Tú? ¿Cómo? —consigue pronunciar con una voz débil.

La incertidumbre y la confusión se convierten en miedo. Sus ojos empiezan a verter lágrimas.

—Así es como te quería ver, aterrado pensando en qué te voy a hacer —le responde el encapuchado fríamente, sin importarle que lo haya reconocido.

Ander sabe quién es y por qué hace lo que hace. No quiere imaginar lo que le va a pasar ahora que le ha visto la cara.

El miedo le hace revolverse e intentar arrastrarse hacia la puerta; la salida está a unos pocos metros. Desde el suelo puede ver la línea de luz que se cuela por debajo de la chapa metálica del garaje.

—¡Tú estás muerto! —grita aterrado Ander mientras intenta evitar que lo arrastre.

Puede que, si lo grita, despierte de esta pesadilla, *esto no puede estar pasando, no es real* expresan sus ojos enjugados en lágrimas de terror.

—Y te voy a llevar al infierno del que vengo.

Después de esa frase, con una patada rápida y contundente en la barbilla, lo deja inconsciente.

El chico se para, suspira e intenta seguir controlando sus emociones; sabe que lo que viene ahora es lo difícil. Tiene que buscar en su corazón y en su alma todo el odio. Lo encuentra tras unos segundos y se convence a sí mismo de seguir. Los truenos lejanos auguran la proximidad de la tormenta que se avecina, así que se apresura. Ve una gran mesa de madera llena de cortes y golpes, con herramientas, tornos y algunas piezas de otros coches. Calcula que medirá unos dos metros de largo y un metro y medio de ancho.

Es perfecta.

Tira todo lo que hay en la mesa sin miramientos. Coloca a Ander encima y empieza a sacar herramientas de su mochila. Lo primero es inmovilizarlo, así que saca unas cuerdas y comienza a atarlo meticulosamente a la mesa.

Empieza por las piernas, asegurándolas firmemente desde los tobillos a cada pata de metal de la mesa. Luego, rodea la cintura con varias vueltas de cuerda, fijándola con firmeza a la superficie. Utiliza nudos marineros y de amarre, algunos aprendidos de su padre y otros a través de videos de YouTube.

Continúa con los brazos, atándolos a las patas restantes de la mesa desde los antebrazos, dejando las muñecas libres. Para terminar, pasa una cuerda por debajo de la mesa y sobre su cabeza, sujetándola a la mesa por la frente.

Como guinda del pastel, coge un paño sucio y con manchas de aceite de motor, que ve justo al lado, y lo introduce en la boca de Ander. Luego sella la mordaza con varias vueltas de cinta americana.

La lluvia ha empezado. Las gotas golpean suavemente la chapa de metal del techo del garaje, creando su propia sinfonía. Saca de su mochila un soplete, un hacha de mano, un cuchillo y una botella de plástico con moscas. Comprueba que las armas no han dañado la pequeña bombona del soplete. Parece que está bien; había liado todo con camisetas para que no hubiera ningún accidente. Aunque no esperaba el placaje, nada excepto su espalda ha sufrido daños. Antes de nada, le hace dos torniquetes con las camisetas en los dos brazos a Ander a la altura del bíceps.

Con el hacha en la mano, el chico calcula cuidadosamente, respira tranquilo para no fallar. El hacha golpea la muñeca de Ander y, aparte de salpicar sangre, consigue partir el hueso. Con el primer golpe el apresado despierta y grita inútilmente a los pocos segundos de puro dolor. El chico, sin perder la concentración por los gritos del torturado, actúa de nuevo rápido y con precisión consiguiendo amputarle la mano con el siguiente golpe. Ander se mueve violentamente intentando liberarse de las cuerdas y del soplete que rápidamente ha cogido el chico, pero lo único que consigue es volver a perder la conciencia cuando el fuego toca su carne. Rápidamente cauteriza la herida con el soplete; la sangre se va volviendo una costra maloliente de carne quemada. Cuando se asegura de que la herida está bien cauterizada, se relaja.

—Sí, mejor que te quedes inconsciente, si te mueves puedo fallar —mientras tira la mano cortada al suelo—, y entonces matarte sin

querer, creo que no queremos eso —le aconseja el torturador mientras le pone el hacha en el otro brazo y evalúa con concentración el punto exacto del corte, como si estuviera haciendo un examen de medicina muy difícil.

Otros dos golpes terminan con la otra mano de Ander cayendo al suelo; ahí el chico vuelve en sí solo para revivir el dolor en su otro brazo. El joven cauteriza el otro muñón mientras los gritos del chico se apagan y vuelve a quedarse inconsciente. Nada hace que pierda la concentración y se asegura de que todo está bien. Guarda el hacha, lo vuelve a envolver en las camisetas.

—Venga, ya casi hemos terminado —necesita escucharlo más él que el chico inconsciente de la mesa.

Laura está sentada en la cama con el portátil buscando información. Tiene apuntado en su libreta: «El alcalde Zigor Elizalde fue dueño junto a dos hombres de la fábrica de arcilla, que fue principalmente el motor económico y de crecimiento del pueblo». Eso fue fácil. Lo que no lo ha sido es encontrar los nombres de sus socios: Oier Yuste Escudo e Ibai Zañartu. Ha encontrado una conexión entre las dos familias y eso la ha motivado a investigar con más esmero. Encuentra también los nombres de viejos trabajadores de la fábrica y decide que hablar con ellos va a ser más fructífero que seguir buscando en el ordenador.

Tiene tres nombres en la libreta, aunque se los ha memorizado, lleva la libreta con ella siempre. Ha ido donde va todo el mundo, se baja del coche y admira el cartel luminoso del Bar de Iñaki. Si siguen vivos, alguien del bar tiene que saber dónde encontrarlos. Cuando entra, siente el calor y las miradas que se posan en ella a cada paso de tacón, despertando murmullos de interés. Todos la miran sorprendidos, *Carne fresca,* insinúan en sus sonrisas, pero ella, lejos de sentirse una oveja rodeada de lobos, se siente poderosa. Todos van a querer hablar con ella, invitarla a algo con la ilusión de que les haga caso, pero ella solo quiere hablar con tres hombres. Se dirige a la barra donde el tabernero termina de servir dos jarras de cerveza que se lleva un joven en una bandeja. Nadie mejor que Iñaki para preguntar. Se sienta en la barra y pide una ginebra con tónica. Iñaki le trae la copa al minuto.

—¿Están por aquí Hodei Zaldibar, Koldo Urrutia o Iñigo Mendizabal?

El dueño levanta las cejas sorprendido de escuchar esos nombres.

—El tuerto está sentado en esa esquina —le señala con la cabeza mientras seca una jarra de cerveza—, al *Azkar* te lo vas a encontrar en su casa.

Laura examina para la mesa que le ha señalado el tabernero, no sabe de los tres nombres que le ha dado cuál pertenece al tuerto, pero no le importa. Camina hacia la mesa donde hay cuatro hombres jugando al dominó, uno de ellos tiene un parche negro de cuero en un ojo.

—¿Quién va ganando? —pregunta mientras se sienta en la mesa.

El silencio y las risas se cortan. Solo contemplan desconcertados a la joven hermosa que le da un trago a su copa.

—¿Quién eres tú, guapa? —le pregunta uno de los hombres.

—Una amiga del tuerto y me gustaría hablar en privado con él si no os importa.

Los hombres se giran sorprendidos al tuerto esperando que él les dé una explicación, pero el hombre guarda silencio. No saben qué iba a querer hablar esa bella mujer con el tuerto, pero ponen boca abajo sus fichas de dominó y se van en silencio a otra mesa a especular.

El tuerto la escudriña con su único ojo bueno, tan sorprendido como los otros tres.

—¿Es usted Hodei, Koldo o Iñigo?

—Koldo, Hodei está muerto e Iñigo en su casa, ¿quién eres tú? ¿De qué me conoces?

—Me llamo Laura. Usted es uno de los pocos mineros que trabajaron en la fábrica de arcilla. Quería preguntarle por qué cerró la fábrica.

El viejo toma un largo trago de su whiskey, dejando que el silencio se alargue antes de responder.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Soy periodista, me pagan por saber cosas y parece que eso no lo sabe nadie.

Koldo suelta una risa seca, como si encontrara la situación irónicamente divertida. Pero su rostro se oscurece al recordar.

—No sé si me va a creer —el hombre observa que la mujer sigue esperando una respuesta y continúa—. La arcilla estaba maldita. No tuvieron más remedio que cerrarla. Mucha gente se quejó y no lo entendieron, los que trabajamos allí no dijimos nada. Al quedarnos sin trabajo unos se marcharon de este pueblo y otros nos quedamos trabajando de lo que podíamos. Aunque no creo que nadie olvide nunca lo que se vivió allí tras esas puertas de metal rojo.

Laura se inclina hacia adelante, su interés va creciendo.

—¿Qué pasaba?

Koldo la mira fijamente, el ojo que le queda es una mezcla de azul grisáceo con motas marrones, le parece que el viejo está evaluando si debería continuar. Y al final se decide.

—La arcilla tenía vida. Sé que le parecerá una locura, en cierta manera lo era. Muchos la vimos moverse, escuchábamos gritos de socorro y nos asustábamos al ver alguna cara de horror dibujarse en ella. Las almas de los muertos se unían al polvo rojo, esa fue la explicación que nos dimos. El alcalde no tuvo más remedio que cerrar, porque los trabajadores dimitían a los pocos días o se quedaban y terminaban locos.

El relato de Koldo envuelve a Laura en una mezcla de fascinación y horror. La voz del viejo hombre es baja y ronca, apenas un susurro, pero cada palabra cae pesada, impregnada de un miedo y resignación que hace que se le erice el pelo. No sabe qué vio ese hombre, pero no parece que esté mintiendo.

—¿Y usted qué vio?

—Apenas nada —ríe irónicamente señalando su ojo tapado por un parche de cuero azabache—. Yo trabajaba en la mina cavando y llevaba el material muy pocas veces. No entraba tanto en la fábrica, solo escuché algunas veces voces de ultratumba y las historias de Iñigo. Él sí trabajaba mano a mano con la arcilla.

—¿Sabe la dirección de Iñigo?

El hombre le da un último trago y se termina la copa. Luego mira a la chica sopesándolo.

—Si me invitas a otro whiskey, puede que se me aclaren las ideas —le sonríe el viejo.

—Trato hecho —le devuelve la sonrisa ella.

—Cuando lo vea dígale que se pase algún día por aquí, lo echamos de menos.

Cuando Laura sale del bar escucha los truenos y ve cómo los relámpagos iluminan el cielo encapotado que se rinde poco a poco a la noche. Tiene la dirección de Iñigo, por ahora solo tiene historias de fantasmas de un viejo borracho, pero su instinto le dice que está acariciando la superficie de un iceberg. Y con una sonrisa arranca el coche.

Miguel llega apresurado y sin llamar a la puerta, entra en el despacho de Aitor. El sargento lo mira juzgando su comportamiento, pero eso no parece importarle en ese momento al cabo, que mueve frenético unos papeles en las manos.

—Eran compañeros de clase de segundo de bachillerato. Tengo la lista de alumnos de ese año. Y al parecer estaban liados. Creo que puede ser algún tipo de venganza de amantes.

—¿Andoni y Arantxa estaban liados?

El cabo asiente.

—A ver, miremos si alguno de los alumnos de ese año tienen antecedentes o algún detalle sospechoso.

—Aquí traigo los expedientes, por eso mismo.

—¿Crees que fue uno de esos niños? —pregunta Aitor observando los ojos de Miguel.

—No lo sé, pero alguna conexión debe haber. Puede que esto nos lleve a algo.

Aitor asiente, es verdad que necesitan algo para seguir, sabe que ahora mismo son como dos niños con los ojos tapados intentando acertar a una piñata. Necesitan una voz que les guíe para poder acercarse y acertar el golpe.

—Ve diciéndome nombres —el sargento entra en la base de datos de la Guardia Civil y se prepara a que Miguel vaya diciendo nombres para comprobarlos uno a uno.

—Ander Mihura Espada

Vuelve a estar consciente. Está llorando, no siente sus manos, tampoco puede mirarlas porque tiene la cabeza inmovilizada con una cuerda. Está en shock, balbucea súplicas mientras se orina encima. El líquido cae de la mesa y llama la atención de su captor, que le echa un vistazo brevemente mientras calienta el cuchillo con el soplete, agarrándolo con un guante de calor para no quemarse.

—Esto ya está —sentencia el chico subiendo con rapidez a la mesa evitando la orina que sale de los pantalones y sentándose encima de su pecho.

Le agarra fuerte la cabeza a Ander con una mano y con la otra le acerca el cuchillo lentamente a la frente.

El chico inmovilizado ve cómo el cuchillo incandescente se acerca lento, pero seguro, hacia su frente, siente el fuego, escucha su carne fundirse como mantequilla ante el filo rojo del cuchillo. Siente la presión de la hoja y ve los vapores salir de su frente. Una y otra vez se repite, su carcelero dibuja con lentitud y precisión letras en su frente. Su cerebro no quiere sentir más dolor y se apaga, vuelve a la oscuridad y al abrazo de Morfeo que lo salva del sufrimiento de ese infierno.

Una montaña de colillas que reposan en el cenicero del sargento ha sido testigo de cómo a los dos guardias les ha llegado la noche. La lluvia de la tormenta susurra fuera en los cristales con tintineos continuos de gotas, que han sido los músicos en su silenciosa búsqueda expediente por expediente.

—¿Ese era el último nombre? —pregunta Aitor pulsando el *enter* de su ordenador.

—Sí, ¿algo?

Tras leer unos segundos la pantalla, niega con la cabeza.

—Este también parece estar limpio, solo Alejandro Yuste Escudo tiene antecedentes.

El sargento suspira y se enciende otro cigarrillo. Miguel ve en sus ojos una desesperación que no había visto antes en el estoico hombre.

—¿Señor, está bien?

—Como no encontremos rápido a ese hijo de puta, van a pasar el caso a los del SECRIM. Como si yo no supiera hacer mi trabajo.

Treinta años en esto y no he fallado nunca, y ahora… —Aitor resopla, el cansancio y el estrés son claros en su rostro. Este caso lo tiene contra la espada y la pared, no hay nada claro y la hoja se acerca lentamente a su pecho—.

No sé, hay algo raro en todo esto.

Entonces el móvil de Miguel suena. Duda si cogerlo, pero termina haciéndolo. Aitor ve cómo el cabo pone expresiones de incredulidad ante las palabras que escucha a través del móvil. Levanta la cabeza con sorpresa y busca al sargento con la mirada, los ojos de Miguel parecen decir: *Espérate a escuchar esto, no te lo vas a creer*.

CAPÍTULO 9
ROJO CARMESÍ

Laura se avergüenza de tener miedo, pero las carreteras de pueblo son muy diferentes a las de ciudad. La lluvia está comenzando y tiene a la luna como única farola, la oscuridad es cegadora, la luz de los faros de su coche le parecen dos mecheros en la noche. Animales aparecen cada poco tiempo a los lados de la carretera. Para ella es como estar en una película de terror. La cosa no mejora cuando llega a la casa de Iñigo, la lluvia ya es más intensa. No sabe si es muy tarde para hablar con el hombre, pero hay luz en la casa y se escuchan ladridos de perros que ya han avisado de su llegada, es tarde para volver. Se baja del coche y se acerca a la casa rápido intentando no mojarse demasiado. Llama al timbre y espera pacientemente bajo el techo. Tarda un poco, pero le abre un hombre en silla de ruedas, que sobre las piernas tiene una manta. Ahora entiende la ironía del mote «Azkar» por el que lo llaman. El hombre lleva una camiseta interior un poco sucia y una camisa de cuadros

roja y negra abierta. Una gorra vaquera y un cigarro de liar en la boca.

—Buenas noches, perdone la hora, ¿es usted Iñigo Mendizabal?

—¿Quién lo pregunta? —inquiere el hombre mirando con extrañeza a la mujer que hay en su puerta, mientras se rasca la barba blanquecina de unas semanas que le molesta.

—Soy Laura, soy periodista, he estado hablando con Koldo, pero me ha dicho que tú sabrías responder mejor a mis preguntas.

—Depende, ¿sobre qué son?

La periodista lo ve más reticente a hablar, así que opta por un método diferente.

—¿Puedo pasar y hablamos más tranquilamente? —tantea ella poniendo su mejor sonrisa.

El hombre lo considera un minuto, pero Laura sabe que ningún hombre la dejaría fuera con el frío y la lluvia.

—Vale, pero espero que sea rápido.

—Claro.

El hombre se aparta y Laura entra en la casa, pasa por un corto pasillo sin muebles siguiendo al hombre que hace crujir la madera desagradablemente a su paso con la pesada silla de ruedas. Gira hacia la izquierda, al salón. Un border collie levanta levemente la cabeza al verla, pero dura un segundo hasta que vuelve a apoyar la cabeza en la cómoda alfombra. El salón es austero, tiene un sillón y un sofá frente a una tele y un mueble bajo con libros, lo que le sorprende, porque ese hombre no le parecía que tuviera pinta de leer.

El calor de la chimenea descongela los huesos de Laura, cosa que agradece.

—¿Quiere una cerveza o un café?

—No, gracias —rechaza educadamente la chica, mientras toma asiento en el sofá y pone la grabadora del móvil—. ¿Le importa que grabe la conversación así no tengo que estar cogiendo notas?

—Depende de qué quiere hablar —el hombre gira la silla de ruedas y se pone frente a ella.

—Usted es el único que sabe por qué cerró la fábrica. Me gustaría que me lo contara.

—Eso no le importa a nadie, además no quiero líos, mejor márchese.

—Iñigo, escúcheme, usted es el único que puede decirnos algo y puede que esté conectado con las atrocidades que están sucediendo en el pueblo —Iñigo está tenso, sus manos tiemblan y apaga el cigarrillo una y otra vez en el cenicero—. Koldo me ha hablado de que los hombres veían cosas horribles en la fábrica y en la arcilla. Rostros, manos. ¿Eso fue lo que vio usted?

El hombre la mira al nombrar a Koldo, sí ha hablado con él puede que su historia no le parezca una locura.

—Un rojo carmesí —susurra el hombre—. Desde el primer día que llegué la arcilla me parecía de un rojo anormalmente intenso. A las pocas semanas, los trabajadores más veteranos hablaban en susurros sobre cómo la arcilla parecía tener vida propia, moviéndose y cambiando de forma sin intervención humana —traga saliva—. No les hice mucho caso. Hasta que una noche lo vi, quedaban apenas unas horas para irme a casa, pero vi un rostro en la arcilla y cómo pasaba al triturador un brazo humano. Intenté agarrarlo, pero un compañero me paró, casi meto la mano en la trituradora. Escuché cómo los huesos crujían dentro de la máquina, se lo juro —le da un trago a una cerveza—. Desde ese día todo fue a peor. Cada vez más gente veía cosas, y ya hasta yo empezaba a escuchar susurros desde la arena. Una noche, un empleado se volvió loco, otros dijeron que la arcilla lo poseyó, solo sé que empezó a golpear y a gritar a los demás. Estaba ido, miraba a su alrededor con miedo, agarró un pico y fue a pegarle con él a otro compañero. Entonces yo me abalancé sobre él. Agarré el pico para que lo soltara y no hiciera daño a nadie. Pero tenía más fuerza que yo y me tiró a la cinta, luego le clavó el pico al compañero en el hombro. Varios se le echaron encima y consiguieron detenerlo. La cinta se acercó a la trituradora más rápido de lo que yo fui capaz de reaccionar y mis piernas entraron dentro de la máquina. Un compañero pulsó el botón para pararla a tiempo. Después de eso me desperté ya en el hospital.

—Vaya, lo siento, tuvo que ser horrible.

—Sobreviví, que es lo importante.

—¿Y ese hombre quién era y por qué hizo eso? ¿Dio alguna explicación?

—Se llamaba Raúl, lo dejaron inconsciente, cuando despertó en la celda dijo que vio seres del más allá, no a sus compañeros y que esos seres querían su alma. Fue a un manicomio, pero terminó suicidándose allí. A los pocos días del incidente fue cuando cerraron la fábrica y cuando dejaron de desaparecer personas.

—¿Cómo que dejaron de desaparecer personas? ¿Pasaba eso?

—Sí, desde que se abrió la fábrica y vino al pueblo tanta gente. Cada semana desaparecía alguien: un niño, un viejo o una mujer. No se encontraba nada más de ellos. Uno de los trabajadores más veteranos insinuó que estaban usando los cuerpos para hacer la arcilla, que había visto por las noches como trabajadores del alcalde traían y llevaban sacos de los que chorreaba sangre.

—Espere, espere —la periodista está atónita ante las afirmaciones que le pillan de sorpresa—. ¿Está diciendo que el alcalde usaba trozos de personas para la arcilla? No tiene sentido.

—El porqué no lo sé, pero de lo que estoy seguro es que la arcilla absorbía no solo los cuerpos, sino también las almas. Los desaparecidos comenzaron a aparecer en las pesadillas de los trabajadores. El alcalde intentó ocultar la verdad, pero los que estuvimos allí sabemos lo que vimos y escuchamos durante todas las noches.

Laura no sabe qué decir. Las palabras de Iñigo resuenan en su mente, creando una atmósfera de horror palpable. Siente que ha desenterrado algo mucho más oscuro de lo que jamás había imaginado. La verdad sobre la fábrica de arcilla no solo era un secreto enterrado, sino una pesadilla digna de *Stephen King*. No sabe qué creer, ni qué pruebas buscar, pero si es verdad, va a tener la noticia de su vida.

—¿Y algún trabajador acusó alguna vez al alcalde de esos crímenes?

—Claro, muchos trabajadores, incluso yo mismo. Pero no teníamos pruebas y él solo decía que estábamos locos. No corrimos la voz por el pueblo porque sin pruebas y con el poder de esos tres nos habrían hecho la vida imposible.

—¿Qué tres?

—El alcalde, Oier e Ibai. Esos tres fueron los socios que pusieron el dinero para hacer la fábrica.

—¿Cree que alguien podría querer vengarse de eso, alguna de las familias de los desaparecidos? Por eso le han hecho esto ahora a sus hijos.

—No creo, la mayoría se fueron del pueblo y ya han pasado veinte años. Si alguien se hubiera querido vengar lo hubiera hecho ese mismo año.

—Tiene sentido, gracias por su tiempo.

—No ponga mi nombre en el artículo, quiero vivir lo que me queda de vida en paz, sin que ninguno de esos me esté jodiendo, ya me quitaron las piernas, no dejaré que me arrebaten nada más.

—Tiene mi palabra Iñigo —Laura se levanta y corta la grabación —. Por cierto, Koldo y los demás le mandan saludos y esperan verle pronto.

—Puede que en unos días me anime a pasar. Gracias por el mensaje.

Laura llama a Miguel nada más subirse a su coche. Puede que lo que tenga no solo resuelva el caso sino que le haga ganar prestigio como periodista.

—Espera, estoy con mi sargento, voy a poner el altavoz, repite.

—Tengo testigos que afirman que hace veinte años, la fábrica del alcalde cerró porque mezclaba cadáveres con la arcilla. Trabajadores encontraron trozos de cuerpos y rostros cuando estaban trabajando. También hay testigos que vieron a los trabajadores del alcalde llevando por las noches sacos que sangraban. Dicen que hubo varias desapariciones y que cuando cerró la fábrica la gente dejó de desaparecer.

—¿Crees que eso puede ser verdad? —pregunta Miguel.

—Tengo testigos, no puedo dar sus nombres, pero ellos lo afirman. No sé si puedes comprobar lo de las desapariciones e interrogar al alcalde a ver qué opina sobre esto. Puede que, aunque no sea verdad, si alguna familia de los afectados cree que sí, puede estar detrás de los ataques a sus hijos para castigar a los padres.

La llamada de teléfono dura hasta que Laura llega al cuartel y juntos empiezan a verificar los datos. Las desapariciones son ciertas, pero solo son seis. Tienen una conexión entre la familia Zarñatu y Elizalde. Y si ese es el motivo de las torturas, el hijo de la familia Yuste también está en riesgo.

Aitor examina a la periodista y a Miguel, frente a una mesa llena de papeles. Han expuesto su teoría y Laura ha puesto las grabaciones. Está sopesándolo, ¿cuánto tiene que fiarse de esos pobres hombres?

—Elizalde y Patxi siguen encerrados. Vamos a visitar al alcalde mañana y tráeme a los otros dos padres. Vamos a interrogarlos por separado.

Miguel asiente, la periodista sonríe.

—Me gustaría estar mañana presente —pide ella.

El sargento asiente con la cabeza dándole su beneplácito.

Laura recoge su bolso y su chaqueta, Miguel también se despide de Aitor y la acompaña fuera. Parece que durante el rato que han estado en el cuartel la lluvia ha parado, así que el cabo se siente como un idiota acompañándola bajo un paraguas sin necesidad.

—Ya no te quejarás de que no os he sido útil ¿no? —bromea ella con una sonrisa.

Caminan juntos hacia los oscuros aparcamientos.

—Bueno, a decir verdad, te di la pista de lo del alcalde —disimuladamente Miguel retira el paraguas y lo guarda—. Así que el mérito es mío.

—Vaya, no me esperaba eso de un hombre tan legal como tú —se burla ella.

Llegan al coche de ella. Miguel está serio y se hace un breve silencio.

—Desde el beso de ayer no he podido dejar de pensar en ti.

—No lo hubiera imaginado con lo rápido que te fuiste después —insinúa juguetona.

—Me pillaste desprevenido, no me volverá a pasar.

Miguel da unos pasos y la besa abrazando su cintura y pegando sus cuerpos, el beso dura varios segundos.

—Tengo que irme, mañana tenemos un día difícil —corta ella con una sonrisa, y sin dejar de mirarle se mete en el coche—. Buenas noches.

—Buenas noches.

El cabo se queda pensando, no sabe si ha sido muy precipitado o qué, pero el ambiente cambió después del beso. No quiere darle muchas vueltas, mañana puede que se descubra una atrocidad que cambiará la vida del pueblo y no puede estar pensando en ella.

Aitor está junto con Miguel y Laura tomando un café. La periodista no ha dejado de escribir y reescribir en su libreta. Ya han pedido la orden para arrestarlos y les han avisado de que pronto llegará. Son las nueve de la mañana cuando entran en el cuartel, acompañado de dos guardias, Ibai Zañartu y Oier Yuste. Ibai parece un zombi que se deja llevar, hace dos días enterró a su hijo y su familia está destrozada. Y Oier no para de quejarse y amenazar a gritos con denunciar a la policía. Algunos agentes se han quedado cuidando de la mujer y el hijo de Yuste, por orden de Aitor, si es la próxima víctima del psicópata estará protegido. Pasean a los dos amigos a conciencia por las celdas, para que Zigor los vea entrar en la sala de interrogatorios. El hombre se levanta al oír las voces familiares.

—Ibai, Oier, ¿qué hacéis aquí?

El hombre no puede decir más, meten a sus amigos rápidamente en la sala de interrogatorios. Aitor y Miguel entran en la sala de interrogatorios, al otro lado del espejo están Laura y Sagasti.

—¿Qué es esto por qué andan perdiendo el tiempo con nosotros? —protesta Oier—. Deberían estar buscando un psicópata, que sigue ahí fuera.

—Eso estamos intentando, señores. Necesitamos su ayuda. Creemos que puede ser una venganza por lo que pasó en la fábrica —Aitor deja un silencio en el que los dos hombres se miran preocupados—. ¿Van a contarme qué pasó?

—Esto es absurdo, voy a llamar a mi abogado ahora mismo y os voy a denunciar.

—¿Creen que esto tiene que ver con la fábrica? —rompe el silencio Zañartu.

Oier al ver la debilidad de su amigo le pone la mano en el brazo.

—Es absurdo, la cerramos hace veinte años, además ¿quién se iba a vengar por un despido haciendo estas barbaridades?

—Está bien, si ustedes no quieren hablar veremos qué dice Zigor —amenaza Aitor.

Han tirado el anzuelo y salen, ya tienen la primera parte hecha, pero lo difícil viene ahora, alguno tiene que confesar. Ahora van a probar si el alcalde que se ha quedado pensando suelta prenda.

Laura también se une y los acompaña. Si confiesan algo los de la sala, tienen a Sagasti escuchando tras el espejo.

Zigor los espera de pie.

—¿Qué es esto? ¿Qué hacen ellos dos aquí?

Aitor se para junto con Miguel frente a su reja, fingiendo que iban a pasar de largo a hacer otra gestión.

—Les hemos hecho preguntas sobre el cierre de la fábrica, creemos que puede ser una venganza lo que están sufriendo.

—Eso es absurdo.

—Ibai y Oier han hablado, ¿de quién eran los cuerpos? —se la juega el sargento.

—¿Cuerpos? ¿Qué cuerpos?

—Los que mezclabais con la arcilla. Tenemos testigos y algún familiar de las víctimas puede estar haciendo todo esto. Habla y puede que cojamos al culpable antes de que vaya a más.

El encarcelado se queda en silencio ante la acusación, pero niega con la cabeza.

—No había ningún cuerpo, todo eso son fantasías de los trabajadores.

—Pues esas fantasías puede que alguien se las haya tomado muy en serio.

Zigor tiene los ojos clavados en el suelo, está considerando si debería decir lo que sabe o no.

Y al final habla, pero sigue en sus trece.

—No pasó nada allí, la arcilla era normal, pueden hacer todas las pruebas científicas que quieran. Tampoco hay restos humanos porque no se mató a nadie.

—Eso no importa, Zigor —suena una voz detrás de ellos—. No hicimos lo correcto y ahora estamos pagándolo. Engañamos a la gente y se debe saber la verdad, aunque nos lleve a la ruina.

Se giran, detrás están Zañartu y Yuste, acompañados de Sagasti. Los rostros han cambiado, ya no muestran nerviosismo y enfado, ahora son caras de culpabilidad y pena.

—La fábrica nunca se tuvo que haber abierto —comienza el padre de Andoni.

CAPÍTULO 10
SANGRE Y MOSCAS

Todos están atentos a las palabras de Zañartu. En la otra celda Patxi ha estado escuchando, pero la curiosidad de saber quién habla le ha hecho asomarse ahora.

—Cuando lo descubrimos fue tarde —mira al suelo, con una expresión de culpa en el rostro—, los trabajadores se habían vuelto locos, veían visiones, escuchaban voces. Al principio no le dimos mucha importancia, creímos que se debía al estrés y al cansancio. Hasta que un día, nos llegó un pedido masivo de producto y estuvimos los tres todo el día en la fábrica. Entonces nosotros también empezamos a ver y oír cosas. Asustados, cerramos un día y fuimos a investigar por qué podía ser. Entonces me acordé de las palabras de tu madre, Aitor —le confiesa con los ojos llenos de arrepentimiento—, ella nos avisó que no era buena idea construir nada al lado de «la fuente del loco», no la escuchamos y nos dimos cuenta tarde de nuestro error —hace una pausa y toma aire—. La fábrica estaba rodeada de bosque y el agua de los grifos era para la

arcilla y no se podía beber. A un costado había un abrevadero natural, un pequeño canal donde un agua cristalina fluía desde las montañas. Era un sitio práctico: muchos de los trabajadores iban allí a saciar su sed o a limpiar sus manos y herramientas cubiertas de arcilla. El agua, a simple vista, era limpia y pura, sin un sabor extraño que diera señales de peligro. Sin embargo, ese día subimos unos metros río arriba, siguiendo el origen del abrevadero. Allí, en una pequeña presa natural en la que descansaba el agua antes de deslizarse hacia el canal, descubrimos el problema. El lugar estaba rodeado de una densa vegetación, y entre las plantas comunes del bosque, sobresalía una mancha abundante de hojas verdes, con unas cápsulas rodeadas de pinchos que protegían semillas negras en su interior, unas flores con forma de campanitas blancas y desprendían un fuerte olor cuando te acercabas. Era hierba del diablo, conocida también como estramonio, una planta que puede causar alucinaciones, delirios y comportamientos violentos si se ingerían, incluso en pequeñas dosis. Eran todos los síntomas que estaban experimentando los trabajadores. Las semillas de las plantas caían en el agua y se acumulaban en el fondo de la presa. Era una trampa invisible —levanta la vista, con una expresión amarga y mira a Aitor—. Entonces entendimos a tu madre y por qué cerró la granja que había antes, los animales al beber de ahí se volvían locos. Pensamos en decirlo, pero admitir que nos habíamos equivocado era indemnizar a todos los trabajadores, lo que nos hubiera llevado a la ruina. Así que tomamos una decisión cobarde: lo mantendríamos en secreto —hace una pausa, mirando al vacío, como si viera el recuerdo—. De noche, con linternas y herramientas, comenzamos a arrancar la hierba del diablo que rodeaba el lugar. Cortábamos las plantas y quemábamos lo que podíamos, pero sabíamos que era una lucha inútil. Las semillas ya habían envenenado el agua, y las plantas siempre volvían a crecer. Si prohibíamos a los trabajadores usar el abrevadero, tarde o temprano descubrirían la verdad. Era como intentar contener una herida que ya estaba infectada. Entonces pasó el incidente de Raúl, el hombre intoxicado casi mató a un compañero con un pico y tiró a la trituradora a otro que perdió las piernas. Lo detuvieron y lo mandaron a un hospital psiquiátrico.

Al día siguiente nos reunimos y decidimos que era una oportunidad para cerrar la fábrica y no dar explicaciones a nadie. Ese hombre fue nuestro chivo expiatorio —suspira arrepentido—. Nadie se enteraría y solo tendríamos que indemnizar a un trabajador. Solo nosotros tres lo sabíamos —mira al sargento y niega lentamente—, por eso no tiene sentido que sea una venganza, pero sí creo que Dios o el karma nos está castigando por nuestros errores del pasado, tal vez sea hora de pagar por nuestro secreto.

—Ha hecho bien en contarlo —Aitor se acerca al hombre—, ahora será la justicia la que decidirá cómo deben pagar por el daño que han hecho —le pone las esposas.

Zigor empieza a llorar en la celda. Y Oier ha agachado la cabeza y no ha vuelto a decir nada.

Arrestan a los dos hombres y los encierran en la celda con su compañero a la espera de un juicio.

Miguel sabe que lo más probable es que salgan con fianza, pero tendrán que indemnizar a todos los afectados, los del pueblo y los que tuvieron que marcharse. Todo el dinero que ganaron las tres grandes familias a costa de los demás van a tener que pagarlo con creces al pueblo por el engaño y el sufrimiento causado.

Laura se despide rápido de los guardias y se dirige a redactar la noticia, será una gran bomba y no solo le valdrá para ascender, sino que será famosa después de esto. Aitor cree que la verdad puede hacer que el psicópata pare o incluso confiese, así que esta vez no le importa que la periodista cuente a todos lo de la fábrica. Ella no puede contener la emoción y en el mismo coche, nada más arrancar, llama a su jefe camino al hotel.

—No te lo vas a creer.

—¿Tienen al loco?

—Es mejor, tengo un complot entre el alcalde y dos familias más.

Envenenaron a trabajadores con estramonio y para que nadie se diera cuenta cerraron la fábrica.

—¿De verdad? —se emociona el jefe.

—Con confesiones y detenidos.

—Eso es oro, no hay nada que le guste más a la gente que los poderosos, que han abusado de los pobres, caigan bajo el peso de la

justicia —ríe emocionado—. Tenemos que sacarlo, pero ahora la noticia es el psicópata. Tienes que inventarte algo y unir las dos noticias de alguna manera. No queremos que la gente se olvide de que hay un loco suelto, y siga atenta a lo que contamos de ese pueblo.

—Bueno, ya veré qué se me ocurre, te paso la noticia en cuanto la tenga.

Aitor y Miguel se reúnen en el despacho, mientras los recientes detenidos llaman a sus familiares y abogados por turnos. El cabo se siente contento por haber hecho justicia, pero tiene dudas de que esto sirva para que el psicópata de las torturas deje de actuar.

—¿Crees que tiene algo que ver lo de la fábrica con el que está haciendo esto?

—Era una posibilidad, pero Zigor estaba muy seguro de que nadie sabía lo de la hierba del diablo. Los trabajadores que contrató para extraerla eran de Pamplona, no parece que sea una venganza por eso.

—Desgraciadamente parece que no, además si yo fuera el loco ese y quisiera destapar todo, hubiera dejado algunos mensajes en la escena del crimen explicando por qué estoy haciendo esto, ¿no crees?

El sargento asiente.

—Bueno, todavía no descarto mi teoría del amante —continúa Miguel dando otro enfoque—, ahí sí puede ser la misma persona por venganza.

—¿Te dijeron si Arantxa estaba también saliendo con alguien más?

—No, pero eso lo puedo corroborar rápidamente, déjeme un par de horas.

Miguel se da la vuelta confiando en que su teoría sea cierta y consigan encontrar a un sospechoso.

—Miguel, espera, tenemos que hablar de un asunto —lo llama con una voz seria y triste, como la de alguien que tiene que hacer algo que no quiere—, siéntate.

El cabo se sienta lentamente y confuso, Aitor ha puesto el tono de un padre cuando va a regañar a su hijo por las malas notas.

—Ayer casi matas a Zigor.

—Señor, tenía un arma, creía que iba a dispararle.

—Lo sé, pero he leído tu expediente —Miguel pone una mueca de preocupación—. No te enviaron porque necesitáramos un cabo primero, te enviaron porque según pone en el informe: «El cabo sufre ataques de ira, golpeó a un sospechoso y a un compañero». Te trasladaron por eso.

Miguel agacha la cabeza y asiente.

—Voy a serte sincero, chico, me pareces un buen guardia, pero no puede volver a pasar lo del expediente. Esas son mis condiciones, si de verdad te quieres quedar aquí y ocupar mi puesto. Si no, pide el traslado a otro sitio. ¿De acuerdo?

—Quiero quedarme, señor. No volverá a pasar.

Esta vez Beñat ha ido por la mañana al taller, pero para su sorpresa, vuelve a encontrarlo cerrado. El hombre enfadado se baja del coche y se acerca a las chapas del taller, buscando alguna nota o explicación del porqué. No encuentra nada. El hombre golpea la chapa con insistencia.

—¿Ander, estás ahí? ¡Necesito una reparación urgente!

Silencio.

—¡Ander! —insiste subiendo el volumen, mientras aumenta los golpes a la chapa.

Silencio.

—Me voy a cagar en la madre que parió al crío este —maldice Beñat entre dientes y furioso.

El viejo acaricia su picuda barba pensativo, no se va a rendir. Decide ir a la parte de atrás. Al acercarse a la puerta de atrás ve que está levemente abierta y entra.

—¡Hola! ¿Chaval, estás aquí? —El hombre pone una mueca desagradable y se tapa la nariz al entrar—. ¡Dios, qué mierda es ese olor! —blasfema Beñat.

Está todo muy oscuro y hay moscas por todas partes. Pero lo que más le sorprende es el calor que hace. La estufa se la han dejado encendida. El hombre consigue ver una pequeña luz que ilumina una parte del taller. Al aproximarse y presenciar la espantosa escena, la sorpresa y el terror lo invaden. Ve al chico mutilado, lleno de moscas

y deshidratado. El aire que ha ido calentando la estufa y el foco que lo apunta, han favorecido tanto a la deshidratación como a que las moscas en un «clima ideal» hayan anidado en las manos cortadas que hay en el suelo. Las larvas ya son gusanos blancos que devoran la carne en un festín infinito. Una fatiga visceral se aloja en el cuerpo del viejo. El joven decrépito percibe al hombre y gira su cabeza hacia él. Quiere tragar saliva para aclararse la garganta, pero prácticamente no le queda ni una gota de líquido en su cuerpo.

—A… yu… da —consigue decir Ander con una voz cadavérica.

Las chapas del taller se abren y el hombre sale fuera rápido. Huyendo del horror del interior. Se desploma de rodillas tosiendo, hasta que las náuseas le ganan y vomita.

Laura se ha arreglado y se ha puesto un vestido. Ha buscado la pared más limpia y ha colocado la lámpara hacia ella para iluminarse mejor. Para matizar la luz ha puesto delante una sábana blanca. Y para grabarse ha colocado el móvil en las barras de madera del respaldo de una silla sujeto con varias gomas elásticas y del pelo. Aguantará lo suficiente para hacer la exclusiva, ya tiene el texto memorizado y sonríe a cámara.

—Buenas, aquí Laura Santos desde *Herri Gorria*, el Pueblo Rojo. No bastaba con tener a un psicópata suelto por aquí; ayer, junto con la acción de la guardia civil, destapamos una trama de corrupción que involucra al alcalde y a dos de las familias más adineradas del pueblo: los Zañartu y los Yuste. Ahora se sabe que ganaron su riqueza a costa de su gente, guardando para ellos un horrible secreto. La economía del pueblo se sustentaba con la mina de arcilla roja que dio nombre a este lugar. La mina se cerró sin explicaciones y varios trabajadores sufrieron alucinaciones, lo que llevó a una histeria colectiva en la que apuñalaron con un pico a un compañero, e Iñigo Mendizabal perdió las piernas en la máquina trituradora de piedras. La verdad es que la fábrica estaba construida al lado de «la fuente del loco», un abrevadero abandonado años atrás porque crecían alrededor de él numerosas hierbas del diablo y sus semillas caían al agua produciendo a quienes bebían sus aguas alucinaciones muy vívidas. El alcalde y los demás ahora tendrán que dar la cara ante la justicia. La justicia hará lo que pueda para compensar al

pueblo y su gente, aunque el daño es muy grave. Muchos se preguntan si los casos que han estado ocurriendo en el pueblo son una venganza contra estas tres familias por el pasado. Puede que el psicópata sea un trabajador o un familiar que sufrió por culpa de ellos. Les seguiré informando de todo lo que pase.

Ya tiene la mañana hecha, su jefe le ha felicitado por la noticia. Cómo paga la empresa decide ir a comer al mejor restaurante del pueblo y celebrar su trabajo.

Está en «El Fogón», se fija en las gruesas paredes de piedra y el techo de vigas de madera. A la derecha, la sientan en una bonita mesa con un amplio ventanal donde ve las vistas de las verdes colinas y viñedos que rodean el lugar. La cálida luz del sol la envuelve a gusto quitándole el frío. Las paredes están decoradas con fotografías en blanco y negro de escenas rurales y retratos de generaciones pasadas de asadores. Como no podían faltar, cabezas de jabalíes, corzos y toros cuelgan de las paredes a modo de trofeos. Opta por un chuletón de vaca vieja, cocinado a las brasas. El mesero le recomienda acompañarlo con una botella de tinto de La Rioja, que ella acepta sin miramientos. La carne es de las mejores que ha probado, siente que esto es lo que se merece, para algo ha trabajado siempre tan duramente. Cuando está degustando lo que le queda del vino tinto, algunos lugareños entran y empiezan a murmurar a algunos amigos y familiares. Laura pone la oreja: «Han encontrado otro chico mutilado», «En el taller», «Dios, otra vez», «¿Quién es?», «Pobre chico».

La gente se levanta de las mesas y sale fuera, ella sigue a la multitud, manda un *WhatsApp* a Miguel para que le cuente qué diablos ha pasado y avisa a su jefe de que puede que tenga otra noticia.

Por suerte, el cabo también había guardado el número de Zuria en la agenda, por si recibía una llamada suya con información. La llama y ella le cita en la cafetería frente a la plaza en cinco minutos. No tarda en llegar. En la cafetería apenas hay cuatro grupos, son ancianos bebiendo café y comentando las noticias que ya invaden el pueblo como una epidemia. «El alcalde envenenó a mi hijo, no estaba loco», «El monstruo va a seguir atacando, Dios nos libre de

pecado». Y en la mesa de la esquina está la adolescente que lo saluda al verlo entrar. Miguel se sienta frente a la chica que bebe un San Francisco. Sabía que venía él, así que se ha pedido algo de niña buena.

—Hola, sí que has llegado pronto —saluda ella con una sonrisa.

—Sí, es importante. Creo que puedes ayudarnos en la investigación.

Ella sonríe interesada.

—Zuria, me dijiste que Arantxa y Andoni estaban liados. ¿Arantxa no tiene ningún novio o alguien que viera aparte de Andoni?

—¿Está muy interesado en saber sobre los amoríos de las chicas del pueblo, agente? —ríe pícara.

—Puede parecer que soy un cotilla, pero es importante para la investigación. No saldrá de aquí que me lo has dicho.

La chica le da vueltas a la bebida con la pajita mientras parece sopesar los pros y los contras de ser una chivata.

—Bueno, ya sabe, con alguno más se liaba, es normal, quería probar de todo —la chica le da un sorbo a su bebida sin quitarle los ojos de encima al cabo.

Miguel no puede evitar fijarse en los labios enrojecidos de la chica y su sonrisa mientras bebe, no dice nada, está implícito en el ambiente, en el aire, es como un reto, si habla pierde, tiene que esperar paciente a que le diga un nombre.

—Aunque sí había estado muy seguido con un chico —continúa ella.

—¿Sabes su nombre?

—Sí, si me invitas a salir cuando estés menos ocupado, te lo digo.

Él suspira. No tiene tiempo, pero sabe que si no le sigue el juego no le dirá lo que quiere o se lo contará a medias.

—Vale, está bien.

Zuria sonríe pícara, ha conseguido lo que quería, lo tiene en sus manos.

—Quiero que me invites a cenar al asador y luego vayamos a bailar al bar.

—Sí, no te preocupes.

—Júralo.

—Lo juro.

Ella lo evalúa unos segundos dudando, hasta que se decide.

—Vale, el chico se llama Alejandro Yuste. Desde el colegio él tonteaba con ella y estos últimos dos años han sido inseparables, pero Arantxa le dijo que no se quería atar a nadie y que mejor que la relación fuera como una relación abierta.

El cabo asiente, encaja perfectamente en el perfil que había pensado, un conocido de los dos, exnovio despechado, que se venga de una manera cruel y diabólica.

—Entiendo, ¿no había ningún otro chico como Alejandro?

—No, solo le interesaban Andoni y él. Alguna noche tonta puede que se liara con algún extranjero que pasaba por aquí o algún fin de semana en Pamplona con alguno en una discoteca, pero del pueblo no.

—Bien, gracias —se levanta Miguel de la silla.

—Pero, ¿ya te vas?

—Sí, tengo que seguir con la investigación.

—No olvides tu promesa.

—Descuida —se despide él con una sonrisa.

Cuando sale del café, Zuria desbloquea su móvil y para la grabación. Sonríe y guarda el audio con el nombre de «Promesa». Un segundo después comenta en el chat de sus amigas: «Adivinad quién tiene una cita con el guardia buenorro».

El walkie suena: «Sargento Aitor, venga a la calle Manilva número siete. Han atacado a otro chico. Esto es una sangría».

Aitor se levanta rápidamente y furioso corre hasta el coche.

—Estoy allí en un minuto —responde por el walkie.

Arranca y conduce lo más rápido que puede, sin intentar pensar o imaginar qué clase de horror les espera al llegar allí. Aunque, por mucho que corra, no sabe que llega ya un día tarde.

No paran de entrar y salir guardias civiles del taller, otros acordonan la zona en la que ya hay varios civiles. Los murmullos son variados, pero las miradas de preocupación y terror dicen «El monstruo ha atacado de nuevo». Una ambulancia acaba de llegar seguido del coche de Aitor. Unos segundos detrás llega Miguel que también ha escuchado la llamada.

Entran rápido, el ambiente cargado del taller les golpea nada más entrar, un fétido olor a metal, sangre y un fatigoso olor a quemado. Evitan respirarlo cubriéndose con el brazo de la chaqueta aplacando las náuseas.

Los agentes de la judicial están recogiendo pruebas. Los médicos están comprobando las constantes del chico.

—Está vivo —grita uno de los médicos.

Los de la ambulancia aumentan su velocidad, sacan una camilla y corren al escuchar el grito. Con cuidado colocan al chico en la camilla y lo llevan a la ambulancia.

Cuando la camilla pasa por al lado de Miguel y Aitor pueden ver los ojos abiertos y ausentes del chico, los muñones en vez de las manos y su frente cortada, marcando a fuego la palabra «Judas» en ella.

Esa última imagen hace que las náuseas del cabo sean insoportables y salga corriendo fuera.

Aitor observa la mesa llena de sangre con moscas alrededor. Un agente tiene la horrible tarea de coger las manos cortadas y meterlas en una bolsa. Desde esa distancia, el sargento puede ver los gusanos blancos comiéndose la carne descompuesta.

Miguel está vomitando en la esquina del taller, no es el único, otros compañeros han tenido que salir a hacer lo mismo, lo que aumenta más la curiosidad y el horror de la gente.

¿Qué le han hecho al chico?, preguntan con sus gestos de sorpresa y miedo al ver salir al chico en la camilla cubierto por una manta blanca. Detrás del cordón policial, Laura observa a Miguel y lo saluda para que sepa que está allí. Pero el cabo no tiene la intención de acercarse a ella en este momento. Aitor le toca el hombro y él se vuelve.

—Miguel, ve al cuartel, yo voy ahora —le ordena el sargento con una voz triste y cansada.

El cabo asiente, todavía con malestar, y con pasos lentos se sube al coche. Tras unos segundos recuperándose, cuando cree que no va a volver a vomitar, arranca y se va.

El sargento se acerca al viejo Beñat, está sentado dentro del cordón policial apartado de la gente custodiado por dos guardias. Al

acercarse ve que el hombre está temblando. Se sienta al lado de él y le ofrece la petaca.

—Toma, bebe, las palabras saldrán más fáciles.

El hombre la acepta sin miramientos y lentamente bebe.

—Cuéntame qué ha pasado, Beñat.

—Verá, tengo un escape en el depósito del coche y ayer fui al taller a arreglarlo, pero me entretuve y llegué tarde. Ya había cerrado y empezaba a chispear, así que decidí venir hoy por la mañana. Pero volvía a estar cerrado, aunque ya no debería estar cerrado.

El sargento asiente en silencio. Los ojos del hombre rozan la locura por lo vivido. Sabe que es un buen hombre, nunca se ha metido en problemas, se dedica a criar caballos en su finca y va algunas veces a las ferias de ganado. Se ha vuelto un poco huraño desde que murió su mujer, por eso es raro verlo en el pueblo. El pobre hombre estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado y eso hará que tenga pesadillas hasta el día de su muerte, se lamenta Aitor. Beñat le da otro trago largo a la petaca.

—Llamé y golpeé la chapa, pero el chico no respondía. La puerta de atrás estaba medio abierta, así que entré por si no me escuchaba con la música o algo. Nada más entrar, me vino ese tufo insoportable y un calor agobiante. Vi una luz. Me acerqué y allí estaba el chico. Parecía un cadáver que había vuelto a la vida solo para pedir ayuda antes de su último aliento. Salí de allí corriendo y llamé a la ambulancia. Yo solo quería arreglar mi coche.

—Lo entiendo, Beñat, quiero que sepa que gracias a usted el chico sigue vivo y puede que le salven la vida. Le estará eternamente agradecido. Del coche no se preocupe, tengo un amigo mecánico en Pamplona que lo recogerá y se lo traerá arreglado. Ahora vaya con un agente a casa y descanse. ¿De acuerdo?

—Sí.

El viejo Beñat, todavía con movimientos torpes y confusos, se levanta y se sube a un coche con Sagasti. Aitor le ordena al cabo que lo lleve a casa.

CAPÍTULO 11
LIMERENCIA

Miguel llega al cuartel y se sienta en su silla. La teoría de los amantes no cuadra con lo de hoy, o al menos ahora no le encuentra sentido. Para distraerse de las imágenes del chico mutilado que no dejan de aparecerse en su mente, empieza a buscar en el ordenador. Sin darse cuenta comienza a buscar sobre el monstruo del que todo el pueblo habla. Los periódicos también sacaron titulares en aquella época: «Torturas en *Herri Gorria*». Lee sobre mutilaciones, mujeres que decían que por la noche alguien las había violado, marcas en la piel que le aparecía a la gente como quemaduras. Cuando se quiere dar cuenta ya ha pasado una hora. En el móvil tiene veinte mensajes de Laura y está terminando de leer un artículo sobre el último caso de aquel entonces: «Carmen, una niña de doce años, es asesinada en *Herri Gorria* en un ritual satánico por los propios lugareños».

Aitor entra en la sala, Miguel se sobresalta un poco y quita rápidamente la página. El sargento se sienta a su lado. Lo ve nervioso, saca la petaca de la chaqueta y le echa whiskey en una

taza vacía. El cabo bebe un trago largo sin pensarlo, el líquido ardiente baja por su cuerpo y a los pocos segundos se siente más calmado.

—Nunca has visto nada así —Aitor le da un buche a su petaca—. Lo sé, yo tampoco, pero es lo que nos ha tocado.

—Todo el mundo está empezando a hablar del monstruo.

—No los culpo. Es mejor un monstruo o un demonio que tu vecino sea un psicópata.

Aitor se sienta frente a él y observa los expedientes.

—Ahora salgamos del mundo de los monstruos y dime qué tenemos.

—He hablado con la chica y me ha dicho que Arantxa, aparte de Andoni, tenía una relación con Alejandro Yuste.

—¿El hijo de Zigor al que le pusimos escolta?

—Ese mismo, el único con antecedentes, un perla, multas de exceso de velocidad, desacato a la autoridad, conducir ebrio y alguna pelea.

—¿Tiene denuncias por acoso sexual?

Niega con la cabeza.

—Vale, mañana vamos a hacerle una visita, ¿y los de la quedada?

—No tienen antecedentes y los de informática han comprobado que ninguno de ellos creó el evento.

—Vale, bien hecho, chico, intenta descansar esta noche, mañana veremos qué tiene que contarnos Alejandro y si la científica ha encontrado algo de lo de hoy. Puede que hasta podamos hablar con Ander y se acabe todo esto.

Aitor le termina de llenar la taza vaciando su petaca en ella, ya la rellenará en casa. Le toca el hombro al chico y se va. Miguel contempla la taza y tras unos segundos de sopesar si le hará más mal que bien, se la bebe de un solo trago. Coge el móvil y llama a Laura.

—¿Te importa si nos vemos ahora?

Laura abre la puerta con enfado, es Miguel, que ha estado pasando de sus llamadas y mensajes durante todo el día. Espera que al menos ahora le diga algo de lo que ha pasado, para poder redactarlo y tener la noticia mañana por la mañana con más detalle.

—Vaya, si es el que pasaba…

Miguel la besa directamente, de un beso pasan a otro, el cabo la coge en brazos y se continúan besando en un abrazo. Él la deja caer sobre la cama y la va desnudando. Sus labios recorren rápido sus muslos hacia el interior, su lengua hace gemir de placer a Laura con una sonrisa. El cuerpo de ella se curva y se estremece varias veces, hasta que empieza a temblar, le agarra la cabeza con fuerza y gime llegando al orgasmo. Él sube por la colina de sus pechos y unen sus cuerpos en una necesidad urgente y primaria de ser uno solo. Sus respiraciones y la unión de sus cuerpos son el único sonido, fuertes golpes con ritmo regular que llenan la habitación. Sus cuerpos bailan una danza que habla más de necesidad y deseo que de amor. Aunque él está encima, ella lo mantiene bajo su control, susurrándole palabras de deseo al oído con su voz baja y aterciopelada.

Siente el poder que tiene sobre él, y eso la excita más que cualquier cosa que él le haga. Finalmente, el clímax llega, un momento de liberación que deja a ambos jadeando. Ella lo contempla con una sonrisa satisfecha, disfrutando del brillo mágico y agotado en sus ojos. Se separan lentamente, sus cuerpos vuelven poco a poco a la realidad del mundo exterior. Él se tumba boca arriba, su respiración vuelve a la normalidad, mientras ella se levanta con una gracia felina hacia su bolso, donde coge el paquete de cigarrillos y el mechero. Él se mueve hacia un lado de la cama dejándole hueco. Ella suavemente se tumba a su lado, dando la primera calada y mirándolo con una sonrisa.

—¿Quieres? —Le ofrece un cigarrillo de la caja.

Miguel asiente y coge uno, ella se lo enciende. Mientras él cierra los ojos y le da una calada al cigarrillo, ella coge disimuladamente el móvil de la mesita de noche y pone la grabadora.

Él tose, no fuma un cigarrillo desde que lo probó con dieciséis años y le supo a ceniza.

A ella le hace gracia, luego le acaricia el brazo y escudriña sus gestos para saber si es el momento de preguntarle.

—¿Qué le ha pasado a ese niño?

Miguel se queda observando el cigarrillo consumiéndose entre sus dedos hasta que por fin rompe el silencio.

—Le cortaron las putas manos, y ese cabrón no contento con eso le marcó Judas con fuego en la frente.

—¿Judas? Joder… ¿Las demás víctimas tenían algún nombre o símbolo cristiano? —pregunta la periodista buscando algún tipo de firma del agresor o algo que una los casos en un nuevo titular.

—No.

—Bueno, entonces no es sospechoso Patxi, ¿no?

—Ese tío irá a la cárcel de todas maneras, por violar a una menor.

—Bueno, al menos has encerrado a un monstruo.

Laura apoya la cabeza en el pecho de él, tiene bastante para mañana, publicará el ataque a Ander, su jefe ya le ha subido el sueldo porque le han llamado de otros periódicos. Si sigue así su vida pronto dará un vuelco. Ella cierra los ojos y a su mente irremediablemente llega su novia.

Lo siento, Darlene, pero es por nosotras.

Aitor está tumbado en el sofá de su salón, tiene de fondo la tele solo para tener un ruido y evitar pensar. Pero ni la tele ni los tres whiskeys que se ha bebido evitan que le vengan a la mente las imágenes de los cuerpos mutilados de los jóvenes, la sangre, el olor y los gusanos comiéndose la mano del último chico. Todavía le queda un poco de whiskey en la copa delante de él, estira el brazo para cogerlo, pero queda a unos centímetros de la mesa.

Maider va para el cuarto a acostarse. Se asoma y lo ve tirado en el sofá, alargando la mano para coger el vaso. No quiere verlo así, cada día que tarda más en resolver el caso, vuelve peor a casa, no habla y si lo hace contesta borde. Apenas come, no bebe otra cosa que no sea whiskey y no ha vuelto a sonreír ni usar la ironía que tanto le gusta a ella.

—¿No crees que ya has bebido suficiente?

Ella le quita la copa de la mano, pero Aitor está en un estado de psicosis, por los cuerpos mutilados que ha visto estos días, el estrés y el alcohol que lleva en el cuerpo. Así que cuando su mujer habla y se acerca no la ve a ella, ve un rostro calavérico rodeado de gusanos que le agarra el brazo.

Y se defiende.

Le da una patada en el estómago y la tira al suelo, cae de espaldas junto al vaso de cristal que se esparce en trozos.

Maider llora desconsoladamente. Se ha hecho mucho daño, pero más que el dolor físico siente el dolor del corazón. Él que siempre le juró que le protegería y que jamás le pondría una mano encima como hizo su padre. Ha roto su juramento.

Aitor despierta de su alucinación poco a poco y ve lo que ha hecho.

—Pe…dona… Yo…etam en aun moa —la lengua se le traba con el alcohol y lo que intenta pronunciar es inentendible.

Maider se levanta con dificultad y sube con su llanto al cuarto. El sonido de los gimoteos y de la tele se convierten en un ruido distorsionado que se va apagando, le siguen las luces. Cierra los ojos y cae en la cama inconsciente.

***

En mitad del bosque hay un grupo de niños haciendo un círculo. Un niño de unos doce años está encima de otro y le está pegando una paliza. Un puñetazo tras otro, que Patxi intenta bloquear como puede. Está cansado de que todos los días, por una cosa u otra, ese niño encuentre una excusa para pegarle. Aunque hoy lo ha provocado él, tocándole el culo a la novia del matón, porque hoy no se va a quedar de brazos cruzados. Se arma de valor. Espera el segundo después de un golpe para coger lo primero que ve, una rama gruesa y rota que está al alcance de su mano. No se lo piensa dos veces y detrás de su grito le sigue la rama, que se clava en la cara del otro chico y le desgarra la mejilla. Un chorro de sangre cae sobre los dos. El chico llora y se toca la cara, pero el dolor y el llanto se convierten en un odio visceral. En apenas unos segundos, llevado por la adrenalina, coge una piedra de un tamaño considerable y golpea a Patxi. El primer golpe le rompe el brazo al intentar bloquearlo, el segundo en el pecho le deja sin aire y los dos que le siguen en la cabeza lo dejan apenas consciente. La frente de Patxi

empieza a sangrar y el otro levanta la piedra con fuerza preparando un golpe mortal.

—¡Aitor, para, lo vas a matar! —grita detrás una niña horrorizada por la escena.

La chica corre y le agarra el brazo para detenerlo.

Aitor se calma y tira la piedra a un lado.

—Cómo te vuelvas a acercar a Maider te mato.

Se levanta de encima de Patxi y se va con Maider que se preocupa enseguida por la herida de su rostro. El corro se disuelve y una niña se acerca al chico del suelo que se está incorporando con un dolor intenso y un mareo que le complica volver a la realidad.

—Patxi… Patxi.

***

—Patxi, despierta.

El encarcelado despierta de ese desagradable recuerdo, tan lúcido que siente que le duele todavía la cabeza. La celda está abierta y en el umbral está Leire como una guardiana, esperando que él salga. Tiene unas esposas en la mano. Patxi, como si ya se hubiera vuelto un procedimiento normal en su vida, se da la vuelta para que le pongan las esposas.

—Te han dado la libertad condicional hasta el juicio —la voz de Leire se rompe según va diciendo cada palabra.

Nota cómo ella se apoya en su nuca y las lágrimas caen en su cuello. Él no puede evitar llorar.

Quiere volverse, ver su hermoso rostro y besar sus suaves labios, pero siente una vergüenza tan grande que no le deja volver a mirar a los ojos a la mujer que ama y a la que ha hecho tanto daño.

—Lo siento. He sido un imbécil, te he mentido y te he engañado. Entiendo que no quieras volver a verme, yo mismo me doy asco. Me voy a quedar en la celda, hasta el juicio, así no podré causarte más problemas.

Los dos amantes se quedan llorando, sin mirarse, solo sintiéndose el uno al otro. Pensando en cómo se ha roto su relación, con un

daño irreparable. Él agarra las manos de ella y las pone en su pecho. Dándose seguramente el último abrazo.

El encapuchado ha madrugado hoy, y se ha vestido con ropa normal. Ha paseado por el pueblo hasta el cementerio y se ha quedado cerca de un árbol viendo el paisaje de las infinitas lápidas. Ha escuchado a los pájaros, mientras sentado en una rama de un viejo roble que sobresale del suelo, disfrutaba de la tranquilidad y la paz del sitio. A los pocos minutos, puntual como todos los años, una mujer se acerca a una de las tumbas y deja unas flores. Después de varios minutos hablando con el fantasma del difunto se marcha. Entonces se acerca él. El nombre de la lápida es Iren Arismendi Yarro. El desconocido no trae flores, pero sí le habla, aunque no cree en Dios o en que haya vida después de la muerte, se siente mejor después de hablar un rato con él. Está llegando al final y antes de terminar quería visitarlo por última vez. Como un reflejo de sus lágrimas, el cielo comienza con una suave llovizna.

El sonido de la lluvia despierta a Aitor, se levanta tarde con una resaca y un dolor de cabeza demoníaco. Al incorporarse en el sofá se clava en el pie desnudo un cristal. Ve el vaso roto en el suelo. Entonces empieza a recordar pequeñas imágenes de lo que pasó ayer. Con cuidado de no volver a clavarse los cristales se levanta y se intenta despejar en el baño con una ducha fría. Se viste, toma dos pastillas de paracetamol y barre los cristales. Sube por las escaleras hasta la habitación y toca dos veces suavemente la puerta, luego la abre un poco. Maider está en la cama dándole la espalda, está despierta y con los ojos rojos de haber llorado, pero eso no lo ve él.

—Cariño… Siento lo de anoche… Yo me asusté, pensé que eras otra persona.

Le responde la lluvia golpeando la ventana.

—Me voy a trabajar, nos vemos —cierra la puerta suavemente con los ojos llenos de culpa, una voz triste y la cabeza gacha.

Aitor recoge a Miguel para ir a ver al sospechoso, llega media hora tarde, pero eso le da igual al cabo. Las diferencias en sus caras son notables, el cabo está sonriente y con energía mientras que el sargento tiene ojeras y cara de pocos amigos. Él se da cuenta, así que prefiere no decir nada que pueda enfadar al viejo durante el

viaje. Deja que la lluvia y el motor del coche sean los que hablen durante el trayecto. Mientras contempla la monótona lluvia por la ventana, su mente no deja de pensar en Laura, esos ojos de fuego, esas sonrisas y esos susurros mientras hacían el amor. Sin darse cuenta su ensimismamiento es interrumpido por la voz de Aitor al llegar al destino. Aparcan frente al piso que los Yuste le han dejado a su hijo, para que viva como un rey. Un pequeño bloque de tres pisos, ahora vacíos, donde el niño suele montar las fiestas. Aunque el sargento sabe que no le durará mucho, tendrán que venderlo para pagar la indemnización a todos los trabajadores de la fábrica. Ese pensamiento le alegra un poco el día y va recuperando su cara de mala hostia normal.

Caminan decididos bajo la lluvia hasta el segundo piso donde les recibe la bonita puerta de madera negra. Aitor golpea la aldaba de la puerta, un toro de madera barnizada del que cuelga el gran aro dorado para golpear. El primer golpe lo hace fuerte, pero se arrepiente al segundo cuando el sonido metálico retumba en su cabeza y una mueca de dolor recorre su rostro. Los siguientes dos golpes los hace más suaves. Tarda un tiempo en escuchar los sonidos detrás de la puerta y justo cuando iba a volver a llamar, la puerta se abre un poco haciendo tope con la cadena del interior. Por ese espacio se asoma el rostro de Álex, rubio con el pelo corto y los ojos azules que observan con desconfianza.

—¿Qué queréis? No necesito más guardias protegiendo mi casa, me sé defender solo.

—No es para hacer guardia, tenemos que hacerle unas preguntas. ¿Podemos pasar? —responde el cabo, para evitar que una respuesta borde del sargento evite que tengan una conversación, ha visto en sus ojos las ganas de golpearlo.

La puerta se cierra, la cadena se quita y la puerta se vuelve a abrir. Álex los deja pasar y ven que detrás de él esconde un bate de béisbol. Aitor se lleva la mano disimuladamente a la pistola.

—¿Quieres hacer algo con ese bate, chico? —le pregunta Aitor visiblemente tenso.

—Tranquilo, jefe, ¿no han visto que hay un psicópata suelto? Es para defenderme. No sabía quién estaba detrás de la puerta.

Hay algo en ese chaval que no le huele bien a Aitor, no sabe si es por la prepotencia y la chulería que desprende o si oculta algo.

Álex se adelanta, deja el bate en el paragüero y va al salón donde se sienta espatarrado en el sofá mientras bebe una botella de cerveza que tiene en la mesa.

Ellos se sientan enfrente, en unos sofás de cuero.

—Va a ser rápido, hace cuatro días, ¿dónde se encontraba por la tarde noche de nueve a once? —empieza el interrogatorio Miguel.

A Álex se le descompone la cara, su enfado es mayúsculo, se echa para delante y deja la cerveza de un golpe en la mesa.

—Espera, espera… ¿no tendrán los huevos de venir a mi casa a acusarme de los crímenes?

Aitor se enfada ante la respuesta del chaval, pero se mantiene callado apretando el puño.

—Investigamos las coartadas de los alumnos y de los familiares para salir de dudas.

—¿Salir de dudas? Si no tenéis ni puta idea, todo el pueblo sabe que estáis perdidos. Y encima metéis en la cárcel a mi padre, en vez de buscar al psicópata antes de que mate a todo el pueblo. ¿No será otro poli que estáis protegiendo? No me sorprendería.

—Mira, niñato —Aitor ya no aguanta más los insultos y le alza la voz enfadado—, tú no eres el más indicado para decir nada, eres el que tiene más antecedentes de todo el puto pueblo, así que responde si no quieres contestarme en el cuartel esposado.

Miguel se sobresalta, no esperaba la reacción de su sargento, ve en sus ojos que quiere darle puñetazos hasta desfigurarle la cara.

—Estaba con una tía, ¿vale?

—¿Quién era?

—Interviene Miguel para calmar un poco el ambiente.

—Era Arantxa…

—Vaya la casualidad, la testigo que no quiere hablar —vuelve a pinchar Aitor, que sigue alterado.

—Es verdad, pregúntale a las amigas, le dirán que quedábamos para follar.

—¿Y cuándo le pasó eso a Arantxa dónde estabas? ¿Eh?

—Aquí, también. Vine cansado y me acosté pronto, me enteré por la mañana.

—¿Había alguien en la casa que pueda confirmar a la hora que llegó, un vecino o alguien? —el cabo intenta verificar su coartada.

—No, vivo solo y no vi a nadie al subir.

—Por lo que sé Arantxa se estaba follando a Andoni Zañartu, no a ti —le cuestiona Aitor, que todavía está enfadado.

—No, eso es mentira.

—¿No sería que ella lo prefería a él, tú te cabreaste y fuiste a cortarle la polla?

—¡No, no, no! —niega Álex aumentando el volumen en cada repetición, se está poniendo cada vez más tenso.

—Y cuando ella lloró por Andoni, viste que lo quería a él y no a ti. Te vengaste de ella, ¿verdad? —Aitor aumenta también el volumen y empieza a gritarle, hablando por encima de sus negaciones.

Álex se levanta del sofá.

—¡Qué no, joder! —grita el acusado.

El sargento también se levanta y continúa gritando. Miguel no sabe qué hacer, ha perdido el control de la situación.

—¿Qué hizo el otro? ¿Se lo iba a contar a alguien y por eso le hiciste eso?

Álex explota y agarra del cuello a Aitor.

El sargento saca la pistola y le apunta a la cabeza empujando el cañón con violencia contra su frente.

—No tienes ni puta idea, yo no he hecho nada, ¿me oyes, puto viejo? Yo no he hecho nada.

—Vamos, hijo de puta, tócame si tienes huevos.

CAPÍTULO 12
UN FANTASMA QUE VISTE LA PIEL DE UN HOMBRE

Miguel está atónito ante la escena, su jefe está haciendo justo lo que le dijo que no hiciera. Un movimiento, rápido, una palabra fuera de tono y esto va a acabar mal. El cabo se levanta lentamente con las manos arriba.

—Calmaos, creo que se nos está yendo de las manos —Miguel se acerca lentamente y le baja el brazo con el arma a Aitor y hace que Álex suelte el cuello del sargento.

Da unos pasos atrás, con el sargento.

—¡Fuera de mi puta casa! —amenaza el chico.

El cabo agarra a su jefe, que todavía está tenso y amenaza con terminar el disparo a través de una mirada asesina. Va cediendo poco a poco y se lo lleva hasta la puerta.

Nada más la puerta se cierra con ellos fuera, Álex coge la botella de cerveza y la estampa contra la pared. Cae en el sofá con las

manos en la cabeza intentando calmarse.

Aitor camina rápido hacia el coche, el enfado es su gasolina. El cabo sabe que tiene que hablar con él, no es normal lo que ha pasado, pero a la vez es su superior y no se le ocurre cómo abordar el tema.

—¡Aitor!

El sargento se para en mitad de la llovizna ya apenas perceptible y lo observa en silencio buscando explicaciones de su comportamiento.

—Ha sido ese capullo, estoy seguro —en sus ojos todavía se siente la rabia.

—No tiene coartada, pero eso no lo hace culpable, si al menos Arantxa confirmara lo de la primera noche…

—No va a confirmar una mierda —le corta—, ese capullo sabe que no va a hablar con nadie, por eso ha dicho que se la estaba tirando —Aitor abre el coche—. Te voy a dejar en el cuartel y le dices a Sagasti que se quede toda la puta noche bajo su ventana y que a lo mínimo que haga nos avise, yo iré al hospital.

—Voy contigo.

—No, quiero que pidas una orden de registro para su casa, y luego te quedes con Sagasti para detenerlo en cuanto me digan su nombre en el hospital.

Miguel pone cara de descontento.

—¿Y si el niño no quiere hablar?

—Va a hablar quiera o no, yo me ocuparé de eso —amenaza mientras arranca el coche.

No debería meterse en lo que vaya a hacer su sargento, de hecho, si se mete en problemas solo le beneficiaría, tendría antes el puesto, pero algo le dice que ese hombre no está bien y decide jugársela.

—Aitor, has estado a punto de volarle la cabeza al niñato ese sin pruebas, solo por una provocación, ¿estás bien?

—Estoy bien, no iba a disparar —miente el sargento—, solo quería acojonarlo para que hablara.

El cabo le toma la palabra y el resto del camino lo gobiernan las dudas sobre si Álex es quién ha hecho esto.

—Tráeme la foto del expediente de Álex —le pide Aitor cuando se baja del coche en el cuartel.

El cabo asiente y a los pocos minutos vuelve al coche con la foto.

—Avísame con lo que sea —le pide mientras le da la fotografía.

—Descuida, estate preparado.

Aitor se guarda la foto en el bolsillo y arranca. El coche desaparece rápidamente en la curva directo hacia el hospital.

Miguel tarda un tiempo en preparar el atestado para la orden de registro y manda a Sagasti a que haga guardia a la casa del chico.

Con los papeles en la mano se acerca al compañero que está en el puesto de administración.

—Esto es una orden de registro para Alejandro Yuste Escudo, envíasela al juez lo más pronto que puedas.

El compañero asiente y detrás de Miguel aparece Salazar, con cara de pocos amigos.

—García, ¿por qué coño sabe la periodista todo esto?

Salazar le muestra en su móvil el último artículo de Laura. Habla de la tortura, el estado del chico y la palabra dibujada en su frente con un cuchillo. La cara de incredulidad de Miguel le hace dudar de su idea original de que él lo ha filtrado.

—Todo el pueblo está aterrado por culpa de este artículo, los mandos vienen de Madrid.

Miguel aprieta el puño en silencio para no delatarse.

—No sé cómo coño se ha enterado, pero es una putada.

—Yo que tú no hablaría más con ella, y al que le haya filtrado la información le va a caer una buena —Salazar no dice nada más y se aleja indignado.

El cabo entrega el papel y sale del cuartel en silencio. Su sargento le ha dicho que vaya a esperar a la casa, pero ni cree que haya sido ese niñato, ni se puede quedar ahora de brazos cruzados. Necesita hablar con ella, saber por qué ha filtrado todo lo que le contó anoche cuando él se estaba desahogando. Siente que lo han usado para sacar información, que a ella no le importa que pueda perder el trabajo, lo cual le rompe el corazón.

Coge el coche, ya apenas chispea y se dirige hacia el hotel, mientras más vueltas le da a lo que ha hecho la periodista más crece

la rabia en su cuerpo.

Las prisas nunca son buenas y menos con el asfalto mojado. El sargento solo sueña en llegar y resolver el caso. Puede que solo así su vida vuelva a la normalidad y todos sus problemas desaparezcan.

Por eso iba más rápido de lo habitual y mucho más rápido de los treinta kilómetros por hora recomendados en esas carreteras con curvas en mitad del bosque. Por eso las ruedas del coche no consiguen adherirse bien y derrapan en la curva. Pierde el control y va de frente contra un árbol. Intenta frenar, pero ve que por mucho que pise el freno va a chocar, así que tensa el cuerpo y cierra los ojos. El golpe es brutal, el airbag salta y el árbol se incrusta en el capó del coche destrozándolo. Sale humo del coche, y todo se queda en silencio.

Miguel llega al hotel. Baja furioso del coche y va directo a la habitación de Laura. Golpea la puerta con fuerza varias veces. La periodista abre un poco asustada ante los golpes y ve al cabo que entra furioso y gritando, lo que hace que ella retroceda con miedo.

—¿Qué coño te pasa a ti? Publicando información confidencial que te conté en la intimidad.

—Tranquilo. No dijiste en ningún momento que no pudiera contarlo ni nada.

Laura retrocede hasta sentarse en la cama, el guardia está de pie todavía alterado.

—Te dije que no podía decirte ningún dato del caso, me pueden despedir.

—Solo estaba informando a la gente, merecen saber qué está pasando.

—A ti solo te importa sacar más titulares, aunque asuste a la gente y provoque el caos.

—Creo que estás exagerando la situación, se iban a enterar tarde o temprano.

En ese momento suena el teléfono de Laura, que está encima de la mesita de noche. Miguel lo ve un segundo y lee el nombre del contacto que la está llamando «Cari» y un corazón. Sus miradas se cruzan un segundo y la periodista intenta coger el teléfono

rápidamente, pero Miguel se lo impide, la agarra y forcejean. Él la empuja, la tira al suelo y coge el móvil.

—No lo hagas —le suplica ella entre lágrimas.

Miguel contesta.

—Qué sepas que la zorra de tu novia me ha estado follando para sacarme información —se lo revela conteniendo las lágrimas, sin saber quién estaba al otro lado del teléfono.

Pone el altavoz y dirige el móvil hacia ella.

—¡Vamos, díselo! —grita él.

Del altavoz suena la voz débil de Darlene.

—¿Laura, quién es ese? —contesta por fin conteniendo las lágrimas.

La periodista se derrumba y rompe a llorar.

—¿Por qué, Laura?

—Darlene iba a perder el trabajo, solo fue eso —se sincera entre hipidos de llanto.

El guardia ha escuchado suficiente y tira el móvil encima de la cama y sale de la habitación. Deja a la arpía que le ha destrozado el corazón llorando en el suelo. Se cruza con Aingeru, que ha escuchado todo el drama y los gritos porque ni siquiera ha cerrado la puerta al entrar. Pero este no dice nada, ni siquiera se fija en el guardia, como si nunca hubiera pasado por aquí, tiene sus ojos clavados en el ordenador.

Cuando sale el cabo, el portero se acerca a la habitación, la periodista sigue en el suelo llorando y murmurando. Ya ha cortado la llamada y está secándose las lágrimas.

—Tranquila, hay más peces en el mar —consuela él con una voz calmada.

La abraza, ella se deja abrazar, el chico le pareció buen chaval, pero el abrazo empieza a ser más largo y las manos del chico empiezan a acariciarla de una manera extraña. Se termina el abrazo y él le empieza a manosear los pechos y la intenta besar, ella rápidamente lo empuja.

—¡¿Qué haces?! —le grita ella.

—Vamos, un clavo saca a otro clavo —le insinúa con una sonrisa lasciva.

—Vente de aquí, déjame.

—Tengo un video bastante guarro de ti y el policía follando, tal vez debería filtrarlo. Ya que te gusta tanto que se sepa la verdad.

Laura lo mira incrédula. No es posible que la hayan grabado, tiene que ser un farol. Él ve la duda en sus ojos.

—No me mires así, tengo que tener cámaras por si los clientes rompen algo y no quieren pagarlo. Tengo varias, si quieres te enseño el video, se ve desde todos los ángulos como te pone en la cama y te come el coño.

La tristeza de Laura se ha ido transformando en terror.

¿Qué clase de psicópata es este tío?

Ese video arruinaría su carrera, ya ve los artículos que su propio jefe haría a su costa.

—Ahora vas a hacer lo que yo te diga.

Aingeru cierra la puerta, luego se va desnudando. En ese minuto ella tiene que decidir dejarse violar por un psicópata o dejar que mañana su carrera se termine. Ahora que se está haciendo viral por los reportajes en el pueblo rojo su caída sería más grande y desde luego aplaudida por muchos envidiosos. No hay nada que le guste más a la gente que el morbo y ver a una persona desmoronarse. Así que todavía con lágrimas en los ojos, elige lo que siempre ha elegido, por encima de su novia, por encima de la gente y por encima de la verdad. Su carrera, la fama, el reconocimiento, que miles de desconocidos te den su efímero amor a través de comentarios, corazoncitos y emoticonos vacíos.

Así que se desnuda.

El sol se está escondiendo cuando en mitad del bosque la puerta de un coche estrellado se abre de una patada. Aitor sale a duras penas, se tambalea y cae al suelo. Está sangrando por la nariz, mareado y le duele todo su cuerpo, aunque parece que no tiene nada grave. A lo lejos puede ver el hospital, estará a unos dos kilómetros. Su móvil está roto y el walkie del coche también, pueden tardar horas en encontrarlo, así que decide empezar el camino hacia el hospital, paso a paso. Cada metro que avanza tiene que luchar por mantener la conciencia y soportar el dolor que se aloja en su cuerpo.

La enfermera del hospital queda en shock cuando el sargento le pregunta por la habitación del chico y evita la atención médica.

—Habitación número ciento catorce, tercera planta —le responde atónita y preocupada.

Aitor va lo más rápido que le permiten los dolores. Llega y toca en la puerta del chico. Abre la enfermera que está a los cuidados del chico. Se queda impactada al ver al sargento en ese estado.

—¿Señor, está bien?

Él pasa lentamente dentro omitiendo a la enfermera. El atardecer ha creado sombras en la habitación que parece un funeral. Una sola ventana ilumina la habitación y con las sombras duras del atardecer parece que ha entrado en la habitación de un vampiro. A los pies de la cama del chico están los padres. Que miran al hombre igual de sorprendidos que la enfermera.

—Ander, soy el sargento Aitor de la Guardia Civil.

El chico contempla el cielo por la ventana sin molestarse en volver la cabeza al hombre. Aitor se acerca y se pone al lado del chico.

—Estoy buscando al que te ha hecho esto a ti y a tus compañeros. ¿Le viste la cara?

—¿Quién le ha dado permiso para entrar aquí? —interrumpe el padre del niño.

—¡Cállese! —Aitor le grita como si fuera a estrangularlo si volviera a hablar y el hombre se asusta.

El grito del guardia hace que el chico lo mire.

—Pienso llamar al doctor ahora mismo —se queja el padre.

Aitor pasa de los demás, no desaprovecha que ha llamado la atención del chico y lo mira a los ojos.

—¿Le viste la cara, Ander?

El chico asiente.

—¿Sí? Bien, Ander, es muy importante que me lo digas —saca la foto de Álex que tiene en el bolsillo—. ¿Es este hombre?

El chico observa la foto y empieza a reírse. Todos los presentes se quedan perplejos.

—¿Álex? —cuestiona el chico entre carcajadas—. Si a mí me ha hecho esto… Álex está muerto. Él ya lo habrá matado —augura entre la risa y la locura.

—Ander, escucha, solo tienes que decirnos su nombre y lo detendremos.

La risa del chico se corta y sus ojos se llenan de lágrimas de terror.

—¿No lo entiende, verdad? Vi su ataúd, ha venido a vengarse desde el infierno. Están buscando a un fantasma que viste la piel de un hombre.

El doctor y dos celadores entran en la habitación justo cuando Aitor agarra al chico de los hombros y lo zarandea.

—¡Dime su nombre! —le grita.

—Va a volver a por mí, me matará —el chico habla ido—. Matará a los otros y nos llevará al infierno con él, me lo juró.

El padre y los celadores agarran al sargento, la madre del chico rompe a llorar.

—Señor, salga ahora mismo de la habitación —ordena el médico.

Los celadores sacan a Aitor de la habitación. Se quedan en la puerta para que no vuelva a entrar. El médico sale y se fija en el sargento, ahora con la luz del pasillo ve la sangre seca de la nariz y la cara, los cortes en la frente, los moratones y la ropa desgarrada.

—¿Qué le ha pasado?

—Un accidente, estoy bien. Déjeme su móvil, puede que vayan a asesinar a otro chico.

CAPÍTULO 13
~~ALEJANDRO~~

El encapuchado espía por la ventana con cuidado y ve cómo ponen frente al piso de Álex un coche de la guardia civil, sabe que es para él, para arrestarlo nada más aparezca. El problema para ellos es que él no necesita entrar porque ya está dentro. Se ha instalado en el piso contiguo al de Álex desde el principio del plan. Ha evitado ser visto entrando por las noches y tiene ahí sus herramientas. Llueve con intensidad, así que cruzar de su ventana a la del cuarto de Álex con el borde mojado va a ser complicado; si se resbala, la caída no solo le va a doler, también se arriesga a que lo pillen. Aun así, se va a arriesgar, no va a cambiar el plan que lleva tanto pensando.

Álex está en el sofá, tiene la tele puesta con *Gandía Shore*. En el grupo de *WhatsApp* que tiene con sus amigos, han empezado a bombardear con mensajes de preocupación: «Parece que le han cortado las manos a Ander», «Le ha grabado en la frente algo con un cuchillo». No quiere leer más y deja el móvil en el sofá con rabia. Entonces escucha un sonido extraño, no es raro escuchar la madera

crujir por las noches y más ahora con la lluvia, pero esto parecía venir de la casa contigua, que como todas las demás están vacías. Mutea la televisión y lentamente coge el bate de béisbol. Vuelve a escuchar otro sonido, esta vez ha sido claro y venía de su habitación.

Camina con su bate levantado, en alerta y en silencio. Se acerca lentamente hasta el marco de la puerta de su habitación. Respira profundo y se prepara mentalmente. Irrumpe en la habitación con su arma lista para golpear, esperando coger a alguien por sorpresa. Pero solo ve una habitación oscura iluminada por la luz de la luna que entra por la ventana abierta. El viento mece la ventana que golpea cada pocos segundos la pared. Álex se relaja y se acerca a cerrar la ventana. Cuando termina de cerrarla y se siente seguro, el sonido metálico de un zippo abriéndose provoca un escalofrío en su cuerpo. Se activa de nuevo el sentido del peligro y se gira rápidamente alzando el bate. En la esquina contraria a la ventana de su cuarto algo se ilumina con una pequeña llama, las sombras se disipan y el fuego continuo del mechero muestra a una persona encapuchada que se enciende un cigarrillo, no lo reconoce, pero no hace falta, sabe que es el psicópata que le ha hecho eso a sus amigos.

No duda un segundo y se abalanza con el bate alto preparándose para abrirle la cabeza al intruso.

—¡Hijo de puta! —grita Álex furioso—. ¡Te voy a…!

El grito de guerra termina bruscamente, siente unos pinchazos en el estómago y una corriente eléctrica recorre su cuerpo tensando todos los músculos durante unos segundos. Cuando la descarga termina, cae al suelo sin amortiguar el golpe. Convulsiona sin control mientras el encapuchado se acerca lentamente y se agacha. La luz de la ventana lo ilumina mostrando en su mano una especie de pistola con una batería a la que están unidos los dos cables que están en el estómago del chico. El intruso está de cuclillas y tiene su cara muy cerca de él. Le da una calada al bastoncillo incandescente y le echa el humo en la cara.

—Vas a morir, Álex, quiero que lo sepas, quiero que cada segundo que vivas a partir de ahora sepas que puede ser el último.

Después de sus palabras le apaga el cigarrillo en la mejilla.

Álex intenta aguantar el dolor y no gritar, pero las lágrimas que caen al suelo le delatan.

El cabo se está secando los ojos llorosos en el coche a las puertas del hostal cuando recibe una llamada de Aitor. Se intenta reponer y contesta a la llamada.

—Miguel, va a atacar a Álex, sube al piso junto con Sagasti. Voy de camino.

—Entendido.

Cuelga y arranca rápido.

«Mierda justo ahora».

Ha desobedecido a su sargento, no está en su puesto, todo por dejarse guiar por su rabia y sus sentimientos. No está lejos de la casa de Álex. Pero cada segundo cuenta.

El mareo se va yendo y tanto la vista como el aturdimiento de Álex empiezan a aclararse, la mano izquierda no deja de temblar, no puede controlarla. Está esposado a una silla de madera en mitad de su salón. Cada una de sus piernas esposada a una de las patas delanteras de la silla por encima del travesaño para que no pueda sacarlas por debajo. No sabe si no puede mover las piernas por las esposas o porque los músculos no le responden. Al tirar hacia arriba de las manos esposadas a la espalda nota que la cadena de las esposas también está unida a la silla. Tiene la boca amordazada con cinta americana y por mucho que sepa que se tiene que calmar, su cerebro le grita que tiene que salir de ahí para sobrevivir. A su derecha puede ver la puerta de su casa, la salida.

Si pudiera saltar poco a poco y llegar a la puerta quizá podría abrirla. La ventana también está frente a él, aunque saltar pegado a una silla desde ahí puede ser también una muerte segura.

Justo cuando va a hacer fuerza para mover la silla una voz suena a su espalda.

—Esto ya está.

Álex se vuelve y ve que detrás en el cuarto está su secuestrador, sale cargado con mantas y sábanas del dormitorio. Deja las mantas al lado de su silla y coge el bate de béisbol que está al lado. El chico entonces se da cuenta de que alrededor por el suelo está todo lleno

de mantas, libros que no sabía ni que había en la casa, las cortinas las ha quitado, ha movido el sofá y la alfombra a su lado. Intenta saltar con la silla hacia la puerta, pero se mueve solo unos centímetros dejando una escena patética.

—¿A dónde vas?

El encapuchado le golpea con el bate de béisbol en la barriga y en la rodilla, el sonido del hueso fisurándose y el grito ahogado de dolor del chico le hace saber que no va a poder volver a mover esa pierna. Álex intenta resistir el dolor. No quiere parecer débil, ni que se le note el terror. Aguanta las lágrimas de desesperación con respiraciones profundas y los ojos fijos en un punto de la habitación.

El captor observa con interés a su rehén que intenta ignorarlo, se agacha y lo mira a la cara, pero él sigue lo evita fijando la vista a un punto en el infinito de las sombras de la habitación. Cree que puede refugiarse en su mente como un monje que cruza las brasas caminando. Pero sabe que no tiene tanta fuerza mental y se lo va a demostrar. Saca un cigarrillo lentamente y se lo enciende saboreando la primera y última calada, como si hubiese salido con un amigo fuera de un bar a hablar de la vida.

—Bueno Álex, yo sé lo que te gusta el fuego y cómo te divierte quemar cosas. Así que vamos a divertirnos juntos.

Le agarra la cabeza a Álex, y le obliga a contemplar su rostro de principio a fin, ahora sí consigue reconocerlo. Pero es lo último que ve, al menos con el ojo derecho, porque le abre el ojo y apaga el cigarrillo en él.

El chico intenta apartar la cabeza, pero ya es tarde, una mancha negra va consumiendo la visión de su ojo derecho como una gota de tinta que se va expandiendo lentamente, mientras él grita de dolor. Ni siquiera las lágrimas consiguen apaciguar la quemadura, al contrario, la sal intensifica el daño. Un sufrimiento que no termina cuando el cigarrillo cae al suelo, en vez de cesar aumenta con cada lágrima y cada parpadeo que hace involuntariamente. Ahora solo desea que le arranquen el ojo para aliviar su dolor.

Aitor no tiene tiempo de esperar que lo recoja un compañero para ir a la casa, así que se acerca al primer coche que ve. Y se sube. El hombre del coche, un lugareño que ha llevado a su mujer por un

dolor en la pierna, se encuentra atónito. Ve al guardia civil manchado de sangre seca muy alterado.

—¡Guardia civil necesito que me lleve lo más rápido que pueda! ¡Vamos rápido!

—Pero…

—¡Ni pero ni ostias puede haber una muerte! ¡Arranque coño, yo le digo por dónde ir! —ordena con prisas el sargento.

El hombre arranca y mira a su mujer que se acababa de bajar buscando algún tipo de ayuda, la mujer le asiente, dándole la confirmación que necesitaba y sale del hospital guiado por el guardia.

Miguel llega con el coche a toda velocidad, frena bruscamente frente al piso, asustando a Sagasti que sale del coche pistola en mano. Cuando lo ve salir del coche baja el arma aliviado.

—¿Qué coño pasa? —pregunta el guardia confuso.

—¡¿Has visto a alguien acercarse a la casa?! —grita Miguel angustiado.

—No, solo tu coche.

—Quédate aquí, voy a subir a comprobarlo.

El cabo corre hacia la casa mientras su compañero se pone en alerta y saca la linterna mirando alrededor, pero no ve a nadie, lo que sí ve es que a lo lejos otras luces de un coche que se acerca.

Alguien sube por las escaleras a toda prisa, sus pasos resuenan por la casa de madera y el encapuchado se gira a la puerta que empiezan a golpear bruscamente.

—¡Guardia Civil, abra la puerta!

El chico amordazado hace ruido con la silla y grita intentando que escuchen sus súplicas al otro lado de la puerta.

El guardia empieza a forzar la puerta, si no la abren la va a abrir él tarde o temprano.

El encapuchado sabe que no tiene mucho tiempo, creía que tendría un poco más hasta que llegaran los guardias, va a tener que adelantarlo todo, así que corre hacia su mochila y saca una garrafa de gasolina.

Dos disparos en la cerradura y una patada a la puerta hacen que se abra de par en par.

Miguel ve los últimos instantes en los que el encapuchado termina de verter la gasolina sobre el chico.

A la vez que el cabo le apunta con la pistola, él enciende el zippo a un paso del chico bañado en gasolina.

—Quieto.

—Yo no le echaría agua —aconseja el encapuchado.

El encapuchado suelta el zippo al suelo y se queda quieto, el mechero toca la gasolina y se expande en un segundo envolviendo al chico de la silla en llamas.

—¿No va a salvarlo? —le pregunta el encapuchado mientras retrocede lentamente hacia la ventana.

Álex empieza a moverse bruscamente en la silla mientras arde.

Miguel solo tiene un segundo para pensar, el criminal se dirige a la ventana y el chico está en llamas, puede ir tras él o intentar salvarle la vida al chico. Decide salvar al chico, el encapuchado salta por la ventana, él rápidamente busca alguna manta para apagar el fuego.

Entra en las habitaciones, sin cortinas y los colchones desnudos.

Los armarios vacíos.

—¿Qué coño pasa? —grita desesperado el cabo.

Cuando vuelve al salón el fuego se ha extendido a una velocidad aterradora.

Entonces lo entiende, todo lo que podía usar como manta está ardiendo a los pies del chico, nunca tuvo ninguna posibilidad de salvarlo. Se queda paralizado, contemplando el cadáver en llamas, envuelto en el infierno, los ojos del chico son dos agujeros oscuros sin forma y el olor es nauseabundo. No le hace falta un médico para saber que el chico está muerto. «Si hubiera estado aquí antes», «Si no hubiera dudado». El cabo se va hundiendo más en su propia oscuridad interior mientras el fuego se extiende sin piedad.

El coche se acerca hasta Sagasti que está alerta y preparado con la pistola. Un lugareño conduce y frena bruscamente al lado de él. Entonces se baja Aitor.

—Miguel acaba de subir —informa Sagasti al ver la cara llena de dudas de su sargento.

Aitor se dirige rápido a la casa, mientras se acerca una luz de fuego ilumina el segundo piso y el encapuchado salta por una

ventana.

Al caer, se toca el tobillo molesto y corre con dificultad.

—¡Alto! —grita Aitor, que comienza a perseguirlo.

Sagasti también corre, pero va hacia la casa donde ve el fuego y humo salir. Aunque corre detrás del sospechoso, no tiene ninguna posibilidad de alcanzarlo al no estar tan cerca como Aitor y, en cambio, puede que Miguel esté en problemas.

El encapuchado mira atrás, su perseguidor le pisa los talones y decide meterse en el bosque para intentar perderle la pista al guardia que le persigue con ímpetu.

El cabo sube las escaleras lo más rápido que puede y, cuando abre la puerta, una bocanada de fuego sale como si un dragón le hubiera escupido su aliento. Entre el fuego ve a Miguel sin salida y arrodillado llorando. Sin duda se cubre los ojos y la boca y atraviesa el fuego; agachado, agarra al cabo y lo arrastra fuera. Miguel despierta al ver a su compañero, se cubre como él y salen. Se tiran al suelo y ruedan. Sagasti consigue apagar su fuego, pero el brazo derecho de Miguel sigue en llamas. Sagasti se quita la chaqueta lo más rápido que puede y le apaga el fuego del brazo.

—¡Vámonos! —grita Sagasti mientras tira del cabo para bajar las escaleras.

Se alejan, el piso consume las demás casas vacías mayormente hechas de madera. Sagasti llama a los bomberos y a la ambulancia. La quemadura del brazo de Miguel es grave; quitarse la chaqueta de su compañero solo conseguirá arrancarse la piel. Solo puede aguantar el dolor que no volverá a olvidar al ver las marcas en su mano derecha.

El sargento saca la pistola, pero los árboles y la oscuridad le impiden tener un tiro limpio. El chico llega hasta una reja metálica de unos dos metros y medio que separa un coto de caza del bosque, empieza a trepar; no cree que el sargento le vaya a seguir. Aitor acelera, pero corriendo en la oscuridad tropieza y cae encima de un charco. Un segundo después, cuando se pone en pie para seguir su persecución, oye a su derecha un terrible rugido monstruoso, que le hace fijarse en lo profundo del bosque. Un rayo ilumina la noche y dibuja la forma de un ser que lo observa. El contraluz de la luna le

muestra una silueta humanoide de unos dos metros, unas grandes astas sobresalen de su cabeza y parece que lo envuelve un pelaje grueso. Sus ojos amarillos paralizan al sargento, pero después de un simple parpadeo la bestia parece haber desaparecido.

Un trueno resuena en la noche, arrancándolo de sus pensamientos justo cuando el chico está a punto de terminar de escalar la valla metálica. Aitor corre y comienza a trepar. Salta hacia la verja y con su movimiento brusco hace que el muchacho se derrumbe en una caída torpe al perder el equilibrio. El chico intenta aterrizar como puede, pero ahora grita de dolor tocándose el tobillo, que junto a la caída anterior ha dejado de estar entero. Están separados por un centímetro de metal con agujeros, y la tensión se nota. El encapuchado sabe que el escape es imposible, y con determinación saca algo de su mochila. El guardia aterriza al otro lado, sus botas golpean el suelo con fuerza, pero antes de que pueda reaccionar, el encapuchado lo embiste contra la valla. El frío acero muerde su piel mientras siente el chasquido de la esposa cerrándose en su muñeca. Aitor, furioso, intenta agarrarlo con la mano libre, pero el chico se zafa escurriéndose hacia atrás y cayendo de espaldas.

—¡Maldito cabrón! —grita con rabia.

El sargento, mientras tira de su mano esposada a la reja como un perro rabioso tira de su cadena a unos centímetros de su presa.

El chico se levanta y saca de su bolsillo una llave que deja caer al suelo fuera del alcance del guardia.

—Le dejo aquí las llaves.

Aitor apenas puede contener su furia. Saca la pistola con la mano libre, apuntando al chico que intenta girarse para irse.

—Si te mueves, te mato —amenaza el guardia.

—No voy armado y no tengo nada en contra de usted —explica mientras levanta las manos.

—No me importa, has torturado y matado a gente inocente.

—¿Gente inocente? No sabe lo que dice, sargento, esos cabrones se merecen todo lo que he hecho.

—¿Por celos o por lo que le hicieron sus padres al pueblo?

—Nada de eso, no se ha acercado apenas. ¿Quiere saber la verdad, sargento? No será agradable.

El encapuchado abre su impermeable muy lentamente y mete la mano dentro.

—Quieto.

La tensión aumenta y Aitor roza el gatillo, al mínimo gesto sospechoso va a tener que matarlo.

—Aquí están las respuestas que busca, aunque tal vez no quiera saberlas, es más fácil creer que soy un asesino psicópata y matarme. Voy a sacar un cuaderno, puede elegir meterme un tiro o dejar que lo saque.

El chico continúa con un movimiento lento, Aitor lo analiza fijamente; si saca cualquier cosa que no sea una libreta disparará. Intenta calmar su respiración, no es momento para fallar. El encapuchado saca un cuaderno negro que deja caer al suelo.

Por el bosque se acercan unas luces y voces de los guardias. Sagasti lidera el grupo, han llegado refuerzos, han dejado a Miguel con la ambulancia y lo están buscando.

El chico ve cómo las luces del bosque se van aproximando a la verja.

—Adiós, sargento.

El encapuchado se da la vuelta, cojeando, alejándose lo más rápido que puede.

—¡Te he dicho que como te muevas te mato! —grita.

Aitor dispara tres veces su arma.

CAPÍTULO 14
IREN

Sagasti, Salazar y Leire corren hacia el lugar donde han escuchado los disparos y se encuentran a su sargento arrodillado en el suelo, esposado a la verja. Muy en el fondo ven una silueta perderse en el bosque.

—¿Está herido, señor? —se preocupa Sagasti.

—Estoy bien. Id tras él. He disparado al aire para que vinierais —responde Aitor.

Leire y Salazar saltan la reja lo más rápido que pueden y van detrás del chico.

—Sagasti, dame esa llave y ve al coche por una bolsa de pruebas.

Sagasti se da prisa en saltar la verja y quitarle las esposas a su jefe. No tarda un segundo en volver a saltar de vuelta e ir al coche por la bolsa de pruebas que le ha pedido.

Cae una lluvia suave pero imparable y Aitor coge el cuaderno con la chaqueta para no borrar ninguna posible huella y evitar que se moje en los charcos que se están formando.

El teniente que ha venido de Madrid examina el despacho de Aitor y termina sentándose en la silla. Es un hombre alto, el pelo lo cubre su gorra, pero el que se deja ver al igual que su espesa barba es de un blanco cano. Tiene una mirada que mezcla la curiosidad con una constante evaluación.

Sagasti está en posición militar esperando órdenes.

—Que pase el sargento Izaguirre y el cabo García —ordena el teniente.

El cabo asiente y se retira con pose militar.

A los pocos segundos entran Aitor y Miguel, mojados y el cabo con una venda en el brazo, pero ambos con cara de derrota hacen el saludo reglamentario.

—Teniente —saludan a la vez.

El teniente se sienta en la butaca de Aitor y pone la gorra en la mesa.

—Siéntense —señala las sillas frente a él—. Les tengo que informar que, debido al último incidente, van a llevar los del SECRIM el caso, así que por su salud física y mental están fuera, pueden descansar.

Aitor quiere protestar, pero se muerde la lengua, sabe que es inútil y solo empeorará las cosas.

—Les harán un examen psicológico y volverán a sus puestos, en unos días, si necesitamos de su colaboración en el caso, estaremos encantados de contar con ustedes. ¿Tienen algo más que contarme del caso que sea útil para sus compañeros?

El cabo todavía está visiblemente traumado y no articula palabra, solo niega con la cabeza. El sargento mete la mano en la chaqueta, tantea el cuaderno negro, pero se detiene. Al final, saca la mano sin nada.

—No, mi teniente.

—Pues vayan con el psicólogo y tómense unos días libres. Ya les avisaremos cuando puedan incorporarse.

Se están levantando cuando el viejo teniente para a Miguel.

—García, espero que ningún periodista vuelva a saber información confidencial, o no solo estará fuera del caso. ¿Está claro?

—Sí, mi teniente —responde con un hilo apagado de voz.

El cabo se retira como un zombie, Aitor no intenta detenerlo. El cuartel se queda vacío poco a poco, pero el sargento se queda en una sala con un flexo y abre el cuaderno, parece un diario, al menos así está escrito.

El autor es Iren Arismendi Yarro.

Sin leer nada más el sargento llama a Salazar que está de patrulla ahora. Le ordena que vaya a vigilar esa casa hasta nuevo aviso, el cabo se resiste a la orden, pero sabe que, aunque su sargento ahora esté fuera del caso, cuando se vayan los del SECRIM él seguirá aquí.

Aitor empieza a leer el 15 de septiembre de 2008.

***

Es el primer día de instituto. El edificio blanco se levanta imponente frente a mí, y mis piernas tiemblan de pura emoción, pero también de miedo. Hay miles de niños, como si el mundo entero hubiera venido a este lugar, de todas las edades, de todas partes. Al frío de la mañana nos reúnen a todos en un patio enorme, tan grande que puede contener a todo el colegio donde estuve antes. Busco a mis antiguos compañeros; no sé con cuántos coincidiré, pero si todo sale mal, al menos nos veremos en el recreo.

Cuatro profesores se colocan frente a nosotros. Comienzan a decir nuestros nombres. Cada niño que mencionan se une a la primera fila con el profesor que lo llama; esa es la clase A. Veo cómo la fila crece hasta que hay unos treinta niños, y entonces el siguiente profesor comienza. Mi nombre resuena en el aire, y avanzo tímidamente hacia la

fila. Me coloco detrás de una niña que no he visto en mi vida, y mis ojos recorren los rostros de los demás. ¡No conozco a nadie! Un escalofrío de terror me recorre de pies a cabeza. Pero justo cuando pienso que estoy solo como la una, escucho un nombre familiar.

—Ander Mihura Espada.

El alivio me invade. Cuando todas las clases están formadas, corro hacia Ander. Nos quedamos en el patio, hablando con los pocos compañeros del colegio que reconozco, pero ninguno ha coincidido en nuestra clase. Mientras tanto, los alumnos de segundo, tercero y cuarto de la ESO hacen sus propias filas. Y cuando todos saben en qué clase les toca, una alarma suena fuerte y estridente, que corta el aire como un cuchillo. Y entonces, el caos.

Una masa uniforme de niños empieza a entrar lentamente al edificio. Ander y yo nos dejamos llevar, arrastrados por la masa hasta un pasillo interminable, flanqueado por puertas a ambos lados. Miramos a nuestro alrededor, perdidos en este nuevo territorio, mientras cientos de niños corren de un lado a otro como una estampida de búfalos. Algunos salen de las clases, otros aparecen fugazmente en los pasillos. Nos detenemos frente a cada puerta, leyendo los carteles, buscando desesperadamente el que ponga «1º B».

Finalmente, llegamos a una puerta que parece diferente a las demás, aunque solo sea porque un grupo de niños ya se ha reunido alrededor. El cartel en la puerta pone «1º B». Miro a Ander, y él me devuelve una sonrisa que, aunque pequeña, me llena de un poco más de valor. Entramos juntos, como si eso fuera suficiente para mantener a raya todo el miedo que llevamos dentro.

Entran profesores y se presentan. Explican sus asignaturas y vamos poco a poco rellenando el horario de la semana. Cada asignatura un color, Mates rojo, Lengua azul, Ciencias verde, Educación física lo puse en amarillo y Sociales con gris, tuve que improvisar con los colores que tenía.

Entre clase y clase conocemos al peor niño de todos. Álex es unos centímetros más alto que los demás y con un bonito pelo rubio, pero lejos de ser simpático se dedica a molestar. Le da igual quién seas, cualquier excusa parece ser suficiente, tener gafas, aparato, mirarlo, sonreír… Un chico le respondió en educación física y se llevó un puñetazo en el estómago. Ander y yo nos miramos en la última clase, nos leímos las mentes, teníamos que hacernos invisibles para ese niño o sufriríamos las consecuencias, los dos lo teníamos claro.

***

Aitor cierra el cuaderno con un suspiro. Se frota los ojos, agotado, y se dirige a la máquina por un café. Uno fuerte.

Con el café humeante en sus manos, regresa a su silla, pero no vuelve a abrir el cuaderno de inmediato. Deja que el líquido caliente le despierte, sus pensamientos revoloteando en torno a las palabras que ha leído hasta ahora. Le asaltan recuerdos de su niñez, pero intenta evitarlos y se pone manos a la obra.

Sigue leyendo, son días normales de instituto, las mismas historias repetidas. El chico de las páginas consigue ser invisible para el abusón, aunque no siempre. Algún día le bajaron los pantalones o le quitaron el bocadillo, pero eso era todo. Álex tenía otros en su mira, otros más débiles, más fáciles de quebrar. Se detiene y lee más atentamente el 13 de agosto de 2010 y el 20 de septiembre de 2010.

***

Tengo un cachorro de seis meses, mi padre me lo ha traído de su viaje, se llama Laboon, como la ballena de One Piece. Es un perro de agua andaluz, tiene el pelo marrón y rizado, me hace gracia. Es un bonito día, así que he decidido ir al río, así paseo a Laboon, también me llevo apuntes viejos. Con ellos voy a hacer barcos de papel y ver cómo navegan. Puede que alguno le ponga una cerilla y vea cómo se consumen, como un funeral vikingo. Me paso por casa de Ander para enseñarle a mi nuevo amigo, pero su madre me dice que ya ha salido.

Así que me voy sin él, camino por el bosque en dirección al río, disfrutando de la calma del verano y los sonidos del bosque. La paz del agua corre por el río y los pájaros cantan. Observo a Laboon jugar con

cada bicho, palo o piedra que ve. La felicidad se acaba cuando llego a un claro entre los árboles, me detengo en seco. No puedo creer lo que estoy viendo.

Álex está allí, con Ander y otro chico. Han rodeado a un compañero de clase, uno de los que siempre molestan. Ni siquiera en verano ese cabrón lo deja en paz. Me escondo detrás de un árbol, el corazón latiendo en mis oídos. No quiero que me vean, no quiero ser el siguiente, acaricio a Laboon y rezo porque no ladre. Pero, ¿qué diablos hace Ander con él? Álex le da vueltas al pobre chico, lo marea hasta que finalmente lo empuja al río. El agua lo recibe con un chapoteo, y ahí se queda, llorando en silencio, sin molestarse en salir. Álex se ríe, sigue su camino como si nada, y Ander… Ander lo sigue, como si también se divirtiera con él.

Primer día de clase después del verano. Me gusta empezar el instituto un lunes, es como que le da más coherencia a todo, como si fuera un trabajo, así tienes un motivo para odiarlo más. Álex ha encontrado una nueva víctima, un chico nuevo que no sabe en la clase en la que ha caído. Lo empuja, se burla de él, y luego le abre la mochila. En un movimiento rápido, la vacían por la ventana, y los libros y cuadernos caen al suelo como hojas muertas. No puedo mirar. Ander está allí, justo a su

lado, sujetando al chico mientras se ríe. Me duele verlo con esa gente, pero supongo que se dio cuenta de cuál era el grupo con el que evitaría las palizas y el acoso durante todo el instituto. Yo no estaba en ese grupo claramente. De hecho, no estaba en ninguno. Me había especializado en ser invisible, así que no hice nuevos amigos en la clase del año pasado y mi único amigo había cambiado de bando, ahora tenía que sobrevivir solo.

Llegó el recreo y saludé a Ander.

—No te he visto apenas este verano.

—Sí, he estado liado.

—¿Sabes que me he traído?

Abrí levemente la mochila mostrando mi Game Boy SP, aparte del Pokémon Rojo Fuego y el Zelda de las Cuatro Espadas, me había traído el juego de naves que tanto le gustaba a él.

—¿Jugamos?

Ander aceptó y ese recreo volvió a ser como los anteriores, tal vez me había preocupado por nada. Al Zelda jugamos a una muerte cada uno igual que al de naves, aunque a él se le daba mejor. Jugamos y hablamos hasta que la sirena nos hizo volver a la aburrida clase.

Por fin termina el primer día. Yo tardo siempre un poco más en recoger, Álex y los demás salían como una estampida nada más sonar el timbre, así no me

lo encontraba, una técnica más de supervivencia que había aprendido con los años. Pero al salir me encuentro a Álex con Ander y Andoni, sentados en el muro del patio jugando a una Game Boy, azul, como la mía. Nunca los había visto jugar a una consola y un escalofrío me recorrió el cuerpo. No podía ser, simplemente era una casualidad. Nervioso abrí mi mochila y busqué en cada rincón.

No estaba.

No. ¿Cuándo? Si solo Ander sabía que… Entonces un golpe de fuego me ardió desde el corazón y se extendió por todo el cuerpo. Me acerqué a ellos, tenía miedo, ganas de llorar, rabia y no sabía cómo gestionarlo.

—Álex, esa es mi consola.

El monstruo levantó la mirada levemente durante un segundo y volvió a la pantalla, como si yo fuera un simple insecto, una mosca cojonera que revoloteaba cerca.

—¿Qué dices? Me la ha dado mi nuevo amigo, ¿verdad, Ander?

—Exacto, Iren, mejor vete y déjanos. ¿No ves que nos estás molestando?

Mi rabia explota como un volcán, mi mente no razona. Soy una marioneta controlada por el odio. Empujo a Ander hasta tirarlo al suelo y le arranco de las manos la consola al matón. Mi cuerpo me grita

que coja la mochila y corra, pero no me da tiempo a reaccionar, un puñetazo me tumba al suelo, antes de poder saber dónde estoy y qué hacer los tres empiezan a patearme en el suelo, solo puedo protegerme inútilmente. Cuando me protejo un lado por el desprotegido un golpe me hace retorcerme y liberar el otro lado donde recibo de nuevo una patada. Cuando los golpes paran sigo unos minutos en el suelo, una parte por el dolor que siento y otra por miedo a que si miro sigan ahí. Reúno el valor para mirar. Ya se han ido, me levanto con dolor apoyándome en el muro en el que estaban sentados. Camino hasta mi casa, tardo más en llegar porque voy a paso de tortuga. Después de comer mi madre no me ve jugando y me pregunta por la Game Boy, le digo simplemente que la había perdido. Al igual que a tu mejor amigo, me susurra mi mente.

***

Maider llama de nuevo a Aitor, el sargento pone el móvil en silencio, no va a volver a casa hasta que termine de leer esto, no puede distraerse. Por ahora lo que ha leído parece una venganza del dueño del cuaderno a Álex y Ander. No ha leído nada sobre los otros. Aun así le sigue pareciendo excesivo, por un robo y una traición cuando tenía doce años. Le echa un poco de whisky al café. Le da un sorbo y le viene a su mente cómo pegaba a Patxi cuando eran pequeños. ¿Fue él también el Álex de Patxi? termina preguntando inevitablemente su cabeza. Evita pensar en eso ahora y pasa las páginas. Buscando una frase, un nombre o algo que lo lleve a

entender qué tiene que ver este diario con lo que está pasando o si solo es una distracción.

CAPÍTULO 15
EL DOLOR DEL PRIMER AMOR

—Señor, no puedo vender alcohol a estas horas.

Miguel no necesita decir nada, solo su rostro serio y sus ojos de pocos amigos fueron suficiente para hacerle entender al dependiente que se iba a llevar esa botella sí o sí. Coge la botella, la abre ahí mismo y le da un trago. El hombre no dice nada, el cabo va con el uniforme de la Guardia Civil y no quiere problemas.

—Hoy vas a hacer una excepción.

Le deja el billete y sale de la tienda.

El cabo pasea por el bosque, necesita silencio, reorganizar sus pensamientos mientras cada pocos pasos da un trago a la botella. Intenta borrar muchas cosas de su mente, pero siempre llegan pensamientos dolorosos si no es el engaño de Laura es la culpa por no salvar al chico. Su cabeza se llena de las imágenes felices de una vida con la periodista que no pudo ser, se había enamorado de una ilusión, de una fantasía, de un engaño.

Toda esa vida que imaginó se había esfumado como la niebla de la mañana. Lo habían engañado como a un niño estúpido e ilusionado con una mentira de los mayores. La rabia le consume y las lágrimas le humedecen los ojos. Se para frente a un árbol, saca la pistola, grita y dispara sobre la corteza vaciando el cargador. La mano vendada le duele al estirar la piel quemada con cada disparo, pero no le importa. Los animales de alrededor huyen del estruendo de los disparos a toda velocidad. La savia fluye por el árbol como sangre, él sigue adentrándose en el bosque cada vez más oscuro como sus pensamientos.

A los minutos de estar andando como un zombi, la botella se le resbala de la mano y se rompe contra una roca. No se lamenta de la pérdida, ya le quedaba poco de todas formas, así que sigue caminando. Le cuesta caminar por el alcohol y el terreno lleno de agujeros, piedras y ramas no ayuda a que sea fácil. Se tambalea a cada paso, con la pistola en la mano vendada que sigue sujetando fuertemente sintiendo el dolor, como si aferrarse a ese dolor fuera el recuerdo de que está vivo. Escucha un ruido extraño en el bosque y unas luces que lo atraen.

Unos adolescentes tienen montada su fiesta en mitad del bosque, tienen los faros del coche encendidos, la música a tope y en el maletero se forma una fila donde tres adolescentes se van sirviendo las copas.

Amaya está nerviosa, se ha dejado convencer por su novio para ir al botellón, pero ella está asustada, no puede dejar de girar la cabeza a todos lados del bosque buscando una ver sombra que no debería estar, cada ruido, cada movimiento de los matorrales hace que agarre más fuerte a su amiga. Todos han oído lo del monstruo, a algunos les ha dado más igual que a otros y ríen borrachos. Pero a ella no, desde luego el miedo no le ha dejado ni tomarse una copa en paz. Sus peores pesadillas se hacen realidad cuando encima de la colina a contraluz de la luna ve una figura humanoide contemplándolos. Grita aterrada y su amiga la sigue al ver dónde señala. Los adolescentes acuden rápido al grito y miran a la cima de la colina donde señala la chica asustada.

—¡Es el monstruo!

Empiezan a gritar.

Miguel ve unas figuras abajo, escucha como lo llaman monstruo.

¿Soy un monstruo por no haber salvado al chico? ¿Acaso hubierais hecho otra cosa? ¿Qué sois?

Las imágenes del chico gritando, como sus ojos pedían que lo salvase, la carne quemada, el olor y el humo. Todo eso le viene a la mente mientras las voces acusadoras lo siguen llamando monstruo. La rabia vuelve a él y grita a las sombras humanoides.

Algunas sombras corren. Otras tres cogen palos y amenazan al monstruo.

—Ven aquí escoria, vamos a matarte.

—No nos das miedo.

Miguel vuelve a cargar el arma y empieza a disparar como cuando disparó al árbol, las balas rompen los cristales del coche y lo agujerean. Los que todavía tenían un poco de valor ahora no dudan en correr. El cabo sigue gritando de rabia a pleno pulmón hasta gastar el cargador. Los faros del coche ya no alumbran, los cristales están rotos o con agujeros a punto de romperse en mil pedazos y la carrocería también tiene agujeros por todas partes. El motor, la música y las voces llamándole monstruo desaparecen. Vuelve el silencio de la noche, la paz. Da unos pasos, pero irremediablemente tropieza torpemente y rueda colina abajo hasta que un árbol para su cuerpo inconsciente.

Aitor continúa leyendo el diario, pasa página tras página, los meses que se vuelven repetitivos, palizas y recreos solos de Iren sin mucha información importante. Hasta que lee un nombre que le hace abrir los ojos de par en par, vuelve y lee detenidamente el día 23 y 24 de noviembre de 2010.

***

Álex y los demás tampoco me han pegado hoy. Llevan dos semanas sin hacerlo. Creo que les aburre que no llore cuando me golpean, o que

intente devolver alguna patada. Ojalá siga así, ojalá me dejen en paz.

La sirena del recreo suena, tranquilamente recojo mis cosas y me giro para buscar mi bocadillo. Pero cuando vuelvo al frente con mi bocadillo en la mano, allí está ella. Arantxa está sentada en mi mesa, mirándome con esos ojos que podrían detener el mundo. ¿Qué, quién es Arantxa? Es la chica más guapa del instituto. Sí, está en mi clase. Sí, está sentada en mi mesa. Y sí, me está sonriendo. Me pellizco el muslo debajo de la silla, pero sigue ahí.

—Hola —saluda, su voz como música—. Oye, mi amiga ha faltado y no tengo con quién pasar el recreo. ¿Te gustaría que lo pasáramos juntos?

Mi corazón explota en mil pedazos, o eso me parece. Intento hablar, pero las palabras se me atoran en la garganta. Solo consigo asentir como un tonto. Y ahí estamos, comiendo juntos, yo al lado de la chica que me ha gustado desde parvulario y para la que creía que era invisible. Hacemos bromas sobre los profesores, hablamos de lo que queremos estudiar, y todo se siente irreal, como si estuviera en un sueño del que no quiero despertar. Sé, en ese momento, que este día lo voy a marcar como el mejor de mi vida.

Terminamos de comer y caminamos hacia un murito donde el sol nos baña con su luz cálida. Nos

sentamos, y de repente, siento cómo su mano se entrelaza con la mía. Mi corazón late tan fuerte que casi puedo oírlo. Estamos ahí, tomando el sol, agarrados de la mano. Si la felicidad se pudiera definir, sería esto que estoy sintiendo ahora. El sol me envuelve, llenándome de una energía que nunca había sentido. Con un suave movimiento de mi pulgar, acaricio el dorso de su mano. Su cabello brilla al sol, dorado como un campo de trigo en pleno verano, y su rostro… su rostro es la misma definición de la belleza.

En ese instante, sé que haré lo que sea para que este día se repita. Lo que sea para enamorarla, para pasar el resto de mi vida con ella. El estridente y odiado sonido de la sirena del final del recreo nos engulle y todos caminamos como ganado al matadero, esta vez el sonido de la alarma fue el más amargo y estridente que jamás había oído. Esta vez no solo había interrumpido mi descanso y mi paz, sino que había hecho que terminara mi felicidad. Pero bueno, se me olvida al instante pues los dulces labios de ella me besan la mejilla y se despide con una sonrisa. Yo sigo su perfume y su pelo al viento como un perro un hueso. Embobado y procesando que me acaba de dar un beso.

Entramos en la clase, y me meto en mi papel, vuelvo a ser invisible. Mi mente recorre los últimos

recuerdos del recreo mientras la miro desde mi pupitre. Al final de la clase, no me da tiempo a pararla y se va con una amiga.

Bueno, mañana en el recreo podremos estar juntos de nuevo.

Me he levantado con una sonrisa, mi madre se ha sorprendido de mis ganas de ir hoy al instituto. Me he duchado y me he echado unas gotas de perfume de mi padre, algo sutil. Me he puesto mi camiseta de la suerte y he estado media hora buscando el peinado perfecto. En las clases solo puedo pensar en los bonitos ojos de Arantxa, su sonrisa y su pelo al viento. Pasan las tres primeras horas. En la última hora no puedo dejar de mirar el reloj, el tiempo me parece infinito y mientras más lo miro más lento parece que pasa. Cuando se acerca la hora de la sirena me pongo nervioso, cada minuto mi corazón va más rápido como si quisiera salir del pecho. Por fin suena. Algunos salen corriendo. Otros recogen minuciosamente y yo me dirijo lentamente a ella.

No sé de dónde saco el valor, creo que mi cuerpo actúa solo y le doy un beso en la mejilla como ella ayer al despedirnos. Pero algo iba mal. Me empuja histérica, me apoyo en una mesa para no caerme.

—¡¿Qué haces?!

Dejo de ser invisible, un silencio sepulcral invade la clase y todas las miradas se centran en mí. Ella no

parece la misma, su sonrisa se ha convertido en una mueca de asco.

—Yo… solo, ayer… pensaba.

—Lo de ayer era un simple juego, una apuesta.

Siento como la respiración se me corta. Intento tragar saliva, pero tengo un nudo en la garganta. Mis ojos se humedecen y las lágrimas se resbalan.

—¿Oh pensabas que me había enamorado de ti? —se burla ella.

Ella, sus amigas y varios chicos de alrededor rompen a reír. Me quiero morir. No basta con que la tierra me trague, necesito que olviden mi existencia. La vergüenza y la tristeza me derrotan y rompo a llorar. Solo puedo correr, pues no sé desaparecer como me gustaría. Busco la esquina más oscura y solitaria del recreo, donde ni buscándome el mismísimo Dios me pudiera encontrar. Lloro hasta que me quedo sin lágrimas, no como ni voy a volver a por mi bocadillo, solo quiero volver a casa. Suena la alarma y como un zombi regreso a clase. Las tres horas siguientes pasan, mi mente está en shock, solo puedo agachar la cabeza y ver la hoja en blanco de mi libreta. Termina por fin este horrible día y recojo la mochila. Cuando me dispongo a salir veo que Álex, Ander y su grupo no se han ido como lo hacen normalmente, están en la puerta esperando y mirándome serios. Me quedo congelado en mi sitio.

Se van todos los niños menos ellos, que cierran la puerta del aula. No me dicen nada, no me dan explicaciones, me rodean, me golpean, me tiran al suelo y me pisotean hasta que se quedan sin energía.

—Cómo te vuelvas a acercar a Arantxa te mato —amenaza Álex con su pie en mi cabeza.

***

El sargento deja de leer. La imagen de Patxi con la cabeza chorreando sangre le viene a la mente. Se toca levemente la cicatriz de la mejilla. Su mano derecha tiembla un poco igual que su móvil ante una llamada de su mujer, que sigue ignorando. Se levanta y pide otro café solo en la máquina que rellena con su petaca. Ya no hay nadie excepto un cabo en la entrada por si hay alguna emergencia, pasea solo por el cuartel ordenando sus pensamientos de regreso a la mesa. Un trago y unos minutos calman su mente. Suspira y continúa leyendo, pasa las páginas de ese año por encima, se repiten las palizas y el acoso. Se detiene a leer con más detalle el 23 de mayo de 2011.

***

El pasado viernes terminó «Sé lo que hicisteis», hoy cuando vuelva del instituto no va a haber nada que me vaya a hacer reír. Eso me ha hecho levantarme de la cama menos optimista que nunca. A primera hora, matemáticas, no sé a qué genio se le ocurre poner la asignatura más difícil cuando tu cerebro es solo una masa de estiércol. La segunda hora es historia, me gusta, aunque este profesor es

un muermo, su voz es monótona y bajita como si quisiera que te durmieras en su clase. La tercera es inglés, me gusta, pero no se me dan bien los idiomas, aunque poder comunicarte con casi cualquier persona tiene que ser como un superpoder. La cuarta hora es Educación Física, no soy muy bueno, pero me defiendo. Claramente me dejan el último para jugar al fútbol y no me pasan el balón, no es ninguna sorpresa. Termina la clase y suena la sirena del recreo. Entre el hambre y el cansancio, camino en piloto automático, cojo mi bocadillo y voy al baño. Abro el grifo y me mojo la cara.

—¿Qué haces aquí?

La voz de una chica suena detrás. Me vuelvo, veo a Arantxa con Zaira e Itziar. En ese momento me doy cuenta de que me he equivocado de cuarto de baño.

—Me he equivocado, perdón.

Me voy a ir, pero Arantxa se interpone y me para.

—¿Sabes lo que le pasa a los mirones? No te vas a ir así como así. Vamos, arrodíllate —ordena ella seria.

Miro a las demás buscando alguna salida, pero solo sonríen y le siguen el juego.

—No soy un mirón, simplemente me he equivocado, solo quería lavarme la cara.

—Como no te arrodilles voy a tener que decirle a los profesores que me has intentado tocar. Por no decir lo que te hará Álex.

—¿Qué? ¡Pero eso es mentira!

—Ellas son mis testigos.

Una chica va a entrar en el baño, pero cuando ve a Arantxa y las demás vuelve a cerrar y se va.

—Arrodíllate.

Me arrodillo, si juego a su juego, puede que terminemos antes con esto.

—Lo siento, chicas, perdón.

—Así me gusta.

Las demás ríen.

—¿Me puedo ir ya?

—Lámeme los zapatos.

Creo que es broma y me río, pero entonces me pega una patada en el estómago y me pone el pie frente a la boca. Tardo unos segundos, pero termino lamiéndole las zapatillas. Ella sonríe satisfecha, intento irme pero me vuelve a parar.

—Chicas, no hemos pensado que a lo mejor Iren quiere ser una chica, por eso ha entrado en el baño, vamos a enseñarle a maquillarlo.

¡Por Dios! En qué puto momento me equivoqué de puerta, soy idiota.

Antes de que pueda negarme, tengo a las tres encima mía pintándome los labios y poniéndome

mierda en la cara. Cuando ellas creen que estoy terminado me hacen verme en el espejo, mientras se ríen y fotografían su divertida obra de arte.

—¿Ves, Iren? Pareces una puta, ¿no estás feliz? Vamos, sonríe.

Otra chica entra en el baño y vuelve a salir al ver la escena. Yo intento irme, Arantxa se pone en medio, pero ya estoy harto y la empujo. Cuando la empujo, las amigas gritan histéricamente, me empiezan a golpear y me tiran de los pelos impidiendo que salga.

—¿Qué haces, hijo de puta?

¿Te gusta pegar a las mujeres?

Las tres empiezan a empujarme con violencia, cada vez va a más y terminan pegándome puñetazos y patadas. No son tan fuertes como las de Álex, así que no me cuesta soportarlo. Arantxa me coge del pelo y me arrastra al váter. Me mete la cabeza y me ahoga repetidamente poniendo todo el peso de su cuerpo en mi cabeza. Cuando me levanta la cabeza para coger aire me insulta.

Suena la sirena.

—Arantxa, cuidado que lo vas a ahogar —la para Zuria, preocupada.

—Vamos, ha sonado la sirena —la llama Itziar.

Ella me hunde una última vez con rabia, como si mi propia existencia fuera la raíz de todos sus

problemas, el mismo mal. Luego se van. Por fin me dejan.

Toso.

Cojo aire.

Vomito.

Respiro y escupo.

Me limpio la boca y la cara del maquillaje que me queda.

Lloro y me quedo en el baño toda la hora.

Aprovecho la sirena del fin de la clase para entrar en clase a coger mi mochila, aunque ya Álex había aprovechado y la estaba tirando por la ventana. Bajo, la recojo y me voy. Paseo por el bosque hasta que llego a mi casa, he llegado muy pronto, así que me quedo sentado contemplando la profundidad del lago que está al lado de mi casa. Si me hubiera quedado unos segundos más en el agua del váter hubiera terminado todo. Ese pensamiento me trae más calma que terror. Entonces Laboon se acerca corriendo y me saluda. Es increíble que me haya olido o visto desde el otro lado del lago. Juego con él hasta que ya es la hora normal de volver a casa y vamos los dos dentro.

***

El sargento sigue leyendo, pero cada día es un infierno, una paliza, una burla, una humillación. Parece que Álex deja de fijarse en los demás y ya solo se divierte con Iren. El chico calla y los

profesores no se quieren meter. Su madre va a hablar con los profesores cuando ve demasiados moratones en el cuerpo del niño, pero se repite la frase «son cosas de críos». Los días avanzan, tan rápido como Aitor pasa las páginas. Cada vez escribe menos y tiene menos que contar. Los veranos los pasa paseando a su perro, viendo series y películas. Evita los sitios que no sean el bosque, porque sabe que puede encontrarse con Álex y los demás. Pasa páginas hasta que empieza a escribir más de repente. Se para a leer el 7, 8, 11, 12 y 13 de octubre de 2012.

CAPÍTULO 16
AIORA

Hoy me ha agregado una chica a Tuenti. Se llama Aiora y es una chica gótica. No puedo parar de cotillear sus fotos mientras hablo con ella, tiene los ojos verdes y el pelo corto. Tiene varios tatuajes de grupos, como Slipknot, Nirvana, Linkin Park y Rammstein. Va siempre de negro, pero tiene unos vestidos preciosos como si fuera una princesa del siglo XVIII. Se pinta los labios de un rojo vino o directamente azabache y su piel es blanca como la de una vampira.

Sigo hablando con Aiora, vive cerca, es de Pamplona, le he contado cómo intento sobrevivir en

el instituto. La verdad que me gusta hablar con ella. Me cuenta cómo es su grupo de amigos y que van a un pub de rock por las noches. En este pueblo solo hay dos sitios y ninguno me gusta. Encima ahora ha comenzado la feria del pueblo. Gente borracha por todos lados, poder encontrarme a Álex y compañía borrachos, todo son desventajas. Le gustan los animales, ella tiene un gato negro como las brujas. Yo le enseño fotos de Laboon tumbado en su cama. Dice que le parece mono, que se parece al dueño.

Ya salgo el primero de clase, incluso antes que Álex, recojo cuando quedan cinco minutos para terminar y cuando toca la sirena salgo pitando. Solo quiero llegar a casa y hablar con ella. Hoy tarda en conectarse, pero lo hace. Me confiesa que su vida también es una mierda, se ha peleado con su padre, está castigada, no le deja salir y que sus amigos pasan de ella. Que nadie la entiende excepto yo. Me ha dicho que si no fuera por mí estaría llorando todo el día. Eso me ha puesto triste y a la vez feliz. Le he dicho que yo siempre estaré a su lado, que lo juro por mi vida.

Me ha invitado a ir a su casa para la feria de Pamplona que es en julio. Sus padres están todo el día fuera en la feria y que podríamos estar todo el día juntos. Por una parte, me parece un sueño, pero le tengo miedo a su padre, no sé cómo se tomaría

encontrarse conmigo a solas con su hija en su casa. Le digo que he visto la última foto que ha subido y que está preciosa, pero ella me confiesa que no le gusta su cuerpo. Que para ella es fea. Me manda fotos de sus piernas, que para ella son gordas y feas. Entonces yo le escribo que no diga tonterías, que yo daría lo que fuera por besar cada rincón de su piel. Pulso la tecla y el mensaje se envía. Me arrepiento en ese segundo, pero ya está hecho. No sé si apagar el ordenador y esconderme en la esquina más oscura de mi habitación. Pero para mi sorpresa ella me manda un emoticono sonrojado y me dice que soy muy mono. Y la frase que hace que mi pulso se acelere: «¿Quieres ver más?», «Claro». Es lo único que puedo responder. Me manda más fotos en las que veo su cuerpo desnudo, su piel pálida brilla como la porcelana a la luz del flash del móvil. En todas ellas está tumbada en la cama y no sale su cara, solo su boca enseñando la lengua. Escribe: «Ahora quiero verte yo», excitado me quito la ropa y me tumbo también en la cama. Hago fotos, pero ninguna me parece que sea digna para dar una primera impresión de mi cuerpo. Nunca me ha molestado ni disgustado mi cuerpo hasta ahora. Ojalá fuera más musculoso, más moreno o tuviera pelo en el pecho para parecer más mayor. Aunque tampoco sé si eso le gustaría a ella. Así que me

resigno, todas las cartas están sobre la mesa, mando las fotos en las posturas más originales y sexis que encuentro. Su reacción parece buena, dice que le gusta todo lo que ve. Estoy flipando. Hablamos un poco más hasta que se despide porque se va a dormir, pero que soñará con las fotos que le he mandado. Yo no tengo ninguna duda de que haré lo mismo.

Me he levantado tarde. Como rápido y salgo corriendo. Ayer me quedé hasta tarde hablando y me ha costado madrugar. Consigo llegar a tiempo al instituto. Llego a la clase y me siento, pero noto algo raro.

Todos me miran.

Miro a ver si con las prisas, voy despeinado, tengo algo en la cara o la ropa al revés, pero todo parece en orden. Cuando empiezo a pensar que son imaginaciones mías.

El grupo de Álex, Ander y Andoni se acercan. Eso no puede ser nunca nada bueno. El Ku Klux A, como yo los llamo, claramente no en su cara. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo y Andoni habla.

—¿Qué pasa, Iren?, parece que Aiora te dejó caliente anoche, ¿no?

Me quedo petrificado. No entiendo cómo Andoni conoce la existencia de Aiora y mucho menos lo de

anoche. Entonces saca el móvil y enseña una de mis fotos desnudo de las que le mandé anoche a Aiora.

—Andoni el mejor hacker —revela Álex entre risas y golpes de orgullo a su amigo.

Entonces lo entiendo todo y me voy de allí. En el pasillo me encuentro al profesor que me pregunta dónde voy. Me da igual la escuela y que me regañen, quiero salir de ese infierno. Camino por el bosque hasta que caigo llorando al suelo. Todo el instituto tenía en sus móviles mis fotos. La persona que me mantenía fuera del infierno, con la que pasaba día tras día era falsa, Andoni se había hecho pasar por Aiora. Ese hijo de puta había gastado tiempo para ganarse mi confianza, solo para poder burlarse públicamente de mí. Qué clase de demonio era. Mis lágrimas no son por la humillación de las fotos, las burlas ni el engaño, lloro porque me había enamorado de Aiora, mi primer amor fue una apuesta y mi segundo una falsa. Me quedo sentado en el bosque, hasta que me entra hambre y vuelvo a casa.

***

Aitor para un momento de leer, ahora todo cuadra. Tiene un móvil válido, cada uno de los chicos que han sido atacados y torturados abusaron de él de alguna manera. Le queda poco del diario, aunque ya tiene todas las respuestas, algo le incita a seguir leyendo, puede que la misma curiosidad humana o porque quiere encontrar más respuestas.

Laura no ha podido dormir. Ha llorado en silencio hasta que se ha dormido Aingeru. Con sigilo, lentamente, con unos movimientos lentos y delicados sale de la cama. Se asegura de que está dormido, lo examina unos segundos con atención. Deja la habitación desnuda y descalza, quiere hacer el mínimo ruido.

Llega a la entrada del hostal donde tiene el ordenador. Ninguna contraseña lo protege y ella puede buscar los videos sin ningún problema. Si no los encuentra no tendrá problema en destruir el disco duro. Por fin encuentra los videos. Son miles, no solo la ha grabado a ella, se dedicaba a chantajear a cada persona que se acostaba en su hotel con alguien que no debía, maridos engañando a sus esposas, amantes, prostitutas, relaciones homosexuales llevadas en secreto, tiene material íntimo de todo el que ha pasado por ahí. Solo borra sus videos, porque lo demás le puede servir de prueba cuando lo denuncie a la guardia civil. Detrás de ella vuelve a escuchar el sonido de unas cadenas, que la hacen parar y girarse con miedo. Vienen de la puerta al final del pasillo, los ha escuchado también algunas noches muy levemente mientras intentaba conciliar el sueño. Apaga el ordenador y con cuidado cruza el oscuro pasillo hasta la puerta.

La abre.

No tiene claro lo que está viendo, la oscuridad es la dueña de la habitación solo rota por una ventana que deja entrar unos rayos de luna. Al estudiar la habitación no encuentra nada relevante, solo una vieja estantería de madera con cajas, unas sillas y un escritorio viejo. Entonces los sonidos metálicos vuelven a sonar bajo sus pies. Al fijarse mejor en el suelo ve una trampilla. La curiosidad es cada vez más fuerte, no puede evitar abrirla y bajar a la oscuridad. Desciende por los crujientes escalones de madera y cierra la trampilla detrás de ella con cuidado. Su corazón se acelera, el aire del sótano es nauseabundo, una mezcla de un aire viciado, rancio y un olor profundo a excrementos. Al llegar al pie de la escalera, una tenue luz amarillenta, que procede de una única bombilla de la habitación, revela la escena. En el centro del sótano, encadenada a una pared de piedra, hay una figura humana, apenas visible en la penumbra. Laura se acerca lentamente, y entonces la ve con

claridad. Es una mujer mayor, está desnuda como ella, de cabello canoso y enmarañado. Su arrugada piel pálida está manchada por golpes y cicatrices. Sus ojos, hundidos en cuencas oscuras, se alzan para mirar a Laura con una mezcla de desesperación y vergüenza.

La mujer está encadenada por el cuello, como un perro. En el collar puede leerse un nombre grabado «Aiora». La gruesa cadena de hierro roza su carne, se ve por las marcas rojas y purulentas en su piel. A su alrededor, el suelo está mojado, y frente a ella hay un cuenco metálico vacío.

—Dios santo… —son las únicas palabras llenas de horror que consiguen salir de la garganta de la periodista.

Laura siente como un escalofrío recorre su espalda al comprender la barbarie que tiene ante sí. Alguien baja a alimentar a aquella mujer como si fuera un animal, manteniéndola viva en condiciones miserables. La anciana alza una mano temblorosa, sus dedos huesudos y sucios se extienden como un ruego silencioso, o quizás un intento de tocar a Laura para ver si es real. Sin saber qué hacer, pero sintiendo la urgencia de actuar, se acerca más, decidida a liberarla. Sin embargo, el sonido de unos pasos que hacen crujir la madera encima de sus cabezas, la detiene en seco.

La anciana lo oye también, se estremece y se abraza a sí misma volviendo a la oscuridad. Antes Aingeru le parecía un simple chantajista pervertido al que no tenía miedo. Pero ahora su perspectiva ha cambiado bruscamente, es un ser monstruoso y temible. Si la ve allí, jamás saldrá con vida. Ojea rápidamente la habitación buscando algo con lo que ocultarse, pero está prácticamente vacía; hay un cubo de plástico de donde proviene el mal olor de los excrementos, donde parece que la mujer hace sus necesidades, también hay algunos trastos y cajas en las esquinas y un pequeño viejo mueble de madera al otro lado. La trampilla se abre. La periodista desesperada se esconde rápidamente debajo de las escaleras donde las sombras son más oscuras. Ahora solo le queda rezar para que su piel pálida no la delate en la oscuridad. Encima de ella unos pasos lentos bajan los escalones, tirando polvo a su cabeza. Cada paso hace que su cuerpo se estremezca, apriete con más fuerza la mano que tapa su boca, para evitar que ningún

sonido la delate, y sus latidos aumentan rápidos y veloces como si una maza estuviera golpeando un tambor en su pecho.

Aingeru termina de bajar las escaleras. Tiene un cartón de leche en la mano y se ha medio vestido con unas zapatillas y un pantalón de pijama.

—¿Creías que hoy me había olvidado de ti? —dice el chico mientras avanza hacia la anciana.

Llena el bol de leche y la anciana se lanza a beber con ansia.

Bebe como un perro, usa las manos para apoyarse en el suelo y con la cabeza metida en el plato bebe la leche salpicando de un lado a otro.

—Mamá come despacio, vaya que te atragantes.

Él le acaricia la cabeza como un animal que se ha portado bien. Laura observa horrorizada desde su escondite bajo las escaleras, sintiendo una mezcla de terror y náusea al ver la escena que se desarrolla ante sus ojos. Aingeru se agacha junto a la anciana, su expresión es casi tierna, pero hay algo en sus ojos, una chispa de odio, crueldad y dominación que lo traiciona.

Por muy insoportable que sea lo que está presenciando ella sabe que no puede hacer nada, porque cualquier movimiento en falso podría ser su final. Planea correr por las escaleras lo más rápido que pueda y encerrarlo ahora que está distraído. El pensamiento hace que inconscientemente dé un paso y pisa algo duro que se clava levemente en la planta de su pie. Lo retira rápido inconscientemente y suena un pequeño sonido metálico. Entre las sombras puede ver un destornillador de estrella parcialmente oxidado, que no había visto al esconderse.

De repente, Aingeru se detiene, su mano aún en el cabello de la mujer, y alza la cabeza, Laura se queda de piedra, ahora su corazón late tan fuerte que lo siente retumbar en sus oídos. El joven se queda inmóvil, escudriñando la oscuridad del sótano.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta Aingeru, su voz tranquila, pero con un tinte amenazador que eriza la piel de la chica.

La periodista siente el sudor frío correr por su espalda. No puede moverse, no puede hacer ruido, pero tampoco puede quedarse ahí para siempre. Sabe que, si él la encuentra, lo que le hizo a la mujer

encadenada será solo un prólogo de lo que le espera a ella. Intenta pensar en algo, cualquier cosa que pueda darle una oportunidad de escapar.

De pronto, la anciana le tira del pantalón. No le sorprende, es su manera de pedir más comida.

—¿Qué quieres más eh? —pregunta con cierto enfado.

Pero, vuelve a llenar el cuenco de leche.

Laura aprovecha ese pequeño margen para tomar aire. Sus ojos se posan en el destornillador oxidado. Se agacha lentamente, intentando no hacer el menor ruido, y extiende la mano hacia él. Coge el destornillador, solo se escucha un leve susurro del metal rozando el suelo de piedra, imperceptible para cualquier persona.

Pero, Aingeru se gira hacia la escalera. No sube. En su lugar, sus ojos se clavan directamente en el rincón donde Laura se esconde.

—Ya sabía que estabas aquí, Laura —dice con una voz tan suave que suena más aterradora que un grito—. No puedes esconderte de mí.

Una sonrisa perturbadora aparece en su cara, digna de la más horrible película de terror. Ella se queda paralizada por el miedo como un conejito bajo el acecho de un terrible lobo babeante que puede atacar en cualquier momento.

CAPÍTULO 17
FINAL DEL DIARIO

Aitor lee los últimos días del diario: 15 de octubre, 16 y 20 de noviembre y el último el 3 de diciembre de 2012.

***

Mis padres están preocupados porque no salgo de mi cuarto y no voy al instituto. Tengo el graduado con eso es suficiente, trabajaré en una tienda hasta que tenga dinero para dejar este pueblo de mierda y a su gente.

Estoy trabajando en la tienda de la señora Estitxu, es una señora mayor amiga de mi madre. En la tienda suele venir gente mayor a comprar. Estoy mejor, no tener que ver a esos capullos me ha

sentado bien. Para ellos yo había dejado de ser humano, solo era un juguete.

Mi día se basa en ir por la mañana a la tienda de Estitxu y salir a la hora de comer. Ver alguna serie o jugar a algún videojuego y por la tarde noche sacar a pasear a Laboon.

Ya es diciembre y empieza a hacer mucho frío, así que paseo a Laboon cuando todavía pega el sol para no congelarnos. Me pongo el abrigo y los cascos cuando llegamos al bosque entre mi casa y el pueblo suelto a Laboon mientras escucho música. Ya tengo algo de dinero ahorrado, pero no sé dónde ir. Mi padre habla muy bien de Andalucía y de su clima, puede que vaya por allí, así no tendré que pasar más frío. Miro alrededor y me doy cuenta de que no veo a Laboon, me quito los cascos. Empiezo a llamarlo y caminar de un lado a otro. Entonces escucho risas y ladridos en el camino.

Me acerco.

Un coche está aparcado en medio del camino. Afuera está el Ku Klux A. Hay un hoyo, y ellos lo miran. Escucho los ladridos de Laboon.

—Usa el vodka —sugiere Ander.

—A ver si es verdad que el alcohol arde —se une Andoni, dándole la botella a Álex.

Álex vacía la botella de vodka en el hoyo.

—¡Nooooo! —grito con todas mis fuerzas.

Se giran y me ven correr desesperadamente. Me tropiezo, me levanto enseguida, omitiendo el dolor para seguir corriendo. Mi esfuerzo no sirve de nada: veo cómo Álex tira un cigarrillo al hoyo y las llamas se elevan. Me cuesta ver con las lágrimas en mis ojos, pero sí escucho los chillidos de dolor de Laboon. Los cobardes se suben al coche entre risas mientras voy llegando. Me quito el abrigo, salto al hoyo y apago las llamas lo más rápido que puedo.

—¿Qué era tu perro, Iren? Tío, tienes que estar más pendiente de tus animales. ¿No ves que creímos que era un perro salvaje, de esos rabiosos? —se burla Álex entre risas, antes de arrancar el coche.

Me gustaría gritarles, insultarles y amenazarlos de muerte. Qué cojones, me gustaría matarlos. Pero me quedo mudo, no consigo articular palabra y no hago nada. El coche arranca y se va.

Sigo mirando el cuerpo de mi perro. No puedo creer que esto esté pasando. Rezo a todos los dioses para que siga vivo y apoyo la oreja en su pecho, pero no hay ningún sonido ni movimiento. Es un cadáver quemado sin vida. Arropo su cuerpo con mi abrigo. No me veo con fuerzas para salir de ese agujero. Sigo llorando; la impotencia y la rabia atraviesan mi cuerpo como puñales. Grito y golpeo la

tierra. Esos despojos han conseguido dejar de ser humanos para convertirse en monstruos.

Apoyo a Laboon fuera del agujero y, con esfuerzo, intento salir. Mi mente sigue dándole vueltas: tuvieron que empujarlo. Sabían que era mi perro. Me vieron correr y gritar.

Consigo salir y ando por el bosque camino a casa con él en mis brazos. Al llegar a casa cavo una tumba al lado de su caseta y lloro hasta que el sol se esconde. Entonces ya sin más lágrimas me despido de él y lo entierro.

***

Una lágrima cae sobre el diario, Aitor se sorprende de su propia pena. Se seca los ojos. Cuando pasa la página se fija en las marcas de haber arrancado la última página del diario. Pero no necesita más respuesta ya sabe todo lo que necesita.

Guarda el diario como si fuera un tesoro, es la prueba que necesita enseñarle luego a su teniente para explicarse.

Afuera le espera una madrugada fría. Se lava la cara en el baño del cuartel y busca en la base de datos dónde vive Iren. Ya han llegado al puesto varios compañeros que observan con curiosidad al sargento que parece que ha dormido en el cuartel mientras él sale. Fuera, frente a su coche, llama a Miguel; como no lo coge, le deja un mensaje de voz pidiéndole que vaya a la casa de Iren Arismendi, y la dirección.

Miguel se despierta por una llamada del móvil, que suena como si le estuvieran golpeando la cabeza con un martillo. Silencia el móvil, antes de poder contestar una llamada, tiene que saber quién es y dónde está. El quién es no le lleva más de un minuto. La otra pregunta se resuelve también fácil. Está apoyado en un árbol en mitad del bosque. Su mente le recuerda poco a poco cómo llegó allí.

La tristeza de recordar de nuevo a Laura y su engaño marcan su rostro como si su alma lo hubiese abandonado. Un gruñido le hace olvidar sus pensamientos. Un gran lobo de pelo azabache se encuentra a unos cuatro metros de él mirándolo fijamente. El cabo no sabe si es de verdad, pero no tiene miedo. El lobo saca los dientes y da un paso adelante. Miguel lo mira a los ojos amenazante, se lleva la mano a la guarda del arma, pero no está ahí, está en el suelo al lado suya. La coge, la levanta lentamente y apunta al animal. No sabe si tiene balas o las usó todas anoche, tampoco lo comprueba. El duelo de miradas sigue, el lobo babea y da un paso más.

—¿Qué miras?

Miguel carga el percutor con el pulgar recordando el dolor de las quemaduras, esta vez más leve que ayer, pero persistente. Contempla a la bestia impasible con sus ojos vacíos, apuntando a la cabeza del animal. El lobo deja de enseñar los dientes y se aleja lentamente. El cabo baja el arma e intenta incorporarse. El animal se pierde entre la espesura del bosque, comprueba el cargador.

Vacío.

Una pequeña sonrisa se dibuja en su cara.

Busca en su bolsillo el móvil. Le ha llamado su jefe y escucha el mensaje con la ubicación de la casa del asesino. Quiere ir, volver a mirar a los ojos a ese cabrón mientras lo esposa, pero le va a costar llegar. Está lejos, tiene que salir del bosque y la resaca no le va a facilitar los movimientos.

Camina unos pocos pasos y ve el coche de anoche lleno de agujeros de bala. Durante unos segundos le vienen los recuerdos de ayer, ahora con la luz del día ve más claro que las sombras eran adolescentes, ni demonio ni espíritus que se reían de él. Gracias a Dios no le dio a ninguno. Abre la puerta y quita los cristales del asiento. Prueba varias veces a arrancarlo, a la quinta va la vencida. Tiene una rueda pinchada, las luces reventadas y varios cristales. Pero solo quiere que lo lleve hasta el principio del bosque, donde dejó su coche y va a ir más rápido en esa chatarra que con sus piernas.

Aitor llega a la casa, es una pequeña casa apartada en la que hay un pequeño lago al que los pescadores suelen ir, hay varios ya por la mañana. Aparca el coche a una distancia prudencial. Salazar no ha obedecido su orden, no está por ningún lado.

Da igual, va a entrar solo si hace falta. Escucha el ruido de alguien a través de la puerta y llama. Para su sorpresa le abren, una mujer en bata y despeinada. Entiende que es la madre de Iren.

—Estoy buscando a Iren Arismendi.

—¿Esto es una broma de mal gusto? —pregunta la señora enfadada.

—No, es un asunto muy serio, es sospechoso de un caso.

—No va a encontrar a mi hijo, murió hace casi un año.

La cara de sorpresa del sargento es real y la mujer se da cuenta.

—Lo siento, no lo sabía.

¿Cómo se me ha podido pasar que el chico estaba muerto?

El guardia estaba tan obcecado en ir a por el asesino que ni siquiera se fijó que en la base de datos ponía que había fallecido.

—Un sospechoso de unos crímenes tenía este diario que pertenecía a su hijo.

El sargento le enseña el diario a la madre, que al leerlo se emociona.

—Pase —le invita la mujer.

Caminan por un pasillo hacia el salón, las paredes están llenas de fotos familiares de Iren de pequeño, también hay fotos con su perro y sus padres. La mesa del salón, de madera oscura y desgastada por los años, está dispuesta con esmero. Sobre ella, un sencillo desayuno espera: pan fresco, un tarro de mermelada casera y una cafetera humeante. El aroma del café recién hecho llena la habitación. En la chimenea un hombre coloca la leña mientras intenta encenderla.

—Ibai, este es…

—El sargento Aitor —se presenta.

Ibai se gira y le estrecha la mano al sargento, confuso por la visita de este.

—¿Quiere tomar algo? —le ofrece la mujer al recién llegado.

—Un poco de café estaría bien, gracias.

Se sientan, mientras la mujer le explica a su marido por qué ha venido el sargento, este disfruta del sorbo de café casero, no el aguado y hecho con polvos que toman en el cuartel.

Cuando termina la explicación hay unos segundos de silencio. La chimenea, ahora encendida, crepita suavemente, como un testigo mudo de la escena. El fuego baila y las llamas se reflejan en los ojos de todos. Aitor siente una pequeña paz. Tal vez hablar cerca de una hoguera nos transporte al tiempo en que éramos monos que se acercaban al fuego a contar historias.

—Este diario es de mi hijo, pero no lo encontré cuando recogí su cuarto meses después del funeral. Tengo una idea de quién pudo cogerlo.

—¿Quién?

Ve dudas en la cara de la señora, Aitor sabe que si ella no habla está en una calle sin salida, todas las pistas dan a un muerto.

El esposo traga saliva, las dudas también le acompañan, le agarra la mano a su esposa y asiente mientras hablan sin palabras, solo con los ojos brillantes por el fuego.

—Verá, Nekane y yo no podíamos tener hijos. Pero siempre quisimos tener uno, así que nos apuntamos a un programa de adopción, donde pudimos adoptar a un bebé. El problema es que eran dos gemelos, los pobres habían perdido a sus padres en un accidente de tráfico. No tenían más familia y tenían apenas dos años y medio. Desgraciadamente, por nuestro nivel económico y espacio en nuestra casa, solo nos dejaban quedarnos con uno. El otro niño fue a parar a otra familia y con el tiempo nos pusimos en contacto.

—Yo hablé con la madre del niño —continúa Nekane—, y con el tiempo nos hicimos amigas. Decidimos contarles la verdad a los dos y reunirlos cuando cumplieran los dieciocho años. Pero Iren murió y Daniel se enteró el mismo día de todo.

***

Dani se ha puesto el único traje negro que tiene, va en el coche con su madre y su padre, ellos también vestidos de luto. No les ha

vuelto a hablar y ellos tampoco han insistido, entienden que el chico necesita tiempo.

El coche llega hasta una pequeña casa que tiene un hermoso lago alrededor. Se dirigen a la casa y su padre es quien toca la puerta, da unos suaves, pero decididos golpes en la madera. Del umbral sale una mujer todavía con lágrimas en los ojos. Su madre la abraza, pero el dolor que ha visto en los ojos de esa mujer es inconsolable. Tras un largo abrazo con sus padres la mujer lo mira a él. Es un momento difícil tanto para él como para esa mujer.

—Soy Dani —se presenta con voz tímida el chico.

Nekane examina el rostro de Dani, idéntico al del hijo que llora, con una ternura y un dolor que le rompen el alma al joven. Solo puede abrazarla y es lo que hace. La mujer se deja abrazar y tras unos segundos les invita a pasar dentro de la casa.

El chico nunca ha estado en un velatorio en una casa, le parece raro, pero a la vez más familiar y verdadero. Las funerarias siempre le han parecido un lugar frío y deshumanizado. En el salón hay un murmullo profundo y constante. Los invitados hablan entre sí rodeados por la pena, los hombres beben mientras hablan casi con susurros, las mujeres lloran y agarran la mano de la madre mientras la intentan consolar. Entran al salón, las miradas de todos se posan atónitas y tímidas en él. Sus padres entran a la habitación con una cortina negra en la que está el cuerpo embalsamado del chico, para ver al difunto por última vez. Él no piensa entrar, no quiere ver al muerto, cree que ver a una persona muerta que es idéntica a él solo le traería las peores pesadillas. Sale del salón y se queda en el pasillo contemplando una foto enmarcada hipnotizado. Se ve a sí mismo con esa familia y un perro a sus pies. Es como si hubiera vivido otra vida y no se acordará, pero no, ese chico no es él. No sabía de su existencia de su hermano gemelo hasta esta mañana. Todavía está asimilando muchas cosas. Sus padres le dijeron que lo habían adoptado porque no podían tener hijos, pero no podían quedarse con los dos hermanos, así que los separaron con apenas dos años y medio. Sus madres han estado en contacto y pensaban en decírselo pronto, pero tuvieron que adelantar la verdad al saber de la muerte de Iren, así se llamaba su hermano. Ahora mismo

siente una mezcla de sentimientos que no sabe gestionar, no le habla a sus padres y no tiene ni idea de cuándo volverá a hacerlo.

—Ahí estábamos todos con Laboon, fue el día que lo traje a casa —contesta una voz por detrás.

Dani se gira y ve a Ibai observando la foto con nostalgia.

—Me hubiera gustado conocerlo —dice el chico con pena.

—Ven.

Sigue al padre de Iren hasta una habitación. Está desordenada, tiene videojuegos y una Play Station 2 al lado de una pequeña televisión en la esquina, un ordenador de sobremesa en el escritorio, una estantería pequeña llena de cómics, las paredes apenas tienen un hueco que no esté ocupado por pósteres de películas o videojuegos.

—Este era su cuarto, puede que así lo conozcas un poco más —el hombre se despide con una mano en el hombro y una leve sonrisa, antes de volver al salón para acompañar a los invitados.

Lo observa todo con detalle intentando adivinar cómo era la vida de Iren y por qué terminó así. Llega al fondo de la habitación y se sienta en la silla frente al ordenador, ojea los papeles que tiene en el escritorio, algunos son dibujos de caras de chicas, monstruos y alguna vez se repite el dibujo de un caballero con una espada peleando contra la oscuridad. Entonces le llama la atención un cuaderno negro, lo abre pensando que sería un cuaderno de dibujo, pero ve que es un diario, la curiosidad hace que no pueda evitar leerlo, y saber cómo era el hermano que nunca conoció.

Ha leído un cuarto del diario cuando su madre entra en la habitación.

—Dani, te estaba buscando, tenemos que irnos, van a llevar el cuerpo al entierro.

Él asiente y la madre sale. No sabe qué le mueve, pero sabe que no tendrá otra oportunidad de terminar de leerlo, así que lo guarda bajo la camisa sujetado por el cinturón. Sale y después de él, dos enterradores salen con el ataúd y con cuidado lo meten dentro del coche fúnebre.

El entierro es breve, después de bajar el ataúd y decir unas cortas palabras el cura bendice la tumba y los hombres proceden a

enterrarlo. No sabe por qué la imagen de echar tierra encima de un muerto le parece agresivo, como ocultar algo bajo los pies del mundo, no le parece algo que le harías a alguien que le tienes cariño, aunque prenderle fuego tampoco le parece la opción más cariñosa. Antes de encontrar respuesta a lo que le gustaría que hicieran con su cadáver, el entierro termina. La gente le da el pésame por última vez a los padres, que son los últimos que quedan y él observa por última vez la lápida que reza: Iren Arismendi Yarro, en nuestros corazones por siempre 1994—2012.

***

Aitor termina de escuchar la suposición sobre que Daniel Ochoa fue el que pudo coger el diario, se ha terminado el café y fuera escucha el sonido de un coche llegando por el carril.

—Gracias por contármelo.

Se levanta de la silla y cuando va a coger el diario se detiene.

—Quédense con el diario. Siento las molestias.

El sargento sale de la casa y a los pocos segundos llega Miguel en su coche derrapando. Frena bruscamente. Aitor se acerca al coche y se sube dejando el suyo ahí.

—Busca donde vive Daniel Ochoa, él es nuestro asesino.

CAPÍTULO 18
EL CASTIGO POR MATAR A UN MONSTRUO

Esta vez la casa no está apartada, es una en mitad del pueblo. El cabo aparca a una distancia prudencial para no llamar la atención y con sigilo se acercan. Aitor le ordena por signos a Miguel que vaya por la puerta de atrás. Él va a la de delante, y cuando su compañero está colocado llama a la puerta. Antes de que vuelva a tocar la puerta se abre. Una señora en pijama y con un moño le abre la puerta.

—Señora, estamos buscando a su hijo Daniel.

La mujer hace un gesto extrañada, nadie espera a los cuerpos del orden tan temprano.

—No está. Pero…

—Tengo que comprobarlo, ¿me deja pasar? —interrumpe el guardia.

—Sí, claro, pero ¿qué pasa?

Aitor entra y barre la casa con la mirada, no ve a nadie en la cocina, en el salón hay un hombre en el sillón leyendo el periódico en pijama. Busca en los cuartos y nadie.

La mujer lo sigue detrás, preocupada, y el hombre del sillón se levanta.

—¿Le ha pasado algo a Daniel?

—No, no se preocupe, solo tengo que hacerle unas preguntas —responde Aitor sin prestarle mucha atención.

—No va a encontrar a mi hijo, no está aquí, ya se lo he dicho —le sigue la mujer sin entender nada.

Aitor recorre todas las habitaciones hasta que llega a la despensa en la parte de atrás.

—Abra eso, por favor —el sargento señala a un sótano que está a sus pies en la despensa—. Miguel, quédate donde estás, voy a bajar al sótano —comunica el guardia por el walkie.

La mujer abre la trampilla del sótano.

Laura echa un vistazo rápido a la trampilla del sótano abierta de par en par y Aingeru parece leerle las intenciones, así que corre para llegar a la cima de las escaleras y encerrarla. Ella todavía está paralizada cuando él empieza a subir los primeros escalones de madera. Si él llega a la trampilla se convertirá en otra mascota, su vida será una pesadilla, lo perderá todo. Las lágrimas de la impotencia caen por sus ojos y su corazón se le acelera, ella sabe que es imposible que ya llegue antes que él. Pero como reflejo, justo cuando él está pasando por encima, saca las manos y se consigue agarrar a la pierna de Aingeru, entre los huecos de los escalones. Se agarra con las dos manos a su pierna diestra, como un náufrago se aferra a un trozo de madera en mitad del mar. Él mantiene el equilibrio y empieza a patearla con la otra pierna.

—Suéltame, zorra.

Las patadas hacen que la periodista suelte la mano derecha, en la que tiene el destornillador. No le ha dado tiempo a soltarlo, se ha agarrado con él a la pierna, por eso no ha podido agarrarse tan bien. Con la vida pendiendo de su mano izquierda y la adrenalina disparada, solo se le ocurre una cosa. Laura apuñala rápida y con toda su fuerza la pierna de él. Le clava el destornillador a la vez que

suelta un grito de furia atravesándole el tobillo de un lado al otro. Aingeru grita de dolor. Tira de la pierna para que la suelte, entonces ella lo suelta bruscamente, lo que hace que pierda el equilibrio y caiga escaleras abajo.

Ella no desaprovecha ni un segundo y, mientras él está cayendo escalón a escalón, ella ya sale de debajo de las escaleras y comienza hacia la salida en cuanto el cuerpo de Aingeru toca el suelo. Con los golpes del cuerpo del recepcionista en cada escalón, la trampilla se cierra de un solo golpe dejándolo prácticamente a oscuras. Ella llega arriba y con desesperación empuja la puerta, su agonía crece cuando mira atrás y ve cómo Aingeru, iluminado levemente por la bombilla, se saca el destornillador del tobillo y se arrastra escaleras arriba hacia ella. Se acerca más rápido de lo que a ella le gustaría, gateando con un destornillador en la mano. La puerta termina cediendo cuando él está apenas a unos centímetros de agarrarla y llevarla a la oscuridad. Laura sale y detrás de ella la mano de él que solo atrapa el aire. Ella rápidamente cierra la puerta pillándole la mano. Él grita de dolor y ella pone sobre la puerta todo su peso, para que sea más complicado abrirla. Mientras evita que la puerta se abra, busca aterrada una solución, siente cómo se le clavan pequeñas astillas de la vieja madera en su cuerpo desnudo. Entonces sus ojos, que van de un lado a otro, se detienen en la vieja estantería de madera. Va lo más rápido que puede e intenta volcar la estantería llena de cajas encima de la puerta. Pesa mucho y le cuesta empujar. La trampilla palpita bajo los golpes de Aingeru que quiere salir y capturar a su nueva presa. Ella se pone entre la estantería y la pared, y con sus piernas empuja la pared mientras su espalda está contra la estantería. El terrorífico hombre consigue abrir la puerta del sótano justo para ver cómo una estantería cae encima golpeando la puerta, que se vuelve a cerrar bruscamente golpeándolo y tirándolo escaleras abajo de nuevo.

La periodista corre hacia la habitación, entre lágrimas y agitación llama temblando a la guardia civil.

Aitor examina el sótano de arriba abajo, está todo recogido, nada parece extraño: herramientas de carpintería, mecánica y electrónica. El marido baja con el periódico en la mano.

—Sargento, le voy a tener que pedir que se vaya de mi casa. No sé qué está buscando, pero le aseguro que no hemos hecho nada.

Aitor se vuelve hacia el hombre.

—Su hijo es sospechoso de las torturas y el último asesinato.

La pareja se mira confusa.

—Pero si esta noche han pillado al tipo —el hombre le enseña el periódico al sargento.

Este coge el periódico y lee la portada, junto a la noticia de la muerte de Alejandro hay otra:

La Guardia Civil Captura al «Monstruo de Herri Gorria»

Herri Gorria, 23 de octubre de 2013 — La tranquilidad del pequeño pueblo de Herri Gorria se vio sacudida anoche cuando la Guardia Civil, no solo no pudo evitar la muerte del joven Alejandro Yuste, que fue quemado vivo, sino que se detuvo a Aingeru Donapea, de treinta y cinco años, acusado de mantener cautiva a su propia madre en condiciones inhumanas. La captura se logró gracias a la valiente intervención de la periodista Laura Santos, quien se alojaba en el hotel regentado por el detenido.

Laura Santos realizó una llamada a la Guardia Civil tras descubrir el horror que se ocultaba en el sótano del hotel. Encontró a Aiora Donapea, la madre del agresor, encadenada a una pared de piedra, con signos evidentes de maltrato y desnutrición. La periodista relató cómo Aingeru intentó convertirla en su próxima víctima, pero ella luchó contra su agresor, logrando encerrarlo en el sótano y pedir ayuda.

Los agentes llegaron rápidamente y encontraron a Laura desnuda y con heridas, pero a salvo. Aingeru fue detenido y trasladado a la comisaría local, donde confesó ser el «Monstruo de Herri Gorria». Según fuentes policiales, Aingeru llevaba años chantajeando a huéspedes del hotel, grabando sus encuentros íntimos y extorsionándolos. Ahora también se le acusa de los últimos crímenes del pueblo junto con el homicidio de Alejandro Yuste.

Aiora fue trasladada al hospital local, donde está recibiendo atención médica y psicológica. Laura también está siendo atendida y se espera una recuperación rápida.

La comunidad de Herri Gorria está conmocionada por el descubrimiento. La Guardia Civil ha instado a cualquier persona que pueda haber sido víctima de Aingeru a presentarse y colaborar con la investigación.

Después de leer el artículo por encima, su cara de sorpresa no pasa desapercibida al matrimonio. Se queda con el periódico y coge el walkie.

—Miguel, entra por la puerta principal, tienes que leer una cosa —se gira a los padres—. ¿Dónde está Daniel?

—Esta mañana ha cogido un avión para Rusia, le han dado una beca allí.

Para el sargento tanta información tan seguida le está volviendo loco, ¿cómo que han detenido al causante y no es el chico? ¿Está en Rusia?

Sube las escaleras del sótano hasta la entrada mientras intenta aclarar sus ideas, los padres del chico lo siguen confusos. Miguel toca la puerta de la entrada y le abre Aitor.

—Busca esta noticia —el sargento le enseña el periódico con la noticia en la portada.

El cabo busca la noticia en su móvil, mientras la lee se aleja de la casa pensativo.

—¿Se encuentran bien? Tienen mala cara, ¿quieren un vaso de agua?

—No, gracias, estamos bien —le devuelve el periódico al hombre —. Solo le quiero pedir una última cosa. ¿Me deja ver el cuarto de Daniel?

El padre de Daniel busca la respuesta en los ojos de su esposa. La mujer asiente y lo lleva al cuarto.

La habitación está muy ordenada. Frente a la puerta hay un escritorio con estanterías a los lados. En ellas tiene fotos con una chica rubia en diferentes lugares turísticos, fotos de amigos con él y una foto con sus padres cuando era más pequeño. Tiene un cinturón

negro de kárate enmarcado y varias figuras de maquetas. A la derecha está la cama perfectamente hecha. Y a la izquierda el armario totalmente vacío.

—Lo echaremos de menos —contesta la madre por detrás—. Pero siempre fue su sueño ir con Irina a Rusia.

El sargento frunce el ceño sin entender.

—Ella —señala la mujer a la chica rubia de las fotos—, es su novia. Cuando terminó la ingeniería le ofrecieron un trabajo allí y ni se lo pensó.

—Parece que era feliz —opina Aitor.

El sargento se queda unos momentos en silencio, observando los detalles de la habitación e imaginando la vida del niño. Inevitablemente comparándola con la de su hermano.

—Perdone la intromisión, señora, ya nos vamos. Que tengan un buen día.

Sale de la casa, está cansado. Toda la energía que tenía la ha gastado en buscar desesperadamente al encapuchado, pero ya no puede más. Afuera sentado está Miguel leyendo una y otra vez la portada del periódico.

—Vámonos a casa, chico, ya ha terminado todo.

Miguel se guarda el periódico y con los ojos llorosos sube al coche. La fría madrugada les acompaña camino a casa. El cabo no le pregunta nada, ni por qué fue a esa casa, ni qué habló en la otra. Pero ya da igual, todo ha terminado y por fin pueden descansar. Deja al sargento en su casa y vuelve a la suya. En la cama tumbado duda si llamar a Laura, pero para evitar la tentación se convence de borrar su número. Ve los *WhatsApps* que Zuria le ha mandado, son varias fotos frente al espejo probándose ropa y preguntando qué se pone para su próxima cita. Que ahora que ha arrestado al monstruo tendrá más tiempo libre. Ella no sabe que él no ha hecho nada, pero no la va a sacar de su error, al menos alguien creerá que es un héroe. Contesta a Zuria y la invita a venir a su casa en unos días, cuando pase todo un poco.

Algunos pensamientos oscuros llegan a su mente antes de acostarse, unos deseos de que la periodista nunca saliera de ese sótano, esos pensamientos lo envuelven y lo abrazan como una

serpiente constriñe a su víctima. El dolor lo ha cambiado, la música se ha apagado, perdiendo la inocencia, la bondad y la alegría que tenía. Ahora ve el mundo como es. Un lugar oscuro en el que el lobo se come a la oveja y con ese pensamiento, por fin descansa.

Aitor abre su puerta, en el salón está Maider desayunando y viendo las noticias. Ella al verlo se levanta, va hacia él y lo abraza. El cálido abrazo de su mujer lo rompe en mil pedazos, llora desconsoladamente en sus brazos, apenas puede pedir perdón entre las lágrimas y los hipidos. Los dos se quedan abrazados, como si por un segundo que dejaran de aferrarse cualquiera de ellos pudiera perder al otro para siempre.

—Vamos, ve a la cama.

El sargento exhausto se tumba en su cama con las persianas bajadas huyendo de los rayos de sol, piensa en los hermanos, en toda la investigación y cómo Aingeru, al que ninguna pista le apuntaba, va a ser juzgado por todos los crímenes del pueblo. Mientras sigue perdido en los pensamientos Morfeo le visita, haciéndole viajar a los momentos felices de su vida y para eliminar esa oscuridad que no deja de rondarle. Y duerme. Por fin con una sonrisa.

Después de un largo descanso Aitor abre los ojos, recargado de energía, como si le hubieran quitado una carga descomunal de sus hombros. Baja y Maider está tomando un café mientras ve una serie. Se sienta con ella y apoya su cabeza en sus hombros, cierra los ojos y huele su pelo. Se queda al calor de la chimenea viendo la serie con ella.

—Te ha llegado una carta, te la he dejado en la mesa.

El hombre se extraña.

—¿De qué es?

—No pone remitente.

Se levanta a su pesar, pero la intriga es mayor que la comodidad. En la mesa está la carta sin sello ni remitente, solo tiene escrito «Para Aitor Izaguirre».

La abre.

Contiene una nota escrita a ordenador y la última página del diario.

—Voy a salir afuera a fumar.
Maider asiente un breve momento y vuelve a su serie.
Él sale fuera al jardín, el ocaso está dando paso a la noche.
Lee la nota:

Seguramente haya llegado hasta aquí después de leer el diario de mi hermano. Ya sabe por qué lo hice. No creo que lo entienda, pero es como si me hubieran arrancado una parte de mi alma que siempre sentía que me faltaba. Me sentí culpable de mi felicidad y mi suerte, mientras él sufrió la mayor parte de su vida. Si yo hubiera estado a su lado tal vez…

Los actos tienen consecuencias, y nadie iba a castigarlos por el mal que hicieron. Así que lo hice yo, aunque sé que no me correspondía no podía quedarme de brazos cruzados. Mi cabeza no dejaba de pensar en Iren y en el pueblo los veía seguir con su vida después de haber matado a mi hermano, una persona buena tan cruelmente. Por eso cada vez que leía el diario, más ganas de justicia y más odio hacia ellos sentía. Sabía que el diario no era prueba suficiente para que nadie hiciera nada, así que yo hice algo.

Mis actos tampoco pueden quedar impunes. Por eso, esta carta es mi confesión. Si vuelvo a España, me pueden detener y juzgarme como quieran. No podré regresar a mi país, ni ver a mi

familia más. Tal vez no le parezca un castigo tan severo, pero es el que me he impuesto por matar a un monstruo.

Últimamente, he estado pensando mucho en los monstruos, sargento. El ser humano creó a los monstruos para justificar los actos horripilantes que pasaban en su mundo. Luego los usaron en las historias para que los niños tuvieran miedo a la noche y a los desconocidos.

Era más sencillo decirles que existía un monstruo venido del infierno que se los comería que explicarles que su vecino, el señor simpático que les sonríe todas las mañanas, podría violarlos y matarlos si se lo encontraban en la oscuridad. No es más que otra manera de llamar a otros humanos que han perdido o han nacido sin empatía ni bondad. En esos seres solo vive el egoísmo, el narcisismo y la manipulación.

Le dejo la última página del diario. Tampoco espero que entienda a mi hermano. Haga lo que considere con mi confesión.

Cuídese sargento.

Firmado,

Daniel Ochoa.

Aitor saca la última página del diario, está doblada por la mitad y han escrito recientemente encima de ella:

~~Andoni~~

~~Arantxa~~
~~Ander~~
~~Alejandro~~

Despliega la hoja y lee el final del 3 de diciembre de 2012.

CAPÍTULO 19
DESPEDIDA

Ya empieza a hacer mucho frío porque empiezo a tiritar, no siento las manos, están mojadas por cavar en la tierra húmeda. Creo que debería entrar dentro de la casa, dejo la tumba de Laboon. En la casa noto el calor, está oscuro, no hay nadie en casa. Meto las manos bajo el grifo de agua caliente hasta que vuelvo a sentirlas. Pienso en llamar a mis padres para contarles lo que ha pasado, pero no cambiaría nada. No es que esté maldito, es que se equivocaron conmigo, no debí nacer. Un fallo que el mundo me intenta hacer ver cada día, enviándome un monstruo tras otro. Me he esforzado y solo me han hecho

sufrir. Voy a mi cuarto, pero no tengo ganas de jugar ni ver nada, encima de la mesa está mi diario que me llama, el único que escucha mis lamentos, un día tras otro. Le cuento lo que me ha pasado hoy, volver a revivirlo todo no me hace llorar, al contrario, me calma y lo veo como si fuera la vida de otra persona. He usado ese diario negro por años y me doy cuenta de que me queda una sola página en blanco, como si fuera la última página de mi historia. ¿Por qué no? Acaso no tiene lógica, quién querría seguir siendo el niño de este diario. Si solo he tenido dieciocho años de sufrimiento con pizcas de buenos momentos, que me esperan sesenta años más así. Arranco la última hoja del diario y dejo una nota para los demás, para los que le importe mi existencia:

«Adiós a todos los que me quisieron, os dejo de molestar, no quiero vivir más en este mundo rodeado de monstruos, que se alimentan de tu felicidad y tu sufrimiento. He intentado aguantar, seguir adelante, pero ya me he roto en mil pedazos. Es un puzle que ya no puedo volver a formar. Perdón Papá y mamá por el dolor que os causará, no es culpa vuestra, vosotros siempre me habéis animado a continuar. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes. Esta será la última página de este diario. Me voy a reunir con mis seres queridos, si hay vida después de este infierno, nos veremos allí».

«Iren»

Creo que será suficiente con eso, podría decir más, pero explicar tampoco creo que sirva de mucho más. Echo el agua caliente en la bañera y dejo la hoja encima de la tapa del váter. Me desnudo y me meto en la bañera caliente, un escalofrío recorre mi cuerpo. El frío se va y el agua se pone turbia por los restos de barro que tenía, meto la cabeza en la bañera, pero va a ser difícil que no salga por instinto a respirar así que dentro de la bañera ya a punto de llenarse miro en el cajón debajo del lavabo, ahí encuentro lo que busco, las cuchillas de afeitar. Es más difícil sacar las hojas de lo que pensaba así que me pongo una bata y salgo rápidamente al salón a coger el cúter. Eso no falla, siempre me cortaba sin querer cuando hacía trabajos de plástica. Vuelvo al calor de la bañera, y cierro el grifo, ya me cubre bastante. Como si fuera un baño normal pongo música relajante en mi móvil y disfruto de unos minutos. Luego tranquila y lentamente me corto las venas. Cierro los ojos y voy cayendo poco a poco en un dulce sueño, unas lágrimas se me escapan al saber que no volveré a ver a mis padres y me vienen también pensamientos de co…

***

Aitor saca el paquete de cigarrillos, solo queda uno. Lo enciende y le da un par de caladas, deja que el viento fume un rato mientras

contempla pensativo el cielo estrellado. Busca con su móvil información sobre el suicidio del chico, Miguel le ha enseñado a usar su móvil para algo más que llamar y no le cuesta encontrar la noticia. Lee sobre que fue encontrado muerto en la bañera con las venas cortadas que la muerte de su perro parece ser el motivo de su suicidio, aunque la madre ha declarado que también sufría acoso escolar. El sargento se queda pensativo, vuelve a leer la carta de Dani y la de Iren. Empieza a hacer frío y tiene que tomar una decisión.

Guarda la última página del diario, tendrá que dárselo a la madre de Iren cuando pase por allí. Camina hacia la barbacoa y le prende fuego a la carta de Dani. Observa como la confesión se convierte en ceniza, mientras no deja de recordar los golpes e insultos que cada día sufría Patxi por su mano, las peleas con otros niños que tuvo en su adolescencia y las burlas crueles en las que participó. ¿Era él tan diferente a los monstruos que le jodieron la vida a Iren? Con ese pensamiento tira el cigarrillo y vuelve a entrar en la casa.

CAPÍTULO 20
HERRI GORRIA

Esta noche, el bar de Iñaki está a reventar. Han pasado dos días desde la detención de Aingeru. La gente festeja que se ha arrestado al monstruo con alcohol y bailes, todo el pueblo ha salido a celebrarlo. Hasta Aitor y Miguel se han animado. Entran por la puerta sorprendidos por la gente y se sientan en una mesa. Esa noche las dos camareras van de un lado a otro llevando bandejas sin parar, como dos colibríes que van de flor en flor. Iñaki no se queda atrás, no para de colocar cervezas y bebidas en la barra como si tuviera cuatro brazos. Una de las camareras aparece para cogerle nota a los recién llegados.

—¿Qué van a tomar?

—Yo una cerveza y una tapa de gilda —pide Miguel.

—Yo una Coca—Cola y un pintxo de tortilla —pide Aitor.

Apenas pasan unos minutos cuando vuelve la otra camarera con las bebidas y la comida.

Aitor levanta la copa.

—Por terminar esta locura.

Miguel agarra la copa con su mano derecha, ya sin vendas, pero le han quedado marcas de las quemaduras.

—Y que vuelva la tranquilidad.

Brindan y dan un sorbo a sus bebidas.

—Me da rabia que no fuéramos nosotros quienes cogieran a Aingeru, vinieron los del SECRIM para llevarse el mérito sin hacer nada.

—Bueno, no te comas mucho la cabeza con eso, algunas veces pasan cosas así. Lo importante es que ha terminado.

—Sí, pero la gente sigue hablando del monstruo y algunos dicen que sigue suelto y otros no se creen que sea Aingeru. También insinúan que ese loco confesó para ganarse la fama de ser el monstruo de *Herri gorria*.

—La gente va a seguir hablando tonterías hasta que la cosa no vuelva a la normalidad, en una semana ya se habrá olvidado.

—Tienes razón —Miguel saca un paquete de cigarrillos—. ¿Quieres salir a fumar? —le ofrece.

—No. Lo he dejado.

El cabo asiente y sale fuera.

A las puertas del bar se enciende el cigarrillo, contempla cómo la luna llena ilumina las copas de los árboles y las lechuzas cantan en la oscuridad. Una figura se le acerca. Es María, va desaliñada y mal vestida.

—*Zu ez zara hemengoa, ezta?*

—Lo siento señora, no sé euskera. ¿Necesita ayuda?

—*Ez, ez* —niega la mujer—, solo estoy disfrutando de la brisa nocturna antes de un trago. ¿*Eta zu*, hijo, qué haces aquí tan pensativo?

—Yo también estoy descansado, a veces, aunque el trabajo termine quedan pensamientos que no te dejan desconectar del todo.

—Ya veo. Esos son los susurros secretos del *basoa*, que esta noche el viento los trae más intensos. No les hagas caso joven, tienes un aura fuerte, pero con sombras si dejas que ganen los susurros no podrás volver a la *argia*.

—Puede que tenga razón y este pueblo tenga algo que ver, no sé si es el bosque, el frío, el viento, pero nos tiene a todos un poco mal.

—¿Sabes por qué se llama *Herri Gorria*?

—Sí por la arcilla roja.

—Ez, ez —la anciana se enfada— ya nadie se acuerda, pero yo y las estrellas sí. Viene de mucho antes de las minas de arcilla. Este *herri* adoraba al *Munstroa*, al Dios astado. Cuando la Santa Inquisición se enteró, mató a todos los infieles. Dejó un mar de cadáveres putrefactos y por el agua de todos los ríos de la zona corrió *gorria* durante semanas. Los nuevos peregrinos que habitaron el pueblo tardaron días en quitar todas las vísceras ensangrentadas de los herejes de las calles y vivieron durante meses con el olor a muerte.

—Una horrible historia. ¿Quiere decir que el pueblo está maldito por eso?

—Ez, solo que la gente ha olvidado que este pueblo le pertenece al *Munstroa*, no a nosotros —la anciana tose—. Creo que voy a entrar joven, tú también deberías.

La anciana entra en el bar.

Miguel se aleja un poco de la entrada, tira el cigarrillo al suelo y lo pisa para apagarlo.

—Vamos, ¿cien por una mamada? ¿No te parece excesivo? —escucha una voz baja detrás del bar.

—Si quieres que una vieja te la chupe puedes ir con tus veinte euros a otra, si quieres que yo te la chupe son cien, guapo.

La voz de la chica le parece familiar. El cabo se acerca a la parte de atrás y se asoma. Ve a Edurne y a un hombre que es habitual del bar, el hombre que está apoyado contra la pared de madera le da los cien euros y ella se arrodilla, le quita el cinturón, le baja los pantalones junto con los calzoncillos levemente y empieza a hacerle una felación.

Miguel queda en shock los primeros segundos, después se acerca serio y con una rabia que empieza a circular por sus venas.

—¿Qué coño estáis haciendo?

El hombre se sube rápido los pantalones.

—Yo… nada señor…

—Vete de aquí —ordena Miguel al hombre.

Este huye rápido mientras se pone el cinturón. El cabo evalúa muy serio a Edurne que se levanta con cara de *este pesado me va a dar la chapa ahora*.

—¿Sabes que un hombre inocente va a ir a la cárcel por tu culpa?

—No sé de qué me hablas —la chica se da la vuelta y va en la misma dirección por la que huyó el hombre.

Miguel explota, le tira de la ropa para que se vuelva hacia él, la agarra del cuello y la pone contra la pared.

La chica abre los ojos sorprendida y su bolso cae al suelo.

—Mira niñata, te quiero ver en el juicio de Patxi diciendo que todo ha sido un error. Porque si no te juro que haré de tu vida un infierno —amenaza el cabo.

—Pero entonces sabrán… —le cuesta decir entre las lágrimas de terror y la mano con quemaduras que no ha dejado de apretar su garganta.

—Oh no te preocupes —le interrumpe él—, si no lo haces me encargaré yo personalmente, que tus padres y todo el pueblo sepa que vas prostituyéndote. Y créeme, iré al juicio a declarar en tu contra como testigo. ¿Me entiendes? —le advierte.

La chica asiente y el cabo le suelta el cuello. Ella cae de rodillas, respirando bocanadas intensas de aire y tosiendo.

—Coge tus cosas y vete a casa, —Miguel se da la vuelta— no te quiero ver más por aquí.

Edurne coge el bolso, se seca las lágrimas y le pasa corriendo al guardia. Entra en el bar conteniendo las lágrimas. Después entra Miguel que vuelve a la mesa con Aitor.

En la barra está Zuria que le manda un beso disimulando al guardia cuando lo ve entrar, este solo sonríe.

Edurne va a la mesa donde hay tres amigas más, se despide de ellas, coge el abrigo y se dispone a salir. Sin embargo, cerca de la entrada se choca con María.

—Perdón —se disculpa la joven.

La anciana agarra a la chica por detrás y le pone un cuchillo en el cuello. Edurne grita al sentir el metal y ver el cuchillo en su cuello. El

grito llama la atención de todo el bar que se gira para ver con terror la escena.

Aitor y Miguel se levantan de la mesa al ver eso y se acercan con las manos en alto.

—Le he pedido perdón —llora Edurne sin entender nada.

—Lo avisé —María se va girando y observando la cara de todos los presentes sin dejar de amenazar el cuello de la chica—, se lo dije a todos, pero no me escuchasteis y mirad lo que ha pasado.

—*Amatxo,* suelta el cuchillo.

Las palabras de su jefe le hacen entender que la anciana con la que hablaba en la puerta y que ahora tiene un cuchillo en la garganta de la chica es la madre de Aitor. Lo que hace todo más complicado, podría disparar y matarla si tuviera el arma, pero está fuera de servicio. Aparte que matar a la madre de tu sargento no es una cosa con la que puedas dormir fácil por las noches. Cree que es mejor intentar calmarla y acercarse lentamente.

—Tranquila, seguro que podemos solucionarlo entre todos, suelte el cuchillo.

—Ya lo voy a arreglar yo, ha vuelto por todos vuestros pecados, pero ahora nos dejará en paz. Habéis olvidado que este *herri*, le pertenece al *munstroa*, Adardun jainkoa.

Nuestro señor astado.

El cabo se ha ido acercando paso a paso mientras hablaba. Cuando ya está casi a un metro, intenta un movimiento rápido para quitarle el cuchillo, pero María reacciona más aún y clava el cuchillo en el cuello de Edurne. Con un movimiento brusco lo corta de lado a lado sin que le tiemble el pulso. La sangre salpica al cabo, que consigue agarrar a la chica que se desangra en sus brazos. Un grito de horror recorre el bar y la gente se queda paralizada ante tal horror, incluyendo al propio Aitor, que no reconoce ya en esa mujer a su madre. Miguel cae de rodillas y deja apoyado el cadáver de la chica en el suelo de madera. Contempla hipnotizado cómo los ojos de la chica piden ayuda, hasta que de ellos escapa el brillo de la vida, como escapa la sangre de su cuello, creando un charco de sangre en el suelo del bar.

María suelta el cuchillo, cierra los ojos y alza las manos ensangrentadas.

—*Adardun jainkoa, onartu nire sakrifizioa eta barkatu herri honen bekatuak*.

[Dios astado, acepta mi sacrificio y perdona los pecados de este pueblo].

Aitor detiene a su madre, con suavidad la lleva fuera y la mete en su coche como si llevara a una anciana que se ha perdido. Allí llama a los compañeros, mientras su madre murmura cosas inteligibles dentro del coche. Dentro, la gente va desalojando el bar con caras de horror y malestar.

Los primeros rayos de sol empiezan a calentar los huesos de los aldeanos más madrugadores, que reparan con curiosidad en la gran furgoneta de televisión que está frente al hostal.

Laura se ha puesto su mejor vestido, el cámara profesional que le ha enviado su jefe ha llegado, y mientras él prepara la cámara, ella repasa el texto que va a decir en el directo. Su historia en el hostal se ha hecho viral, todo el mundo está hablando de cómo se metió en la boca del lobo y salió viva. Ha salvado a una mujer de un infierno y ha hecho lo que la policía no ha podido, encontrar al monstruo de *Herri Gorria*. Es una heroína y ahora las cadenas de televisión se pelean por ella. Está llegando a la cima de su carrera como siempre ha querido, por eso desde hace días no se le borra la sonrisa de la cara. El fin justifica los medios, se dice a sí misma.

—Laura, estamos listos, en un minuto entramos —llama su atención el cámara mientras se coloca la cámara al hombro.

Ella se levanta y dos chicas terminan de retocarle el maquillaje y el pelo hasta que empieza la cuenta atrás.

—Entramos en siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

La periodista pone una sonrisa para la cámara.

—Nos encontramos en *Herri Gorria*, el pueblo rojo. Ya no se sabe si se llama así por la arcilla o por la sangre que se ha derramado esta última semana. Primero a un chico le cortaron los genitales, luego una chica fue violada en grupo por adolescentes, después a un chico le amputaron las manos y escribieron «judas» en su frente con un cuchillo al rojo vivo. Al final la locura se desató, y la última

víctima del monstruo de *Herri Gorria* fue un chico al que quemaron vivo en su propia casa. Detrás de mí —se gira y señala el hotel—, se encuentra el hostal en el que me alojé durante estos días. Investigaba los asesinatos, sin saber que estaba viviendo puerta con puerta con el mismísimo monstruo. Como ya todos sabéis, iba a ser la próxima víctima. Me había acercado demasiado a él y sospechaba de mí. Conseguí engañarlo y obtuve las pruebas para denunciarlo a la policía. Entonces se dio cuenta, me atacó y me encerró desnuda en el sótano con su propia madre —hace una pausa y agacha la cabeza como aguantando las emociones—. Pero no iba a dejar que mi vida terminara ahí, que el monstruo saliera y siguiera matando a gente. Me enfrenté a él, mi vida pendía de un hilo, pero conseguí encerrarlo y llamar a la policía para que terminara esta pesadilla. Desgraciadamente, estos sucesos han afectado mentalmente a muchas personas del pueblo y ayer por la noche, María Ugalde, madre del sargento de la Guardia Civil, degolló a Edurne, una niña de apenas diecisiete años en la taberna del pueblo. La mujer mató a la chica como sacrificio a un demonio, según han dicho los testigos del lugar. En mi investigación ya me topé con ella, les dejo a continuación la grabación de nuestra conversación en su casa. Vosotros mismos podéis juzgar su cordura.

—Estamos fuera.

La periodista le da el micro a una de las maquilladoras bruscamente, como quien le tira un abrigo a un perchero.

—Vamos, recoge rápido la cámara que me quiero ir ya de este pueblo de mierda.

Hacía muchos años que Aitor no se vestía de traje, pero no se puede ir de cualquier manera a los juzgados de Pamplona. Apenas hay gente, se encuentra al llegar a Miguel fumando en la puerta también con un elegante traje negro. El cabo lo saluda y apaga el cigarrillo. Entran en silencio, por los pasillos ven a gente de un lado a otro, abogados con carpetas, abogados negociando con otros, abogados que luchan por la justicia y otros que se han rendido y con llegar a fin de mes les vale defender al diablo. Entran en la sala. Ven a Patxi sentado en el sitio de los acusados; una fila detrás está Leire.

Primero Aitor y luego Miguel cuentan con detalle lo que vieron al entrar en la cabaña de Patxi y detenerlo.

—La chica era una prostituta, no tenía nada para seguir la investigación y decidí presionar a la chica para que denunciara al acusado y así tener un chivo expiatorio —confiesa al juez con vergüenza—. Me arrepiento de mis actos y por eso he venido a confesar antes de que se cometa una injusticia hacia esta persona por mi culpa —se gira al acusado y luego al juez—. Amenacé a la chica con contar que era prostituta si no iba por la mañana a la comisaría —miente Aitor.

—Yo también fui cómplice, señoría —se levanta Miguel de su asiento—. No solo no paré a mi sargento, ni dije la verdad, también contribuí a la mentira. También estoy arrepentido.

Patxi y Leire están boquiabiertos, él porque no esperaba que ellos salieran a su favor y ella porque sabe las consecuencias de los actos que están diciendo.

—Esta nueva información cambia todo —el juez se queda unos segundos pensando—. Voy a deliberar según esta nueva información y daré mi veredicto.

El juez se retira a deliberar, Patxi mira a Aitor y este le sonríe. Su sonrisa muestra una paz que jamás había visto en ese hombre. El acusado lo observa por primera vez sin odio ni rencor, se da cuenta de que han venido para que él no entre en la cárcel; si ellos no hubieran hablado, poco podría hacer estando la denuncia y la chica muerta.

Se gira a Leire y ella le agarra la mano con una sonrisa de felicidad. Tras veinte minutos, el juez regresa con la sentencia.

—Todos en pie —El juez barre la sala con la mirada y cuando todos están de pie continúa—. Hoy nos hemos reunido aquí para impartir justicia. Lo primero es declarar inocente a Patxi Peña de la acusación de violación —Leire y Patxi se abrazan al escuchar la sentencia—. Y, desgraciadamente, declarar culpable al sargento Aitor Izaguirre de abuso de autoridad, falso testimonio y coacción a una menor y su propio cabo —Miguel se levanta para decir algo, pero Aitor levanta la mano parándolo—. Estos actos son inaceptables y vulneran la confianza que la sociedad deposita en las fuerzas de

seguridad —continúa el juez ahora dirigiéndose al sargento—. Sin embargo, considerando el arrepentimiento y su colaboración con la justicia, este tribunal ha decidido imponer una pena de seis meses de prisión, que será suspendida bajo la condición de no cometer delitos durante dos años. Además, se le inhabilita para ejercer funciones públicas por un período de dos años, reafirmando así la necesidad de restaurar la confianza en la institución y los ciudadanos. Que esta sentencia sirva como un recordatorio de la importancia de actuar con integridad y respeto hacia los más vulnerables. Se levanta la sesión.

Miguel se acerca a Aitor.

—¿Por qué no me has dejado…

—¿Hundirte conmigo? —le interrumpe el sargento—, no hacía falta. Alguien tiene que sustituirme, quién mejor que tú, novato.

Salen de los juzgados camino a casa.

Miguel llega a casa, se siente mejor, tiene la conciencia tranquila con Patxi. Aparca el coche, ya casi está anocheciendo, y al acercarse a su puerta ve a Zuria esperándolo. Tenía ganas de celebrarlo y la ha avisado por *WhatsApp* cuando ha salido de Pamplona.

—¿Fue bien el juicio? —le pregunta sonriendo.

—No hablemos de eso. Sube.

Cuando entran en la casa, la chica pone el abrigo en el perchero y sin previo aviso, el cabo la pone contra la pared.

—¿Me va a cachear, agente? —sonríe pícara.

—Sí, nunca se sabe qué puedes guardar bajo la ropa.

Él la desnuda mientras ella lo contempla con deseo. Unos ojos de ciervo mirando a los ojos de un lobo. La agarra de las muñecas y la besa, luego la tira en la cama y se desnuda. Ella se levanta para acercarse y desnudarlo.

—Quieta, ¿te he dicho que te muevas? —le grita y la vuelve a tirar a la cama con violencia.

—Solo quería ayudar…

La calla con un bofetón, ella cae a la cama confusa. No han hablado nada de que le gustase eso, y la hace sentirse mal, una especie de malestar aparece en su estómago. Él la agarra del cuello, se pone sobre ella en la cama y le abre las piernas. Ella no vuelve a

hablar ni decir nada, ya que ha conseguido que él se fije en ella no quiere estropearlo. Solo espera que no le deje marcas que tenga luego que explicar a sus padres. Cuando él termina va al baño y cuando sale entra ella. Zuria se lava e intenta arreglarse un poco el maquillaje, ve que tiene algunos moratones en los brazos y las piernas. Mientras se desmaquilla ve que se le ha roto también el labio de un golpe y tiene el cuello enrojecido, pero va volviendo a su color natural. Sale del baño y se tumba en la cama. Miguel está fumando con la vista fijada en la ventana donde con la poca luz de las farolas vislumbra la oscura calle, mientras parece que reflexiona.

—¿No vas a venir a la cama?

—Sí, después del cigarro, pero tú deberías volver ya a tu casa.

—Pero, ¿por qué? Le he dicho a mis padres que iba a casa de Itziar para poder dormir contigo, no hay problema.

—No quiero dormir contigo, a lo mejor te has imaginado otra cosa, pero esto es solo sexo.

El malestar y la tristeza se notan en la cara de la chica.

—Pues que te den, cabrón —Zuria se viste furiosa aguantando las lágrimas que quieren salir.

Tiene ganas de vomitar, como si las mariposas muertas de su estómago quisieran salir. La chica da un portazo antes de irse, el cabo se queda fumando sin inmutarse.

Observa con detalle su mano que sujeta el cigarrillo, una piel tensa y áspera, llena de líneas delgadas, casi invisibles, pero otras se alzaban como bordes rugosos, testigos de un fuego que había reclamado su territorio. Los dedos, endurecidos y tensos, parecían cargar con el recuerdo de un dolor que ya no dolía, pero tampoco se olvidaba.

Un guardia le lleva la comida a la cárcel a María. Por debajo de la puerta metálica se abre la trampilla y le llega la bandeja, ni un hola, ni que aproveche, ni adiós. La han tenido que poner en aislamiento, casi mata con el tenedor de plástico a una reclusa que le quería quitar su *eguzkilore* que todavía tiene en la mano y protege como si fuera un tesoro. Se acerca a la reja de la ventana y allí lo coloca. La única decoración de la celda, pero ella lo contempla y sonríe como si fuera un tesoro.

EPÍLOGO

Dani sale del supermercado con dos bolsas grandes en las manos. La nieve cae, lenta pero incansable. Mete la compra en el coche y va para casa. Lo que más le molesta de Rusia es cómo conduce la gente, pero no hay otra manera de moverse de un lado a otro sin pasar frío, si no es ir en el coche.

Al entrar le espera Irina, tiene en los brazos al pequeño Iren. Tiene un año y está vestido con un pijama calentito de patos. Pudo ponerle el nombre de su hermano, Irina elegía el nombre si era niña y él si era niño, ese fue el trato.

—Hola, cariño —saluda con voz cansada al entrar.

—Dani, tenemos que decirle a tu madre si vamos por Navidad a verlos y para que conozcan al bebé. ¿Sabes algo del trabajo?

—No, todavía nada, pero hoy lo resuelvo —promete quitándole importancia—, voy a escribir un poco y mañana hablo con mi madre.

—Vale —responde con voz preocupada ella.

Entra en su cuarto, enciende la luz, aunque son las cuatro de la tarde, en Rusia anochece pronto en invierno. Se sienta en la silla

frente al ordenador portátil. Lo abre y continúa por donde lo había dejado. Sigue buscando noticias sobre *Herri Gorria*, su búsqueda o algo. Pero no encuentra nada, el sargento no dio parte, todos creen que Aingeru lo hizo y él podría volver sin peligro.

Suspira cansado.

Se incorpora y abre el documento de su ordenador. Lo lee por décima vez y continúa escribiendo el libro:

«Dicen las leyendas que en lo más profundo del bosque vive un monstruo capaz de devorar cualquier resquicio de luz que haya en tu corazón. Sus habitantes se han convertido en demonios, que pasean entre los demás disfrazados con piel humana. Pasan inadvertidos, esperando que llegue su momento. Ellos sonríen pacientes, no te fíes, solo esperan en la oscuridad la oportunidad de arrancar sus rostros y liberar su verdadera forma.»

AGRADECIMIENTOS

¿Cómo no dártelas a ti, que has llegado al final de mi historia? Has vivido en ese pueblo, has sentido el frío, la lluvia, has pisado los charcos de sangre, has visto los oscuros paisajes, los bosques rojos por el otoño, has llorado por las injusticias y has reflexionado hasta el final. Tú que has recorrido el sendero de mis palabras.

Te doy las gracias.

Luego agradecer a la gente que después de leer mi primera novela *La chica bajo la lluvia* me felicitó y me animó a seguir plasmando mis historias en novelas.

A mi siempre, primera lectora Cristina Briales, que sufre en primicia mis oscuros relatos y se plantea mi amistad. A la que también le tengo que agradecer la idea de la portada.

A Jorge Jesús Guillen Villaba y al doctor Ángel del Espino Pérez por animarme y soportarme desde los catorce años.

Esta novela, como la anterior, empezó como guion de largometraje que no se quería quedar en el cajón sin que nadie lo

leyera. Por eso agradecer a Alejandro Díaz Rey y Mario Pineda que leyeron y me ayudaron a mejorar la historia.

A mi amiga Gabriela Zubieta Sesma que me ha ayudado a traducir las expresiones que quería poner en vasco, qué mejor que una navarra de pura cepa.

A mi familia, a mi hermano Álvaro que no le puede dejar leer mis libros a mi sobrino, a mi hermano Pablo que siempre le pregunto cosas de crímenes y guardia civiles. A mi madre que siempre quiere leer todo, aunque no esté acabado. A mi padre que puede venderle mi libro hasta al mismo diablo.

Y a todos los que me queréis y se me olvida decirlo, os quiero.

Para finalizar a Círculo Rojo por llevar mi libro a las personas, si las historias no se leen es como si no existieran.

EXTRAS

Entrevista al autor

1. Me intriga, ¿cómo eliges los nombres de tus personajes? ¿Hay algún detalle o razón detrás de cada elección?

Sí, es una cosa que pienso mucho, es lo primero que pienso e intento tener claro, que los nombres signifiquen algo ya sea literal o antagónico. Como si ya el destino de cada persona estuviese escrito al nacer. Es un pensamiento muy oriental. También si conforme la obra veo que un nombre no funciona lo puedo llegar a cambiar durante la escritura, o si encuentro un nombre que encaje mejor en un personaje. Un ejemplo: los «Malos» o los que han cometido actos de abuso empiezan por la letra A. Incluyendo al sargento. Porque la A es la primera letra, ellos también se creen los números uno capaces de poder hacer cualquier cosa sin consecuencias y abusan de su poder. Ya sea un poder dado por la fuerza, la belleza, la inteligencia o el estatus.

2. ¿Has estado en Navarra?

Sí, pero de paso, me quedé enamorado de cada rincón del norte, cada casa o cada camino desprendía magia como si fuera a aparecer un animal mágico en cualquier momento, duendes que te observan, bellas hadas que se esconden de tu presencia. Es una sensación que no dan los bosques en el sur, por eso creo que la historia tenía que pasar en el norte. Además, empecé esta historia en un guion de largometraje al hacer un trabajo sobre el color rojo e investigar el bosque de Irati. Entonces ya mi mente se puso a crear e imaginar cómo podía ser ese lugar frío, mágico y hermoso.

3. ¿Las cosas que le pasan a Iren están basadas en experiencia propia o son inventadas?

En parte sí y afortunadamente no. He sufrido bullying y he visto a niños que lo han sufrido, pero nunca llegó al caso de Iren. A mí me hacían el típico acoso verbal y físico. Alguna pelea, golpe o bajada de pantalones. Sí había otros que sufrieron más, incluso algún caso de los que sufre Iren. He visto cómo tiraban mochilas por las ventanas, palizas serias y varios tipos de acoso desde siempre. Tristemente es algo que pasa en todo el mundo, independientemente de la cultura y el lugar, y desgraciadamente pasará. Está en la naturaleza humana, no creo que tenga una solución, aunque podemos evitar que llegue a casos graves. Me gustaría dar un mensaje, pero es muy fácil decir a una persona que sufre acoso que hable y que puede buscar ayuda. Lo cierto es que cuando estás ahí no es tan fácil, pero siempre alguien te puede ayudar.

4. ¿Qué representa el lobo que se encuentra Miguel?

Quería representar la pérdida de la inocencia, y siempre se ha representado a la oveja como la confiada e inocente y al lobo como el listo que la engaña para comérsela. Además, en el folclore vasco el lobo está muy presente, desde las fábulas hasta en las leyendas. El duelo entre el lobo y Miguel se resume en: ¿Eres un lobo o una oveja? Si eres una oveja te voy a

comer, si eres un lobo vas a vivir. Ahí es cuando ya el personaje termina de cambiar completamente.

5. ¿Por qué no escribiste el diario como un diario normal?

¿Te refieres a por qué lo cuento en primera persona como si fuera un flashback? Pues probé varias maneras, pero al final la que me parecía más indicada era esa, aunque cambiara todo lo anterior del libro. Así sentía que entrabas en los días del personaje y empatizabas más con él, lo comprendías y sufrías junto a él. A riesgo de que el cambio pudiera confundir al lector o no gustarle, prioricé lo que te hacía sentir, también creo que muy influenciado por el cine y la manera de contar las cosas en el medio.

6. ¿Qué es lo que más te cuesta al escribir en general cuando te enfrentas a un libro?

En general te parecerá curioso, las escenas de sexo. Porque una escena de sexo puede parecer cutre según cómo se describa y cargarte una escena e incluso sacar al lector de la historia. Entonces siempre que tenía que escribir una escena de sexo tardaba el triple que cualquier escena, eligiendo las palabras adecuadas y actuando como los personajes actuarían diciendo también cosas de ellos, como si se quieren, lo hacen para divertirse, como un trámite a algo, etcétera. Creo que debería esforzarme también en las demás escenas, así el libro sería cien veces mejor.

7. Para finalizar, ¿qué parte de este libro te ha costado más escribir?

Creo que sin ninguna duda el capítulo del suicidio. Es complicado cuando empatizas con el personaje y piensas lo que tiene que hacer, cómo lo diría y qué sentiría en ese momento, creo que tardé semanas sin avanzar, apenas una frase al día que iba cambiando cuando releía. Me cansaba mental y

físicamente, me ponía en un lugar incómodo, pero que desde el principio sabía que tendría que escribir.